MERCEDES G. DE MOSCOSO

Rosas de Otoño

QUITO—ECUADOR

TIP. DE LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS

1911

EN EL NIDO

EN EL NIDO

Aún hay arte, hay amor
y hay poesía

Numa P. Llona.

Enferma del cuerpo y enferma del alma me sentía, cuando mi buena suerte dispuso que la simpática autora del bellísimo poema *En el Nido*, quisiera obsequiarme con la lectura de esas estrofas; y espíritu y materia se aliviaron de sus dolencias como por encanto al escuchar los hermosos versos que el amor maternal, que se desborda de su tierno corazón, le ha inspirado.

Algunos días han transcurrido ya desde que Mercedes González de Moscoso me leyó su poesía, y aún vibra dulcemente en mis oídos el eco musical de su voz; aún los halaga su recitación melodiosa, cuyo acento ligeramente trémulo acusaba la emoción que la poseía al revelar á otras almas los íntimos sentimientos de la suya,

esos sentimientos recónditos que son como la esencia misma del ser; y que la mujer honesta y pudorosa oculta instintivamente del vulgo profano, por más que ellos sean tan santos y tan puros como los afectos que hacen resonar las cuerdas de la lira de esta poetisa, lira consagrada siempre á cantar las dichas y á llorar las penas del hogar.

En el Nido, se llama el poema, y en verdad que ningún otro título podría convenirle tan bien como éste, que desde el momento en que le vemos escrito en la portada del libro predispone nuestro ánimo á saborear algo de muy tierno, de muy dulce, de muy fresco; algo así como gorjeos de pájaros ó arrullos de torcaz en el bosque en suave mañana de primavera. Y no nos engaña la esperanza, porque *En el nido* es el canto amoroso y conmovedor que la tórtola modula al acariciar á su prole; y en el nido, en el blanco, tibio y perfumado nido que el amor maternal ha mullido, se abriga con María, la adorable y gentil adolescente á quien el poema está dedicado, la graciosa niña que hace exclamar á la autora de sus días con santo orgullo:

«Al amparo de mi amor
vas creciendo alegre y bella,
blanca, solitaria estrella
en mis noches de dolor;
. . . .»

la inocente y tímida avecilla que no conoce todavía el mundo sino los cuidados y caricias maternales!.....

¡Escucha, escucha, dichosa criatura, con tu alma toda entera las dulces lecciones de tu noble madre! Cuando obedeciendo á las ineludibles leyes de la naturaleza dejes el calor de sus alas, y segura ya de las tuyas emprendas el vuelo y te lances en desconocidas regiones, esos cantos, que tu memoria te repetirá fiel y amorosamente, serán tu brújula más segura, tu escudo más invulnerable en el azaroso y oscuro viaje de la existencia. Así se lo dice ella, no en la vulgar y árida prosa en que yo escribo estos renglones, sino en inspirados y armoniosos versos:

«Ya que dulce venturanza
no podré jamás legarte
déjame, déjame amarte
como á mi única esperanza!
El amor todo lo alcanza;
hoy de mi alma dolorida
tú eres la luz....... En tu vida
cuando de mí te halles lejos,
quizá mis tiernos consejos
sean tu mejor egida».

En seis cantos está dividido el poema. *Dios*, *Patria*, *Hija*, *Esposa*, *Madre y Mi Ultimo Canto:* he aquí sus títulos. Me considero incompetente para decidir cuál de ellos es el mejor. Todo lo que puedo afirmar es que los seis están escritos con la savia del corazón de una madre amantísima.

Lo que con el alma se expresa, al alma va directamente. Los versos de Mercedes González han penetrado en la mía como por derecho de conquista, y se han enseñoreado de ella.

Los siento; pero no puedo ni quiero analizarlos. La mujer, la madre, les da todos sus votos en favor y no consienten en escuchar el dictamen de la escritora que podría venir armada del criterio de la fría razón. Si la autora ha sabido tocar las fibras mas sensibles y delicadas de mi ser; si me ha hecho gozar, si me ha hecho llorar, ¿qué más puedo pedirle?

Es que si Mercedes González de Moscoso sabe *pensar*, mucho más aún sabe *sentir*: por eso es poetisa.

La autora de *En el Nido* quiso escribir un poema para su hija inocente y pura; y lo ha escrito para todas las jóvenes puras é inocentes. Las madres que anhelamos sobre los más grandes bienes de la tierra el bien de preservar esas almas virginales y cándidas cuya custodia nos ha confiado la Providencia, del hábito emponzoñado del mundo, debemos inmensa gratitud á la poetisa ecuatoriana por su bella obra. En ella se enseña á la mujer á creer en todo lo santo, á amar todo lo bueno, á orar, á esperar y perdonar. ¿No está resumida en esto toda la ciencia de la vida para nosotros?

Un poeta optimista le dice á la compañera del hombre:

«Para ser feliz, se buena»,

y esta sencilla frase que en la época presente de fatal y sistemático pesimismo hará sonreir desdeñosamente á la mayor parte de las gentes, encierra para mí una grande é indiscutible verdad.

Si, para ser feliz, se buena, porque no hay desgracia por espantosa que sea, que no la haga llevadera el incomparable supremo bien de una conciencia tranquila; si, para ser feliz, se buena, porque la suma verdad desarma hasta á los monstruos, si, para ser feliz, se buena, porque la que es buena, tiene fe, y la fe promete tras esta existencia transitoria y veloz, que suele ser de dura prueba para los más amados del cielo, otra vida eterna en que la divina Justicia premiará á las mártires de la tierra!

¡Si, se buena, se creyente, he aquí el secreto de la felicidad!

«Imita en el hogar á la paloma;
de sus arrullos toma
la terneza que tanto te conmueve;
tus armas, sólo el llanto y la hermosura
que una lágrima pura
cambia en volcán un corazón de nieve».

«Si un día el compañero de tu vida
sus deberes olvida
y al rigor de la suerte te abandona,
ahoga en tu alma del desprecio el grito,
el amor infinito
no acusa ni escarnece, no, ¡perdona!»

«Y si miras el ser á quien te uniste
como la noche, triste
dudar de la virtud y la esperanza,
sacerdotisa de tu humilde templo
infunde con tu ejemplo
el valor que la fe tan sólo alcanza».

Toda noble pasión es engendradora de

nobles hechos. El amor maternal ha creado el hermoso libro de la señora de Moscoso. Deberían leerlo todas las madres y todas las hijas: éstas, para aprender; aquellas, para aprender á enseñar; unas y otras para amar y bendecir á la autora de tan bellas y consoladoras páginas. En cuanto á mí, que escuchándolas he pasado momentos verdaderamente felices, no hago más que cumplir con un dulce deber de gratitud al tratar de expresar en estas líneas la emoción producida en mi espíritu por la lectura de *En el Nido*, y satisfacer á la vez esa vehemente necesidad de dar expansión al entusiasmo que se despierta en el alma cuando la llena tan noble sentimiento. He dicho ya que doliente el cuerpo y hastiado el espíritu me hallaba, como solemos hallarnos con frecuencia cuando espíritu y cuerpo van perdiendo en las fatigas de la terrestre jornada, su lozanía este y sus ilusiones aquel, que son las armas defensivas con que la juventud entra en el rudo combate de la vida, y los versos de Mercedes González han bañado mi ser entero con un rocío celestial, haciéndome prorrumpir á mí también en esta exclamación llena de consuelo:

«¡Aún hay arte, hay amor y hay poesía!»

Pocos versos he citado del sentido poema, pues deseo dejar á sus lectores el placer de recorrerlo íntegramente y de seguida; pero quiero concluir este artículo, que será como cerrarlo con llave de oro, copiando el hermo-

so final en que están como compendiados los propósitos de la autora, y expresados sus santos anhelos para después que haya depositado en la adorada frente de su hija el beso de la eterna despedida:

«Aquí termina mi insonoro canto
noches sin sueño, tardes silenciosas
para mi alma angustiosas,
horas de desaliento y de quebranto,
he pasado por tí: quise ofrendarte
este canto, mi bien, sin luz, sin arte!

«Tesoros de cariño y de ternura
te dejo en él, mi corazón entero
y el eco lastimero
de las olas del mar de mi amargura,
recuerdos que tendrán para tí un día
cambiantes de tristeza y de alegría.

«Si cuando muera, en tu memoria vivo,
y aquí encuentres remedio á tus congojas,
se animarán las hojas
en que temblando de emoción escribo,
como flores marchitas por el hielo
cuando las besa el sol, se abren al cielo.

«Y mi cielo eres tú! Niña inocente
ciñe mi cuello con tu blanco brazo,
siéntate en mi regazo
dame á besar tu candorosa frente,
y grava en tu alma límpida y serena,
el ruego de mi amor: se siempre buena».

LASTENIA LARRIVA DE LLONA.

Guayaquil, Julio de 1895.

A mi hija

Tú sabes, hija mía, que desde que viniste á mis brazos, no he vivido sino para tí: sabes que eres mi vida misma, el único rayo de luz que con resplandores suavísimos alumbra el humilde pero feliz hogar que nos abriga. Sabes que la más dulce aspiración de mi alma es la de verte dichosa,—tan dichosa como lo fui yo antes que la desgracia sembrara de tumbas mi camino—cuando todavía me era dado beber amor en los labios de mi santa madre y esperanzas consoladoras en los azules ojos de tu hermanito. Y no puedes serlo sino conservando inmaculada tu conciencia y no desviándote jamás de la senda del deber. El *poemita* que te doy señala esa senda: sigue por ella sin vacilar, y acepta los consejos que te ofrecen mi amor y mi ternura.

Tu padre me ha dicho muchas veces que el alma del trabajo que te ofrezco debía palpitar en el canto que he titulado *Madre;* pero yo he tratado de agotar mi inspiración, si al-

guna tengo, en el de *Esposa*, porque es más difícil ser buena esposa que excelente madre: los deberes maternales no se imponen, nacen del alma, brotan con ese amor á ninguno otro comparable y su cumplimiento, aun entre lágrimas, es la felicidad misma.

Quiero creer que guardarás mi presente, que él te sostenga en las duras pruebas á que nos sujeta la vida, cuando yo ya no pueda alentar tu virtud con el ejemplo, cuando mis besos no sean para tí sino algo como reminiscencias de una ilusión desvanecida.—Se bendita y ama mucho á

Tu Madre.

———

A mi esposo

Hoy que descansas del trabajo rudo
y gozas de la calma de tu hogar,
toma, lee el sencillo manuscrito
fruto de mi ternura maternal.
En él hay notas tristes como mi alma
que encierran de dolor un huracán,
otras suaves como alba cuando asoma
plateando la azul inmensidad.
Consejos da á nuestra hija me dijiste
si como espero vuelves á cantar;
Ella es piedra preciosa, si la pules
perenne sol mi hogar alumbrará;
y por tí de mi lira melancólica
las rotas cuerdas comencé á pulsar.

En las azules tardes de verano
de mi nido en la augusta soledad,
absorbiendo la luz de sus miradas,
aspirando su aliento virginal,
la enseñé á creer en Dios con fe sincera,
tu limpio nombre con amor á honrar,
—el alma palpitaba entre sus ojos
al escucharme con creciente afán.—
Así grabé con lágrimas y besos
en su alma pura que despierta ya

todo lo bueno, heroico y generoso
que en la mía tu amor hizo brotar:
tú me inspiras, me animas, me levantas
y pueblas de esperanzas mi orfandad:
dicha infinita, calma en mis dolores
tu afecto puro sin cesar me da...
—Dejemos que del mal las tempestades
estallen lejos del amado hogar,
y unamos al arrullo de mis cantos,
de nuestro amor el eco celestial.
Gemidos de paloma son las notas
en las que mi alma hacia vosotros va,
pero á nuestro ángel de cabellos rubios
la senda del deber señalarán.
Que *ella* las guarde siempre en la memoria
y le infundan valor para luchar,
que sean alimento de su espíritu,
de su vida precioso talismán,
cuando, como ave que perdió su nido
me busque por la azul inmensidad.

Si quedas satisfecho, no otra gloria
mi corazón sensible anhelará,
que para mí son joyas de alto precio
los triunfos cosechados en mi hogar.

———



DIOS

—Madre mía adorada estréchame á tu seno
y cierra con tus labios mis ojos por piedad,
¡qué triste! nuestro lecho de sombras está lleno,
no puedo ver tu rostro tan dulce, tan sereno,
pues todo en torno mío es sólo oscuridad.

—El miedo te enajena, dirige la mirada
hacia la estrecha reja que da luz al hogar:
¿lo ves? las aves cantan debajo la enramada,
y mira, la caléndula, hermosa, sonrosada
comienza su perfume suavísimo á exhalar.

No llores, nada temas, mi cándida avecilla
entre tu blanco nido de plumas y de tul;
por tí velo, y humilde doblando la rodilla,
el corazón elevo con fe pura y sencilla
clamando por tu dicha al firmamento azul.

Deja el lecho: natura de lágrimas cubierta
parece que á los cielos dirige una oración,
bañada por los rayos de suave luz incierta,
es virgen que sonríe, es alma que despierta
entre olas de esperanzas y mares de ilusión.

Admira esa grandeza, repite, vida mía
las preces que mi madre sonriendo te enseñó
allá en horas felices, cuando eras su alegría
y la existencia nuestra, la plácida armonía
de nota que en las alas del viento se perdió.

Ay! reza como entonces! Que vuelvan esas horas
de paz y de caricias, de dichas y quietud,
hermosas como estrellas, azules como auroras,
cargadas de esperanzas, tranquilas, soñadoras.
cual ecos melodiosos de místico laud.

—Oh Virgen, dulce Madre, tan bella como pura,
del alba en los destellos va á tí mi corazón:
ante tu santa imagen, espejo de dulzura,
te invoca, Madre amada, con íntima ternura
mi labio balbuciente por célica emoción.

Nada se de la vida sino que es bella y grata,
que tiene como el día su dulce amanecer
y que su blanco cielo de brilladora plata
en su color tan puro con limpidez retrata
los prístinos ensueños que agitan nuestro ser.

Benigna acoje ¡oh Madre! de mi alma el dulce trino
y con tu manto cubre mi solitario hogar,
y compasiva llena con tu poder divino
de luz el alma mía, de flores el camino
talvez árido y triste que tengo que cruzar.

—Triste? No! quiera el cielo que nunca los pesares
marchiten despiadados las rosas de tu sien,
ni extingan las sonrisas, ni acallen los cantares
que juegan en tus labios cual brisas en los mares
y dicen á mi espíritu que sí es la vida un bien.

Oye: alisarte quiero la rubia cabellera
gozar con tus caricias las dichas de otra edad,
más nuestro amor ferviente ansioso nos espera.....

oh ven, dame la mano, y sígueme ligera
como estrella que cruza la azul inmensidad.

—A darle voy mil besos!.... Se pone tan contento....
—¿Y cómo no? si tú eres su más risueño amor?
la dicha de su vida, su luz, su pensamiento. . . . .
—Calla, mamá, no sigas, paréceme que siento . . . .
—Ah! sí, como de besos percibo ya el rumor.

—Lo ves? No me engañaba! Tú escuchas, madre mía?
—Te llama . . . . ; pero dónde?
—Yo quisiera llorar . . . . !
—Cuando las aves cantan y todo es armonía,
¿por que apagar de tu alma la fúlgida alegría
que como un astro alumbra mi silencioso hogar?

Mira á tu padre, vuéla, arrójate en sus brazos
y vuelve, mi embeleso, que yo te aguardo aquí;
prodígale sonrisas y dale mil abrazos . . . .
oh! no se rompan nunca tan adorables lazos
por que él y yo vivimos por tí, sólo por tí.

Se fue, bella y ligera cual rauda mariposa,
al verla allá á lo lejos semeja una ilusión;
de su padre en los brazos, alegre y cariñosa
le da á beber el néctar de sus labios de rosa
y en ellos conmovido deja él su corazón.

Ya vuelve; se me acerca risueña cual la aurora,
—¡y cómo la embellece su ténue falda azul!—
cual gota de rocío que tiembla y se evapora,
así su talle ondea con gracia seductora.
entre nubes de encajes de vaporoso tul.

Oh ven, hija del alma, mi bendecido encanto,
y déjame tu rostro divino acariciar:
acércate, bien mío, quiero decirte tanto! . . . .
mirándote más tierno se elevará mi canto
en el recinto humilde de nuestro pobre hogar.

Ven conmigo y contempla con fervoroso anhelo
cómo las nubes huyen al asomar el sol;
del horizonte oscuro rasgarse el denso velo
y aparecer más puro y más brillante el cielo
teñido por los lampos de espléndido arrebol.

Y mira como juegan del mar en las riberas,
del mar que se halla en calma, solemne en su quietud,
bandadas de aves blancas que hermosas y ligeras
ya se unden en las olas, ya vuelan cual quimeras
de sueños que encantaron alegre juventud.

Aspira de las auras el delicioso ambiente,
escucha de las aves el grave murmurar,
contempla como riela del sol el rayo ardiente
en el tranquilo espejo de sonorosa fuente
que humilde de las flores el tallo va á besar.

Y mira como tiemblan mil gotas cristalinas,
que vierten como estrellas clarísimo fulgor
en el abierto cáliz de rosas purpurinas
que al beso de la brisa se mecen peregrinas
esparciendo en el prado la esencia de su olor.

Oh ven, Naturaleza nos brinda sus primores
cuando la aurora tímida la obliga á despertar;
el campo cobra vida, son más bellas las flores
y á esa hora nos parecen más suaves los rumores
con que saluda al cielo el impetuoso mar.

Al contemplarla admira esta obra soberana,
aprende en sus bellezas á comprender á Dios
—El existe! lo dice la luz de la mañana,
el sol al ocultarse entre nubes de grana
y este latir dulcísimo del alma de las dos.

Con su poder inmenso formó risueños prados,
disipando las sombras brotar hizo la luz,
vistió al día de rayos ardientes y rosados,

de azul muy puro el cielo, de frutos los granados
y á la callada noche de funeral capuz.

Cuando se oculta el cielo tras nubes blanquecinas
que en el espacio juegan como aves en el mar,
y tornan presurosas las pardas golondrinas
bajo oscuros tejados ó abandonadas ruinas
nidos de rubia paja de nuevo á levantar;

Y duerme el día en tanto que la tarde despierta
cual bella desposada teñida de rubor,
y en la lejana playa silenciosa y desierta
se ve brillar apenas luz pálida é incierta
que oscila entre la arena cual risa sin rumor;

En ese claro—oscuro de esa hora misteriosa
en que se pierde el alma allá en la inmensidad
como nube de incienso que se alza vaporosa;
de la nube, en el nido en la ola rumorosa
de Dios Omnipotente se ve la majestad.

Así entre las venturas ó luchas de la vida,
ya ría ó ya solloce temblando el corazón,
de la luna en los rayos—en esa luz dormida,
encuentra el inocente ó el que el deber olvida
consoladores himnos de amor ó de perdón.

Por eso, cuando mires temblar alguna estrella
murmura frases llenas de mística piedad,
Dios lanza hacia la tierra esa luz suave y bella
para que hasta El se eleve del triste la querella
y nos traiga promesas de ardiente caridad.

—Nos oye, díme, es cierto?—Nos oye desde el cielo.
—Qué lindo es, madre, el cielo sereno y siempre azul...
¿y allí está Dios oculto tras ese fino velo
do dices tú que bebes dulcísimo consuelo?
—El mora allá en los astros que esmaltan ese tul.

Adórale, bendícele con entusiasmo santo
y mar siempre tranquilo será tu corazón,
tu vida, interminable y melodioso canto;
mas si sus notas riega alguna vez el llanto,
no pidas, hija mía, al mundo compasión . . .

Sin que tacharte pueda de insensatez ú orgullo,
apura resignada de tu dolor la hiel,
no dejes que perciba de tu queja el murmullo,
muy quedo hasta los cielos, como debil arrullo
suba hasta Dios tu ruego, no clames sino á El.

Ya goces, ya padezcas, en sus blancos altares
ve á dejar fervorosa tu ofrenda virginal;
las oraciones puras son nítidos azahares
que brotan de las almas cual nacen de los mares
las nacaradas conchas, las perlas y el coral.

Dios vela por nosotros, y firmes, hija mía,
marchar debemos siempre por la senda del bien,
el deber la señala, sea él tu único guia
y pueda yo mañana, mi angelical María
morir tranquila, viendo sin mancha tu alba sien.

—Le adoro, madre mía; tú me has dicho que existe
del sol en los destellos, del viento en el rumor;
me has dicho que las almas del huérfano y del triste,
con caridad inmensa de esperanzas reviste,
de esperanzas ternísimas é ilusiones en flor.

Ya voy á ser muy buena y nunca tendré miedo:
¿no es Dios el que contemplo clavado en esa cruz?
levántame en tus brazos—¿un beso darle puedo?
—Como esos que temblando se dan quedo, muy quedo
las flores y la brisa, las ondas y la luz.

Ven, sube á nuestro lecho, abrázate á mi cuello,
levanta la cabeza—más, mucho más—así:
ya estás ante la imagen que es pálido destello

de Aquel que dijo un día, tan dulce cuanto bello:
«dejad siempre á los niños que vengan hacia mí».

Señor, Dios poderoso, á quien humilde adoro,
yo creo en tí, Dios mío, y espero en tu bondad:
bendice á mi María, es mi único tesoro!
que no padezca nunca, ni llore como lloro,
y alumbra su camino desde la eternidad.

Eres grande, eres bueno, tuya es nuestra existencia,
ese mar cuyas olas encrespa la pasión—
este angel es de mi alma la delicada esencia,
no arrastren esas olas su cándida inocencia,
¡te pide de rodillas mi triste corazón!

PATRIA

Ven otra vez á mis amantes brazos:—
—la noche corta mi labor y quiero
grabar en tu alma, oh prenda idolatrada,
un sacrosanto afecto que venero.

La Patria sea nuestro tema ahora:
la debemos amor, amor bendito,
puro como el rocío entre las flores,
y como el cielo grande é infinito.

—Y qué es Patria, mamá?
—Patria es el suelo
do llorando nacemos á la vida,
ese en que corre la niñez preciada
como fuente entre riscos escondida.

—Yo tengo patria?
—¡Y cómo no tenerla!
al pié del Tungurahua está tu cuna
do corpulentos sauces entoldada
tras los cuales, mi bien, tiembla la luna.

¿Y las aves la tienen?
—Sí, María;
—Y dime, dime pronto, ¿no es muy bella?
—Su Patria es tan azul.... es el espacio....
y tan linda, la misma de la estrella.

Es su Patria lo inmenso, aquel océano
de luz y sombras, insondable abismo:
—Pero, ¿cuál es al fin?
—No lo adivinas?...
Su Patria es esa, el firmamento mismo.

Es la Patria un ser vivo, es un poema
que más nos habla en cadencioso verso:
pasado y porvenir, gozos y angustias
ella todo es, compendia el universo.

Amala el hombre cual á tierna madre,
con dulzura infinita, el casto niño;
despúes de Dios, María, da á tu Patria
y á los que el ser nos debes tu cariño.

—Y los que nacen en el mar?
—Su Patria
es aquella extensión bella y grandiosa;
mas yo prefiero mi rincón humilde,—
¡amándolo con fe soy tan dichosa!

—Mucho quiero á mi Ambato—es tan bonito!—
Amalo con pasión, hija adorada,
en él se abrieron á la luz tus ojos
al despuntar de cándida alborada.

Yo amo también á mi risueña Patria
como á los seres que me dieron vida;
oh! larguísimo tiempo lejos de ella
la lloré esclava y para mí perdida.

No puede nuestro brazo defenderla,
si, insensato algún déspota le oprime;
pero tenemos alma, y nuestro llanto
sinó de la ignominia le redime,

Es sentida protesta contra el yugo,
baño que lava el profanado suelo;
sangre del corazón es nuestro llanto
si nos lo arranca de la Patria el duelo.

Y á Guayaquil, mamá, por qué le amo?
—es tu patria también, linda María,
lo son todos los pueblos en que rigen
leyes que están en íntima armonía.

En el santuario de tu hogar, humilde
llora cual yo cuando el dolor la hiere:
ese es tu trono, tu tribuna es esa
y nuestro grito en él se estrella y muere.

—¿Y puedo yo ser reina?
—Ya lo eres:
reinas en el hogar en dulce calma;
es nuestro amor tu espléndida corona,
tus súbditos las dotes de tu alma.

Apenas tocas con tu breve planta
la alfombra con que Dios cubrió la tierra;
feliz en tu inocencia, no conoces
las amarguras que la vida encierra.

Escúchame, oye bien: siempre es el suelo
do se deslizan los primeros años,
altar que guarda las reliquias caras
de esa edad de ilusiones y de engaños.

En él se trazan las escenas bellas
de esa época feliz y venturosa,

que es por lo pura, plácida armonía,
por lo fugaz, inquieta mariposa.

Allí palpita el beso de la madre,
la caricia inocente del hermano,
el tierno arrullo y el sabros cuento
del padre joven y el abuelo anciano.

El cielo más azul y más hermoso
es aquel que cobija con su manto
el dulce sueño que en edad temprana
veló la madre con cariño santo.

—¿Y por eso suspiras con tristeza,
cuando no estás aquí?
—Suspiro y lloro
porque son pocos en el mundo, hija,
los que aman á su Patria cual la adoro.

Sábelo, el Universo es nuestra Patria
pero el rincón humilde do nacimos,
es el Edén soñado en donde vagan
las gratas esperanzas que perdimos

—¿Se van las esperanzas?
—Se presienten.
Hallo en la brisa su preciado aroma
y su armonía y célica ternura
percibo en el gemir de la paloma.

Cuando tras larga ausencia, de mis prados
vuelvo á mirar las hechiceras flores
y de mi ardiente sol vuelvo á bañarme
en los claros y vivos resplandores;

¡yo no se lo que siento! me parece
que en esas flores y ese sol brillante,
están aún vivas las tranquilas horas
de una época dichosa y ya distante.

Eres muy niña aún, pero mañana,
¡y cómo mi alma ese mañana pesa!
verás que falta luz al pensamiento
que mi culto y amor por ella expresa.

—¿Y por qué temes tanto ese mañana?
—Porque él encierra el porvenir, bien mío,
las emociones del amor primero,
del desengaño el penetrante frío.

—¡Qué! ¿padeces, mamá?
¡Tánto María!
En el suelo que mi alma con fe adora.
se disipó mi plácida ventura.
como la luz incierta de la aurora.

Hoy mismo en él como una extraña vivo,
posición ni la tengo ni la quiero,
y sincera amistad, ¿cómo obtenerla
si es nada la virtud, todo el dinero?

—¿No vale nada el pobre?
—Poco, nada,
para el ingrato que el favor olvida,
para el necio ó el ruin que en oro cubre
los vicios y miserias de su vida.

¿Y sabes, hija? cuando en otro suelo
querida y halagada por extraños
he vuelto el corazón hacia la Patria
donde he bebido acerbos desengaños;

he llorado por ella!—Nada quiero
ausente de mi Paria, nada, nada;
en el hogar que nuestra dicha encierra
gozo en vivir de todos olvidada.

—¿La quieres mucho?
—La idolatro ciega.
—¿Y eres feliz, mamá, viviendo sola?

—¡Y tan feliz!.... qué importa que el olvido
baño mi hogar con su soberbia ola?

Amo á mi Patria, no las vanidades
que surgen cual torrentes de su seno,
altiva en mi humildad, del maldiciento
siempre fue vano para mí el veneno.

No lo olvides jamás, hija del alma,
la vanidad es hábito de muerte;
brilla por la virtud y la inocencia
se digna no soberbia, humilde y fuerte.

El martirio en la Patria y no la dicha
en extranjera tierra, niña mía;
que al dejar este valle de amarguras
como al nacer su cielo nos sonría.

Yo te puedo decir cuanto es amargo
dejar atrás nuestra natal ribera,
sentir que el corazón vuela hacia ella
y alejarnos en rápida carrera.

En aquellos instantes de agonía
hasta el llanto nos niega su consuelo;
alzamos la mirada á lo infinito
é insensible también se muestra el cielo.

Cuando aun tranquilo en mi modesta cuna
un cariñoso acento me adormía,
el odio y la vengaza le negaron
á mi frente sus auras, hija mía.

Fue mi primer dolor dejar mi suelo;
mi estrella se nubló desde esa hora,
y no hubo para mí juegos ni risas,
brillante sol ni sonrosada aurora.

¡Patria, Patria adorada! blando nido
de mis primeros años venturosos,

en la luz que proyectan mis recuerdos
tiemblan aún suspiros dolorosos.

Al trémulo vaivén de blanca nave
yo me alejaba triste y te perdías;
hoy se que tú, la cuna de mis sueños
fuiste entonces sepulcro de alegrías.

¡Doce años sin mirarte! En esas horas
¿qué pude cosechar? Oh pena tanta,
que el alma gime si mi labio ríe
y mi lira solloza cuando canta.

—¿Hace ya tantos años y aún recuerdas?
—Aunque el tiempo veloz cual siempre corra
y á las penas sucedan alegrías,
de la desgracia el cuadro nada borra.

En medio de las dichas tan risueñas
que exaltan hoy mi loca fantasía,
de mi esperanza entre las blancas hojas
tiembla una gota silenciosa y fría.

Oh, no me taches nunca! y si mi llanto
perturba alguna vez la paz de tu alma,
dame á beber, con célica ternura
mares de amor y bienhechora calma.

Cuando tus blancos brazos, á mi cuello
enlazas con amor que me enajena,
algo muy suave me acaricia el pecho,
se deifica mi ser, soy grande y buena.

En aquellos instantes, vida mía,
¡me siento tan feliz! nada ambiciono,
y hasta esos largos años de ostracismo
generosa en mi dicha los perdono.

Ven otra vez, estréchame en tus brazos
y con amor escucha mis consejos,

disipa tú recuerdos que me hieren
haz que queden allá, lejos, muy lejos!

Dios, la Patria, los padres, ahí se encierran
los primeros deberes de la vida;
si fielmente los llenas, en los mismos
la dicha encontrarás, dicha cumplida.

Es el hogar, es ese templo augusto
iris de paz, de amor y venturanza,
do el porvenir risueño de la Patria
se muestra entre celajes de esperanza.

Y es la mujer como hija, como esposa,
ó como madre amante y abnegada,
la que infunde valor en sanos pechos
si la patria solloza esclavizada.

¡Ah si mi hijo viviera! ¡Si la muerte
no arrebatara en flor mis embelesos!
hubiera sido bueno por que su alma
la formé con la esencia de mis besos.

Dios, la Patria, el deber, fueran su norte,
su primer culto, su primer cariño,
su divisa el honor, y sus creencias
las que bebió en mi seno cuando niño.

Su vida, de la Patria, si las glorias
que nos legaron varoniles pechos
por enemigo audaz fueran holladas;
¡con sangre se conquistan los derechos!

A su robusto brazo, con firmeza
el arma salvadora le ofreciera;
libre la Patria y el honor vengado,
¡feliz él, si por ella sucumbiera!

—¿Y no tuvieras pena?
—Tú no sabes

como le amara yo, como te adoro;
son mis reliquias sus cabellos de ébano
que guardo atados á los tuyos de oro.

Pero antes que el amor, está la Patria,
y en ella al imperar leyes extrañas,
los gritos del amor y la ternura,
el deber acallara en mis entrañas.

Tú mi amor, se valiente: en tu alma ahogada
hasta el dulzor de la afección primera,
si la Patria reclama corazones
que liberten del yugo su bandera.

Sacrifícalo todo á su ventura:
en cada pecho do la vida late,
tenga la Patria un adalid que luche
sin rendirse jamás en el combate.

La luna en el hermoso firmamento
por entre nubes majestuosa avanza,
así tranquila tú, rompe las sombras
con que el destino envuelva tu esperanza.

Así te quiero ver, grande, sublime,
aunque tu pobre corazón estalle;
triunfe siempre el deber cuando en tu pecho
en un océano de dolor batalle.

Pero basta por hoy.
—¿Por qué tan pronto?—
—¿Ves? la noche entre sombras reina ufana.
—¿Y si no tengo sueño?
—¿Ya es muy tarde,
toma mi bendición y hasta mañana.



HIJA

Como efluvios de alegría,
como fúlgidas auroras,
pasan tranquilas las horas
en tu tierna edad, María.
Hallas plácida armonía
en su lánguido vibrar;
su sonido al espirar
no va marcando en tu vida
ni una esperanza perdida,
ni un nuevo y duro pesar.

Al amparo de mi amor
vas creciendo alegre y bella,
blanca, solitaria estrella
en mis noches de dolor.
De mis cántos al rumor
te adormeces en la cuna;
vela tu sueño la luna
desde el azul firmamento;
tus cabellos riza el viento,
mis besos son tu fortuna.

¡Feliz! no tienes más galas
que el oro de tu cabello
que acariciándote el cuello
te cubre las níveas alas.
Al nacer, las aéreas salas
dieron su azul á tus ojos,
el sol con sus rayos rojos
acarició tu mejilla
do tímido asoma y brilla
el pudor con sus sonrojos.

Dios, árbitro del destino,
de al tuyo fulgor de estrellas,
y alfombre de flores bellas
el erial de tu camino.
Sea dichoso tu sino,
pura imagen del candor
á quien dió vida el amor,
y para quien es la vida,
bella esperanza dormida
en el cáliz de una flor.

—Mamá, díme, ¿hoy estás triste?
—Como siempre, vida mía,
pero tu santa alegría
mi alma de dicha reviste.
—Ayer un beso me diste
y al dármelo tú llorabas,
madre mía, ¿en qué pensabas?
—pensaba, dulce embeleso....
—No lo digas, dame un beso
como los que ayer me dabas.

—Toma mil, de mi pasión
bebe en ellos la dulzura,
inébriate en la ternura
que te guarda el corazón.
¡Qué deliciosa impresión
á tu contacto he sentido!
Cual deja el ave su nido

para aprender á volar,
gira y juega en este hogar
por tí en templo convertido.

Ya ves tu misión presente:
disipar con tu terneza
la misteriosa tristeza
que me hace doblar la frente.
De tu boquita sonriente
no me niegues el calor;
¡mitiga el hondo dolor
que me abate y me quebranta!
Jugando á mi lado ¡canta!
cual alado ruiseñor.

Ya que dulce venturanza
no podré jamás legarte,
¡déjame, déjame amarte
como á mi única esperanza!
El amor todo lo alcanza;
hoy de mi alma dolorida
tú eres la luz.... En tu vida
cuando de mí te halles lejos,
quizá mis tiernos consejos
sean tu mejor egida.

Óyeme en calma, hija mía,
joya de mi templo hermoso,
un suspiro doloroso
va á perturbar tu alegría.
Es el llanto mi armonía;
cual vierte perlas la aurora
mi alma cuando canta, llora;
yo soy toda sentimiento,
y lloro si gime el viento,
si una nube se evapora.

Se respetuosa, obediente
con tu padre, ¡te ama tanto!

cuando naciste, su llanto
fue el bautismo de tu frente.
Tú su cariño ferviente,
tú la primera ilusión
de la más tierna pasión
que impone naturaleza,
alienta con tu terneza
ese noble corazón.

—¿Y á tí qué te debo?
—Amor,
¡amor grande é infinito!
ángel hermoso y bendito
que destierras mi dolor.
Paga el incesante ardor
con que por tu dicha velo,
dándome á poseer el cielo
en tus amantes caricias:
manantial de mis delicias
eres tú y de mi consuelo.

La mejor y fiel amiga
para tí, ¿quién podrá ser?
la que adorar el deber
desde la niñez te obliga.
¡Tu madre!.... Dios te bendiga
si al vibrar de nuevas horas,
vienen á mí como auroras,
ó cual gemidos de brisa,
tus confianzas y sonrisas
ó tus tristezas, si lloras.

Entre tus ojos de cielo
limpios como tu conciencia,
se refleja la inocencia
cual diamante tras un velo.
Tesoro es que con anhelo,
como gracia singular
debes siempre conservar;

¡circúndete su aureola
cuando con el mundo, sola
hayas, hija, de luchar!

El honor en toda edad
es astro color de rosa
de cuya luz pudorosa
brota la felicidad.
Si la altiva sociedad
te acoje, pobre, hija mía,
nunca, no, jamás te engría
de la lisonja el murmullo;
de la modestia al arrullo
tu alma virginal sonría.

Se de tu hogar el encanto,
nunca olvides tus deberes,
que tras mentidos placeres
gota á gota corre el llanto.
Este templo sacrosanto
do disfrutas mi terneza
guarde, mi bien, la pureza
de tus cándidos ensueños:
si se disipan tus sueños
resignada llora y reza.

—¿Y si brillo en el mañana?
—Es todo lo que ambiciono,
que no desciendas del trono
del cual eres soberana.
Que te levantes ufana
sobre el vulgo torpe y necio
y envuelvas en tu desprecio
al que despreciarte quiera,
y con humildad sincera
ganes del bueno el aprecio.

Con humildad, sin bajeza.
—Dime, mamá, ¿no es lo mismo?
—De una á otra hay un abismo

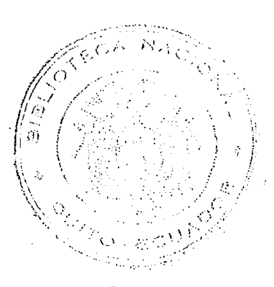
de pequeñez y grandeza.
Tu clara razón empieza
á lucir cual bello día,
sabe, mi dulce María,
que la humildad es virtud
que infunde al alma quietud;
la bajeza es cobardía.

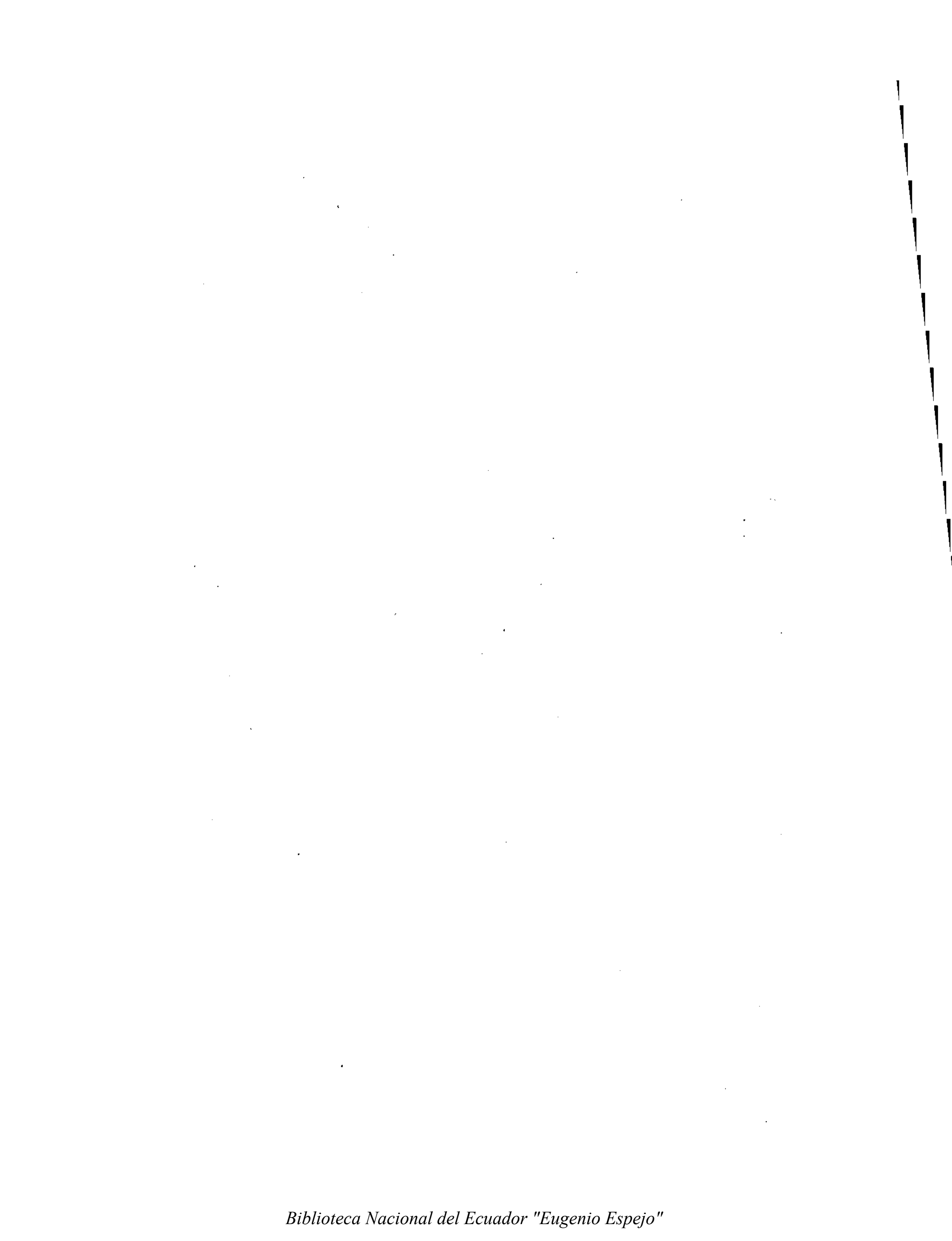
—¿Y nunca tendré pesares?
—Tus caros sueños de niña
cuando amor tu frente ciña
con guirnalda de azahares,
realizarás: los altares
se adornarán de tu hogar
si sabes, hija, guardar
tu pureza é inocencia:
en la paz de tu conciencia
mil dichas habrás de hallar.

Cumple siempre tu deber:
honrando á tu amante padre
honras también á tu madre,
¡á mí, que te he dado el ser!
Es, mi bien, de la mujer
noble y santa la misión;
como hija es casta ilusión,
si esposa, bella esperanza,
y si madre, ¿qué no alcanza
su sublime abnegación?

—Mamá, ¿y he de ser todo eso?
—En no muy lejano día,
mi dulcísima María,
mi celestial embeleso,
de tu boca el casto beso
ya no será sólo mío;
¡y mi hogar quedará frío!
yo que velo tu niñez
yo no tendré en mi vejez
sino lágrimas y hastío.

—¡Estás triste!—Sí, lo estás,
no sigas, mamá, no quiero;
me mimas mucho primero
para hacerme llorar más.
—Ah! cuánto pesar me das
con tu lágrima sentida!
triste tú, yo conmovida
también con tristeza lloro,
termino aquí, mi tesoro,
luz y encanto de mi vida.





ESPOSA

Cuando contenta mi labor concluyo,
y vuelvo al lado tuyo
buscando inspiración en tu mirada,
hallo en el fondo azul de tu pupila
de la dicha tranquila
la imagen por mi mente acariciada.

Pero si baña gota silenciosa
tu mejilla de rosa,
¡cómo ese llanto mi firmeza trunca!
¿por qué nublan tu faz triste reflejo
si te doy un consejo?
¡lucero de amor, no llores nunca!

—¡Es tan triste tu acento, madre mía!
—Sí muy triste, María.
Mezcla extraña de gozo y amargura;
ya es de intenso dolor rudo murmullo,
ya cadencioso arrullo
de alma que sueña en inmortal ventura.

He llorado mil veces gota á gota
sobre mi lira rota:
como perlas mis lágrimas cayeron;

pero, ¿cuándo, mi bien? cuando mis glorias
fugaces ó ilusorias
en abismo insondable se perdieron.

Cuando miraba de mi madre muerta
la faz inmoble, yerta
á la luz funeral de blancos cirios,
y la orfandad tendió su negro manto
sobre mi templo santo
do vagaban de amor dulces delirios.

Tú eres feliz, no llores; pero el día
que veles mi agonía
y mires que no puedo acariciarte,
entonces llora y piensa que en el mundo
con amor tan profundo
nadie ya como yo podrá adorarte.

Hay otro amor que á la mujer eleva
si en sus alas la lleva
á formar un Edén casto y risueño;
si bendito por Dios ese amor santo
nunca pierde su encanto,
ni se disipa cual mentido sueño.

Cuando de ángel en virgen te trasformes,
un blando nido formes
y te mires ceñir cándido velo,
tu pureza conserva, hija querida,
porque una vez perdida
en vano, en vano clamarás al cielo.

Ay! en vano postrándote de hinojos
los hechiceros ojos
volverás á tu santa protectora,
á la virgen clemente y sin mancilla
que tu oración sencilla
acoje con sonrisa encantadora.

—¿Y cuál es ese amor?—El lazo eterno

tan puro como tierno
que nos da el caro título de esposas,
en esa edad bellísima y primera
en que corre ligera
la vida en un jardín de frescas rosas.

—¿Y es muy bello, mamá?—El sol radiante
tan claro, tan brillante,
que todo lo ilumina y embellece:
al corazón alienta con su fuego
si en plácido sosiego
entre sus rayos la ilusión florece.

—¿De qué nace ese sol?—De una mirada
de ternura impregnada,
de dulces frases, lánguidos gemidos,
de *algo* que yo conozco y tú no sabes
cual ignoran las aves
por que elaboran sus calientes nidos.

Esperanzas bellísimas, ensueños
como tu edad risueños,
arduos pero hermosísimos deberes,
eso nos brinda amor, hija querida,
á ellos une tu vida
y desdeña del mundo los placeres.

Cuando á otro corazón, tierna y sincera
de tu pasíon primera
des con rubor las flores celestiales,
haz porque nunca el ábrego inclemente
marchite en tu alba frente
las que él te ofrezca, bellas é inmortales.

Imita en el hogar á la paloma;
de sus arrullos toma
la terneza que tanto te conmueve:
tus armas sólo el llanto y la dulzura
que una lágrima pura
cambia en volcán un corazón de nieve.

No quieras ser el cóndor que á las nubes
mansión de los querubes
remonta audaz el atrevido vuelo;
el que mucho ambiciona poco alcanza,
engañosa esperanza
no despierte en tu ser tan loco anhelo.

Si un día el compañero de tu vida
sus deberes olvida
y al rigor de la suerte te abandona,
ahoga en tu alma del encono el grito:
el amor infinito
no acusa ni escarnece; no, ¡perdona!

Mas no te rindas, resignada espera;
nó eres tú la primera
que ha de acudir al amoroso ruego;
deja que vuelva á tí, se tú la estrella
siempre serena y bella
que alumbra el alma del iluso ciego.

Que mire siempre en tí la esposa santa
que no enloda su planta
en el inmundo cieno de la tierra;
á la mujer amante y valerosa
realidad primorosa,
urna de roca que su honor encierra.

Si de esplendor tu alianza te rodea,
el mundo no te vea
envanecida con su falso brillo;
no ostentes nunca seda y pedrería;
valen más, hija mía,
los puros goces del hogar sencillo.

Y si por el contrario, la pobreza
es tu sola riqueza
no te acobardes, el amor te escuda:
se de tu hogar la dicha y el consuelo,

y no ofendas al cielo
manchando tu conciencia con la duda.

Truéquelo tu virtud en santuario
el alimento diario
siempre lo debas al trabajo santo;
si te faltare el pan al cielo clama
y á raudales derrama
de la oración el fervoroso canto.

Y si miras al ser á quien te uniste,
como la noche triste
dudar de la virtud y la esperanza,
sacerdotisa de tu humilde templo
infunde con tu ejemplo
el valor que la fe tan sólo alcanza.

—¿Lo has hecho así, mamá?—Oye María,
un rayo de alegría
brilló en la lobreguez de mi camino,
la tarde azul, poética y hermosa
en que uní ruborosa
al de tu noble padre mi destino.

Pobres, sin porvenir, así formamos
el hogar do gozamos
de la luna de amor clara y radiante:
en él corrió serena nuestra vida
como nave impelida
por el suspiro de la brisa amante.

No tuvo joyas con que ornar mi frente,
pero fue su presente
el más rico y esplendido tesoro:
dióme su corazón tierno y rendido
blando, caliente nido
de mis afectos y mis sueños de oro.

El mundo, murmuró, mas ¿que importaba?
que, ¿si yo le adoraba
y él me rendía apasionado culto?
Su valor, mi firmeza nos salvaron
y en ellos se estrellaron
al atrevida calumnia y el insulto.

Rayo de sol en cristalino lago
rumor lánguido, vago,
tenue plegaria tímida y bendita;
fue esa pasión dulcísima y sincera
allá en mi primavera,
emanación de Dios por lo infinita.

Melancólica estrella misteriosa,
ilusión primorosa,
flor que no agosta el cierzo ni el estío,
fue nuestra dicha en época lejana;
de su cáliz de grana
guardo la esencia dentro el seno mío.

Del corazón en el recinto estrecho
lloramos con derecho
las duras desepciones de la vida;
pero . . . . ¿te lo diré, dulce embe'eso?
oye, el calor de un beso
«restañaba la sangre de esa herida».

Privaciones sin cuento compartimos
luchamos y vencimos;
quien combate con fe, victorias alcanza;
así como tras noche tempestuosa
entre nubes de rosa
aparece un lucero en lontananza.

Si somos hoy felices, tú lo sabes:
no se arrullan las aves
como los dos cuando la aurora asoma,
y llamando muy quedo á nuestra puerta

llega á tí, te despierta
y de tus ojos la dulzura toma.

Cuando la muerte el corazón me hiele,
y el alma mía vuele
en busca de más luz al firmamento,
aun entonces tendré, niña querida,
para el que fue mi vida
un tierno y cariñoso pensamiento.

Así te mando que ames, con delirio,
que afrontes el martirio
si á él te conduce tu misión sagrada;
que anheles ante todo ser virtuosa
y tu sien pudorosa
será por el respeto coronada.

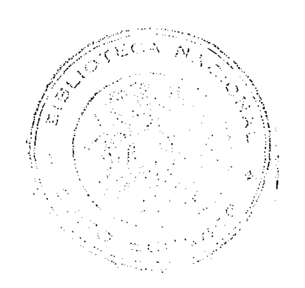
—¡Si yo amo ya!—De veras? Cómo es eso?
—Si tú me das un beso
algo en mi pecho late con violencia
y te amó más si cabe, mamacita.
—¡Se por siempre bendita
y que Dios me conserve tu inocencia!

Quiéreme así, mi bien, quiéreme mucho;
¡con qué emoción escucho
tus puras confidencias virginales!
Junto á tí, ¿qué dolores, alma mía,
si eres el claro día
que disipa las sombras de mis males?

Hoy nada más; tu papacito espera;
ve, ilusión hechciera,
mañana te daré nuevos consejos
cuando ya el sol en el espacio no arda.
—Oh, mamá, cuanto tarda
en ocultar sus vívidos reflejos!

—Las horas se suceden, hija mía;
—¿Volverán? ¡qué alegría!

—Sí, volverán serenas como el cielo;
pide á papá su bendición, un beso,
y duerme, mi embeleso
mientras orando por tu dicha vele.



MADRE

¡María! ¿Do se encuentra?
Hace rato la llamo
y la muy picaruela
no acude á mi reclamo.
Sin duda está escondida
y á la verdad que nunca es más hermosa
que cuando asoma por rincón oscuro
su carita simpática y graciosa.
Vamos, pues, á buscarla,
con precaución, sin ruído,
si me divisa, se me escapa, vuela
como blanca torcáz desde su nido.
Quizá tras nuestro lecho
se ocultó mi tesoro;
pero no, descubriera
su larga cabellera
entrelazada con cintitas de oro.
Adelante, adelante
sólo al hallarla calmará mi anhelo;
¡oh! ¡cuando no la miro me parecen
frío mi hogar y nebuloso el Cielo!
Veamos por acá ...¡no doy con ella!

¡María....ese cabello,
ese rostro, esa frente,
su sonrosado cuello,
sus ojos de mirar tan inocente!
¿Si acaso la perdiera?....me moría!
ó fuera mi existencia
noches sin astros, día sin fulgores,
canto sin armonía
ó arrollo sin rumores.
En el jardín busquemos......pero, nada!
mariposas y flores
vivas como el deseo,
bellas como ilusión recién brotada.
¿Y, más allá, sobre ellas? Lo infinito.
Esa bóveda azul y misteriosa
cobijando montañas de granito
que lame el mar con calma majestuosa.
Volvámonos. La puerta
que al tocador conduce
diviso medio abierta:
¿y adentro?....ah, ni respiro!
pero es ella! Es de ella ese suspiro.
Oh dicha, allí sobre una blanda alfombra
su diminuta falda
parece de la tarde entre la sombra
violeta azul en campo de esmeralda.
Pero; ¿qué es lo que oprime contra el seno
y mima y besa? Su muñeca Pura
la de rostro simpático y sereno
á la que ama con íntima ternurá.
Y la mece, la canta,
y es su cántico suave, dulce nota
que vibra en mi alma y al espacio sube
á espirar á las plantas de un querube.

Su padre, no muy lejos
tiene en la mano un libro que no mira,
le ofuscan los reflejos
de la gracia inocente
que luce de María

en la risueña y espaciosa frente.
Ella es en ese instante
encarnación sublime
de la más tierna y dulce poesía,
es pensamiento rítmico y brillante
que despide á raudales armonía.

La observamos los dos sin que lo note,
y á los dos á la vez también extraña
ver temblar una gota de rocío
de nuestro dulce encanto
en el oro sutil de la pestaña.
¿Por qué llora? En el suelo
recuesta á la muñeca; enternecida
alza los ojos al azul del cielo
y palidece mi ilusión querida.
Seguimos observando; se lamenta
cual si alguien la escuchara,
de que su niña *Pura*
que dos años de edad tan sólo cuenta,
haya muerto en sus brazos de repente,
y al decir estas cosas
ciñe con blancas rosas
de la muñeca la marmórea frente.
Con íntima tristeza
ante aquel cuerpecito tan amado
mil oraciones reza,
¡y con qué devoción, con qué terneza!
De pronto la levanta, y en sus brazos
la niña muerta, temblorosa toma,
cambia las flores por azules lazos
y la arrulla después como paloma.
«Calla, calla», le dice, «fue bromita
¿acáso has de morir? ¡si yo te adoro!
no llores más, si te oye la abuelita
adiós juguetes y monedas de oro».
La abuelita soy yo, yo que quisiera
con voz conmovedora
decir al tiempo ¡espera!

no se disipe tan risueña aurora.
¡Que eternizar pudiera
estas horas de calma!
¡estas escenas bellas y tranquilas
que grabándose en mi alma
hacen saltar el llanto á mis pupilas!
No puedo más; me lanzo al aposento,
El, tomándola en brazos
á mi seno la acerca con presteza;
¡oh del amor encantadores lazos
que así borran recelos y tristeza!

—¿Nos veías, mamá?—Sí, te espiaba;
de allí tras esa puerta
vi rodar de tus ojos
lágrima silenciosa
y caer sobre *Pura*
como cae una estrella de la altura.
Díme, ¿qué te afligía?
—¿Sabes mamá, lo que era?
pensé que mi niñita se moría.
—¿La quieres mucho?—Como tú me quieres.
—Imposible, María,
que puedas tú quererla cual te quiero;
presientes ese amor grande y sublime
que mi alma por tí encierra
pero no lo comprendes todavía,
¿que ese amor infinito
es grande como Dios, como El bendito.
—Entonces, ¿no amo á *Pura*?
—No lo dudo, mi vida, mi embeleso;
es verdad que la adoras
pero al amor de madre nada iguala,
¿dónde el afán, en dónde la ternura
y el fervoroso anhelo
con que en todas mis horas
olvidada de agravios y de enojos
con el alma en los ojos
imploro para tí favor del Cielo?
—Y cuando reza, siempre, mamacita,

reza sólo por mí?—Por tí, bien mío,
y por seres que adoro con locura;
por tu pobre abuelita,
que duerme triste y sola
en un sepulcro frío;
¡mi madre! ¡mi esperanza y mi ventura!
—¿Y no la olvidas nunca?—Oh, nunca;
y es ella todavía
de mi existencia la ilusión primera.
Cuando te miro á tí, pienso en mi madre;
¡oh, cuánto me quería
heroica, generosa
y mártir en el mundo despiadado......!
¡triste recuerdo.......! déjame María
que con un velo cubra lo pasado.

—Ya no me cuentas nada?—Sí, de madre
hoy pensaba enseñarte los deberes,
pero dame ante todo una sonrisa
que me exprese lo mucho que me quieres,
¡Así, cuán bella estás! ¡Cuánto te adoro!
cómo tu amor mi vida diviniza:
¡eres mi luz, mi dicha, mi tesoro!
Si mañana un hogar amante formas
y cual blanca ilusión, cual blanca nube,
en él miras alzarse
blanda y mullida cuna,
donde duerme un querube
con ese casto sueño
dulce y tranquilo como luz de luna;
de rodillas te imploro
cifres en ella dicha y ambiciones,
que acariciando cabelleras de oro
hasta el aire se puebla de ilusiones.
¡Son las horas más gratas
aquellas raudas y felices horas!
Noches encantadoras,
azules, bellos días
azules como auroras

y puros como el cielo,
lucen en nuestra vida
si una boca querida
¡madre! nos grita con ferviente anhelo.
Compensación de penas y dolores
una sonrisa, un beso, una mirada,
una hora pasada
estrechándolo amante en nuestros brazos
y adornando sus hombros y cabellos
con puras flores y pintados lazos.
Si es dicha sin igual, dicha suprema
que á contener el corazón no alcanza;
si es, mi vida, un idilio, es un poema
formado de ilusiones y esperanza!
Cuando ese ser bendito
abre las alas y al empíreo sube,
y se deshace la ilusión hermosa
como rosada nube
al rayo de la luna temblorosa;
entonces ¡ay! bien mío,
el Universo apaga sus fulgores,
ruedan una por una
esperanzas y flores,
y en el hogar sin luz y sin encanto
se eleva nuestro grito
que rasga el aire y el espacio hiere
cual gemido de una ave que se muere.
¡El amor maternal! Luz que no apaga
ni el desengaño con su soplo helado:
mar sin riberas cuyas blancas olas
son los tímidos besos
que en los labios del niño
deja la madre con ternura impresos.
A ese ser adorado
copo de suave armiño,
objeto de dulcísima alegría,
debe la madre sin igual cariño,
y ser su amparo y guía.
Sacrifica tu dicha á su reposo,
martirio, abnegación sea tu lema,

con lágrimas escribe
de tu vida el poema
antes que desoír la voz sagrada
del deber maternal: nunca una falta
empañe la tersura
de esa tu frente virginal y pura.
Estudia con ahinco su carácter,
sé para él contemplativa, buena,
y si marchita en flor tus ilusiones,
resignada, serena
ofrece á Dios tu pena
en santas y fervientes oraciones.
La semilla del bien riega en su alma,
bríndale de tu amor el tierno halago,
guarda como una joya su inocencia,
para que él halle cual tranquilo lago
el proceloso mar de la existencia.
Enséñale á quererte, á ser cristiano,
á no manchar su nombre,
házle saber que la honra inmaculada
es valioso tesoro para el hombre.
Forma uno digno, amante y abnegado
útil para la Patria y la familia,
del ser idolatrado
que arrullarás con cantos y sollozos
en tus eternas horas de vigilia.
Síguele paso á paso,
de la vida en el áspero camino,
no le dejes caer, sé tú la valla
do se estrellen los golpes del destino.
Y si de tu existencia en el ocaso
posponiendo á otro afecto tu terneza
forma de amor indestructible lazo,
acata los designios de la suerte
que así trueca las dichas en tristeza;
que la misión de la mujer virtuosa
es de llanto tan sólo y de dolores,
pero el deber cumplido, de entre esp
hace nacer inmarcesibles flores.

—¿Terminaste, mamá?—Sí, vida mía;
«Venid las dos á mis amantes brazos»
exclama *El* radiante de alegría.
«Tú, escúchame, María.
Los consejos acepta de tu madre,
dictados del amor son sus consejos,
practícalos, mi bien, no los olvides.
Cuando ella y yo muy lejos
de tí nos encontremos
y de los sitios donde fui testigo
de escenas tan hermosas,
aún brotarán en tu camino rosas
si entonces como ahora te bendigo.
Si eres buena, si tu alma tierna y pura
fuera como hoy espejo de virtudes,
desde la eternidad, alma de mi alma,
tu madre con ternura,
yo con amor y con respeto santo,
sobre tu bella y virginal cabeza
dejaremos caer cual lluvia de oro
bendiciones y besos.
Dame los tuyos ¡celestial tesoro!
y juega, dulce encanto de mi vida,
de tu madre adorada en el regazo;
pero antes á las dos dejad que estreche
en religioso abrazo.

Mi último canto

I

—¿Qué me vas á contar, mamá querida?
—De esa lámpara azul á los reflejos
mis últimos consejos
voy á darte, amor mío, enternecida;
ellos vivan mañana en tu alma pura
unidos á tus sueños de ventura.

Jamás olvides las felices horas
que para tí sin lágrimas pasaron
y tu vida alumbraron
con efluvios suavísimos de auroras:
éstas tranquilas, bellas y serenas
de tanta dicha y esperanzas llenas.

Oyeme pues y guarde mis lecciones
tu tierno corazón una por una;
blancos rayos de luna
en los que temblarán tus ilusiones
como en las hojas de la flor temprana
las gotas de rocío en la mañana.

Cuando de la indigencia el hondo grito
á tí llegue ó del huérfano el lamento,
ó el desmayado acento
de un dolor ignorado é infinito,
del infeliz alivia la amargura
con dádivas de amor y de ternura.

Jamás desoigas un ferviente ruego,
¡es tan duro pedir! Siempre tu mano
halle abierta el anciano,
el andrajoso niño, el triste ciego:
seres que heridos con pesar profundo
sin dicha, sin hogar cruzan el mundo.

Triste ó alegre, humilde ó poderosa
uses pobre sayal ó ricas galas,
cobija con tus alas
al ser que sufre, dulce y generosa:
salva del fango tantas inocencias
imprimiendo el deber en las conciencias.

No vayas en espléndido carruaje
haciendo ostentación de tus favores,
para ocultos dolores
la torpe vanidad es un ultraje;
vale más que del mundo la alabanza
la paz que el alma por el bien alcanza.

Yo conozco una virgen muy hermosa
de porte noble, majestuoso, bello,
rubio y largo cabello,
labios tan frescos cual purpúrea rosa,
y los ojos de seda guarnecidos
grandes, muy grandes, claros y dormidos.

Caridad es su nombre: por el mundo
como cisne en un lago se desliza,
trueca en dulce sonrisa
el último estertor del moribundo,

y en su celeste manto envuelve al niño
que perdiera al nacer, madre y cariño.

Providencia invisible, en dar se goza:
cruza los mares, hiende los espacios,
huye de los palacios
prefiere el frío hogar, la pobre choza;
en ellos vierte pródiga sus dones,
luz que alienta abatidos corazones.

Cuando cierra la flor su casto broche
y el sol se oculta tras rojizas nubes
que rasgan los querubes
al extender el manto de la noche;
consuelos lleva al que sus penas llora
y desparece al asomar la aurora.

Hazlo así, vida mía, no el orgullo
te impulse á cosechar vanos honores;
de tu virtud las flores
abran en el misterio su capullo;
y nada temas, si es fatal tu sino,
Dios está sobre el mundo y el destino.

II

Perdona á quien te ofenda, sí, perdona!
Nunca sientas de tu alma delicada
caer despedazada
de la bondad la celestial corona;
no se manchen, mi bien, tus puros labios
devolviendo denuestos por agravios.

¡Es tan bello el perdón! He recibido
ofensas mil de propios y de extraños,
lloré mis desengaños
mas sus nombres jamás he maldecido.
Un corazón creyente y religioso
es siempre noble, siempre generoso.

El tuyo está formado á semejanza
de éste que late aquí dentro mi pecho;
oh! nunca por despecho
entrada des en él á la venganza.
Ten caridad y fe, y al verte herida
magnánima cual yo, también olvida.

Y si oyeres, María, á tu enemigo
acosado del hambre y la pobreza
implorar con tristeza
de tu mansión el bienhechor abrigo;
¡no vaciles! extiéndele tu mano
y no mires en él sino un hermano.

Da bondadosa, púdica y serena
pan al hambriento, lecho al moribundo,
y tu perdón al mundo
si injusto te escarnece y te condena.
Acata la virtud, redime el vicio,
odia el crimen, admira el sacrificio.

III

Nunca pierdas la fe: guarda en tu pecho
de su perfume la divina esencia,
y con pura conciencia
ante el Cristo que vela tu albo lecho,
hoy como ayer, ayer como mañana
recuerda por tu bien que eres cristiana.

Y reza con fervor, reza María,
al Dios que veneraron tus mayores,
y que es en los dolores
consolador supremo, único guía;
espera siempre: no los desengaños
borren la fe de tus primeros años.

La fe nos salva, y es la fe en la vida
nota sublime en templo silencioso,

fanal puro y hermoso
á cuya luz serena y bendecida,
desparece el dolor, y la esperanza
se mece como nube en lontananza.

Ay de aquel que no cree y que no espera
y se postra cobarde ante el destino,
hollando en su camino
las flores que sembró su edad primera.
Sean, mi bien, tus caros embelesos
las creencias que bebes en mis besos.

Prefiere á ser feliz, la paz del alma,
al tesoro más grande, la inocencia,
y sea tu conciencia
lago sereno que murmure en calma;
y siempre puro de su linfa el velo
luzca el azul con que se vista el cielo.

Si te hiere el pesar, si la esperanza
que en tu clara pupila reverbera,
de pronto se perdiera
cual mis horas de dicha y bienandanza,
sigue mi ejemplo, que de amargas penas
sin murmurar arrastro las cadenas.

—Pero, dime, mamá ¿no eres dichosa?
papá te adora y yo te quiero tanto.....!
—Ilusión mía, encanto
de mi vida doliente y angustiosa,
cómo no ser feliz, si tu ternura
de mi dolor disipa la amargura.

Cómo no ser feliz, hija adorada,
si de tu padre la mirada amante
es el astro radiante
en donde luce mi ilusión soñada.
Vosotros....! estro de los versos míos
ideal de mis santos desvaríos.

Sí, soy feliz; mas de la vida mía,
negras sombras empañan la ventura;
si en blanca sepultura
duermen mis esperanzas, mi alegría,
¿cómo no he de llorar, alma de mi alma,
aunque disfrute de apacible calma?

Esa tumba me guarda ojos de cielo;
¡y cómo ese recuerdo me conmueve!
manecitas de nieve
que se alzaban á mí con grato anhelo,
y que besaba yo con la ternura
con que beso tu frente casta y pura.

Hoy cuando esas memorias me avasallan
y el pensamiento lucha enardecido,
y en el hogar querido
mis dolores en lágrimas estallan,
tus gracias y su amor dan, hija mía,
á mis penas efluvios de alegría.

IV

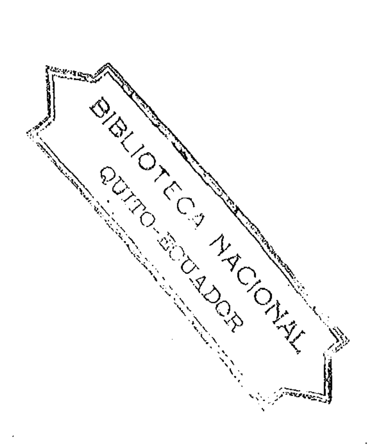
Aquí termina mi insonoro canto:
noches sin sueño, tardes silenciosas
para mi alma angustiosas,
horas de desaliento y de quebranto,
he pasado por tí: quise ofrendarte
este canto, mi bien, sin luz, sin arte!

Tesoros de cariño y de ternura
te dejo en él, mi corazón entero
y el eco lastimero
de las olas del mar de mi amargura,
recuerdos que tendrán para tí un día
cambiantes de tristeza y alegría.

Si cuando muera en tu memoria vivo
y aquí encuentras remedio á tus congojas

se animarán las hojas
en que temblando de emoción escribo;
como flores marchitas por el hielo
cuando las besa el sol, se abren al Cielo.

¡Y mi cielo eres tú! Niña inocente
ciñe mi cuello con tu ebúrneo brazo,
siéntate en mi regazo
dame á besar tu candorosa frente,
y graba en tu alma límpida y serena
el ruego de mi amor: sé siempre buena.



San José de Costa Rica, Noviembre de 1899.

Señor don Aurelio Moscoso.

Guayaquil.

Mi estimado amigo:

Ahora que leo de nuevo, y acaso con más sano criterio, los versos que, para el bello poema de la inspirada esposa de Ud., escribí hace cinco años, me parecen flojos y prosaicos, y, por consiguiente, indignos de la luz de la publicidad y de la que de sí irradian las lindas estrofas del poema y el prólogo discreto y galano que le precede. He condenado, pues, al fuego á mis doblemente malaventurados versos; pero considérome más que suficientemente indemnizado de la pérdida de esos hijos contrahechos de mi fantasía, con la honra que Ud. me discierne encomendándome que dirija la impresión de este tan bello libro cuyas páginas debían ser de marfil y los caracteres, de oro puro; pues en oro y marfil deberían esculpirse esas estrofas, en las cuales los más bellos y delicados pensamientos cantan y se arrullan y mecen, cual mirlos blancos en

nidos de plumas, en el campo ameno de la poesía, á la sombra del árbol florecido de la moral eterna y bajo el cielo luminoso y azul de la inspiración y del amor.

Cuánto vale y cuánto enseña el poema de la dignísima esposa de Ud., ya lo dice correcta y galanamente, en conceptuoso prólogo, la notable escritora de «El Tesoro del Hogar». Ni quién más á propósito que la Sra. de Llona,—modelo de hijas, dechado de esposas y de madres y poetisa de gran corazón y claro talento—¿quién, digo, más á propósito que nuestra simpática y buena amiga para valorar, á modo de insigne artífice, esta primorosa y delicada joya?

.... Quisiera yo cerrar con broche de diamantes el estuche que la guarda; pero no todo lo que se quiere se puede . . . . . Ciérrelo Ud. con el sello de sus labios, que no otra cosa merece la urna en la cual debe Ud. conservar para sí y su descendencia el bello poema de la dicha de su hogar.

Su amigo y servidor,

César Borja.



ABUELA

A MIS NIETOS

Carlos, Aurelia y Esmeralda

Estos versos son todos vuestros: brotaron de mi alma en días de prueba y dolorosas luchas; pero rebosando siempre amor y ternura por vosotros.----Cuando podáis comprenderlos, ya estaré lejos; entonces, dedicadme un recuerdo.

ABUELA

I

Es la hora del crepúsculo, la hora
en que surgen tristezas y plegarias,
en que duermen las rosas y los lirios,
las olas gimen y las aves callan.
Aquí, dentro mi sér, reina el silencio
que como sombra en el espacio vaga;
en vano busco con afán creciente
sueños azules y sonrisas gratas.
Mirando un cielo azul que no es mi cielo,
me devoran la pena y la nostalgia.
—Cuando duermen los sueños en la mente
los dolores despiertan en el alma.—
Es la hora de las sombras; cómo lucha
el que en la vida sin querer avanza!
recordando las horas que se fueron
por cada decepción brota una lágrima.
El tiempo es huracán que se nos viene
cargado de tinieblas y de escarcha,
destruye vidas, pulveriza sueños,
y se lleva las hojas de las ramas.
Mi pensamiento en incesante lucha
al pretender volar, rompió sus alas,

y se debate aquí bajo mi frente
cual pájaro cautivo en rica jaula.
Es la vida un dolor, es un misterio
y á otro misterio como sombra pasa;
¿á qué luchar entonces?—en la tumba
concluyen heroísmos y esperanzas?
Y yo quiero creer, quiero ser buena:
á mí se acerca una figura blanca,
tiene mucho del cielo en la sonrisa,
mucha luz en los ojos y en las alas.
Esa visión ideal y encantadora
es la soñada musa de mi infancia,
es la fe que me cerca y me sostiene,
es *ella*, Aurelia, mi ilusión más casta.

II

Fue dulce realidad: aquí á mi lado
fija en mi rostro sus pupilas negras
y con voz que semeja una caricia
murmura dulcemente: abuela, abuela....
—Qué me quieres, amor?
—En qué pensabas?
—En mi Patria y en tí, niña hechicera,
en algo que diviso muy distante
como un rayo de luz entre la niebla.
—Y has llorado por eso? ¡Nunca llores!
ya sabes que te quiero: seré buena
como las niñas de los bellos cuentos
donde figuran genios y princesas.
Por qué piensas en eso que me dices?
qué es la Patria?
—La dicha que se aleja
si en recuerdo miramos de sus campos
las fuentes claras y las flores bellas.
Tú no sabes, mi bien, cómo se quiere
el rincón más humilde de la tierra,
si en él se alza la cuna do se duerme

al eco dulce de canciones tiernas.
La quieres más que á mí?
—No, vida mía,
pero á las veces en mi sér despierta
ansias de fenecer en sus orillas
aspirando sus brisas siempre nuevas.
—Y dime, ¿qué es morir? ¿algo muy triste?
—Morir es despertar con las estrellas
y llevarse allá arriba la ternura
de los séres amados que se dejan.
—Yo no pudiera verte, estar contigo,
no quiero, abuela mía, que te mueras;
si tú te vas, no tengo quien me cuide
ni quien haga dormir á mi muñeca.
—Encarnación de dicha y esperanza,
apártate de mí:—¡luz y tinieblas!
tú, como flor, te entreabres á la vida,
y yo parto abrumada de tristeza.—
Parece que comprende mi amargura—
besa mis manos y mi frente besa,
y sigo contemplando muy distante
como un rayo de luz entre la niebla.

III

Muere la noche, luce la mañana
impregnada de brisas y de aromas;
y escucho cómo rugen en mi pecho
de mi dolor las tempestuosas olas.
Oigo voces lejanas, el murmullo
del céfiro al jugar entre las hojas;
diviso tres cabezas de querube
y los rayos del sol bañan mi alcoba.
Venga la primogénita, mi Aurelia,
la que disipa mis tristezas todas;
la que tiene la frente de alabastro,
negros los ojos y las crenchas blondas.
Después venga mi Carlos, el inquieto,

el de ojos verdes y mejillas rojas;
el que gana batallas á millares
y anhela transformarse en mariposa.
Siga Esmeralda, el último capullo,
la que guarda en su nítida corola
la delicada luz de las estrellas,
el perfume de lirios y de rosas.
Vengan los tres, así, como aves libres
que buscando la luz hallan la sombra;
yo volveré á ser niña, y mis sonrisas
tendrán como relámpagos de aurora.
Todos me tienden las manitas bellas:
como arrullos de tímidas palomas
llegan á mí sus voces infantiles
y los beso en los ojos y en la boca
—Fórmame mis soldados en guerrilla.
—Dáme el pájaro azul que lanza notas,
yo quiero que me vistas mi muñeca
con el traje y el velo de las novias.
El quiere combatir—es un *valiente!*
formando de papel abruptas rocas,
emprende con el viento la batalla
y enseña, *vencedor*, la espada rota.
Esmeralda con gracia inimitable,
como pájaro azul vuela en la alfombra;
mientras Aurelia con la *novia* en brazos
el azahar purísimo deshoja.
¿Presiente acáso la inocente niña
de la vida el dolor, las ansias hondas?
piensa que, cual se van esos fragmentos,
se disipan los sueños y la gloria?
Al mirarlos tranquilos y felices
me vienen á la mente tantas cosas.....!
iguales juegos, santas ignorancias
que como aves se van y no retornan.
Y siento despertar uno por uno
dulces anhelos, ansias melancólicas;
esas ternuras íntimas y grandes
que á mi edad son cadáveres que lloran.

IV

Vienen ahora besos y preguntas.—
¿Qué es ilusión, mamá? Dí, qué es la vida?
—Un tejido de rosas y fulgores
á vuestra edad dulcísima y tranquila.
¿Qué es ilusión? Un canto, una plegaria,
que se define en llanto ó en sonrisas;
algo muy tierno que en el alma brota
y al quererlo alcanzar huye de prisa.
—¿Entonces vive poco?
—Algunas veces;
se recojen y besan sus cenizas
cuando los años pasan y se llevan
todo lo azul que en nuestra mente brilla.
Pero, óyeme, mi Aurelia, la esperanza,
las ilusiones puras y las dichas
han plegado las alas en tu frente
para dar mucha luz á tus pupilas.
—Mi mamá dice siempre que nosotros
somos sus esperanzas más queridas.
—¡Tu madre! Aurelia mía, ámala mucho
y serás, dulce bien, siempre bendita.
—Si yo la quiero tanto, que al mirarla
con Esmeralda en brazos, ó dormida,
rezo las oraciones que me enseñas
y siento que se doblan mis rodillas,
cual si fuera la virgen que en la iglesia
aparece entre nubes muy arriba.
—Mi mamá se parece, dice Carlos,
á las flores y al sol, es tan bonita!
—Tú no sabes, Carlitos, replica *ella.*
—¡Qué no sé lo que digo! anda chiquilla!
yo sé esas cosas porque ya soy *grande.*
—Y yo también lo soy: ¿cierto, abuelita?
Ayer tarde volaban á las nubes
bulliciosas y alegres golondrinas,
y me dijiste, si mamá se fuera,

en noche oscura se trocara el día.
Y nos dió tanta pena que corrimos
en pos de su ternura y sus caricias:
tú besaste sus manos, yo sus ojos
y volvió á nuestras almas la alegría.
—Allí estaba papá, ¿tú lo recuerdas?
y te llamó su amor, te dijo linda....
—Yo lo recuerdo bien, algunas cosas
ni despierta ni en sueños se me olvidan.
Oh! cuanto pienso en él ó pienso en *élla*
el corazón con fuerza me palpita;
la imagen de los dos llevo en el alma
y tiernas me bendicen y acarician.
—Amaos uno á otro; tú, mi Aurelia,
conserva de tu edad la fe sencilla,
y si el dolor te hiere, nunca dudes;
el que duda camina sobre ruinas.
Ven, mi Carlos, sé bueno, sé valiente,
tu Dios, la libertad y la familia;
sea *tu norte el deber* y tu fortuna
de tu nombre la honra siempre limpia.
Y tú, bella Esmeralda, dulce prenda
cuyo blanco presente es sólo risas,
sigue el ejemplo de tu noble madre
y con Aurelia su virtud imita.
Vuestras rubias cabezas que acaricio
llevad sobre los hombros muy erguidas;
dejad que desde el fondo de mi tumba
os besen en la frente mis cenizas.

V

Vuelve la noche con sus sombras mudas
y la pálida luz de sus luceros;
yo, con los tres en el hogar dichoso,
evoco tristemente mis recuerdos.
Esmeralda en la cuna, sus hermanos
sentados á mi lado junto al fuego,

los padres silenciosos, y dormido
en un amplio sillón el noble abuelo.
Precioso cuadro que trazar quisiera
con hermosos colores sobre el lienzo,
antes que lleguen las heladas brisas
y las crudas borrascas del invierno.
Antes que caigan las cabezas canas
como las flores de un rosal enfermo,
y las risas se truequen en sollozos
á la luz de los cirios macilentos.
Antes que de los niños se disipen
las puras dichas y los blancos sueños
y se extinga la voz que los arrulla
con dulces frases y sabrosos cuentos.
Jamás amé la vida, en mis delirios
me atrajo de las tumbas el silencio,
lo triste del ciprés que se doblega
al peso del dolor y del misterio.
Ahora, mirando las cabezas rubias
que como espigas se alzan á los cielos,
en el raudo reloj de la existencia
poder quisiera detener el tiempo.
Pero todo es mudable, todo pasa,
se renuevan las hojas en los huertos,
se extinguen en los nidos los arrullos,
vienen los niños y se van los viejos.
Se renuevan las dichas y pesares,
las sombras y la luz, todo es incierto!
Ayer mecí la cuna de mis hijos,
hoy con el mismo amor canto á mis nietos:
yo bañé con mis lágrimas los rostros
inmóviles y blancos de mis muertos:
así, los seres que mi vida encantan,
mañana llorarán sobre mi féretro.
Terminarán las plácidas veladas;
de mis ternuras y amorosos besos,
les quedará una pálida memoria,
impalpables y nítidos reflejos.
Y surgirán otros hermosos niños,
sus padres á su vez serán abuelos

y sabrán como se ama los retoños
cuando el árbol se inclina y toca el suelo.
Aurelia y Carlos á mis plantas juegan,
van y vienen sin tregua los traviesos,
la niña *hace* una madre encantadora,
él, un gallardo capitán de ejército.
Hablan los dos muy serios y se animan
confiándose sus cuitas y secretos,
ella ama á su *bebé* con gran ternura,
él sueña en libertades y derechos.
De pronto se refugian en mis brazos,
afuera ruge enfurecido el viento
y piensan que quien toca los cristales
come á los niños cuando no son buenos.
Y me abrazan los dos, ¡ángeles míos!
esconden las caritas en mi seno,
y acariciando sus dorados rizos
pido á Dios por los pobres y los huérfanos.
Les entono baladas muy antiguas,
las que mi madre me cantó sonriendo,
y ellos se doblan como flores pálidas
en las ramas sin vida de un almendro.
En el hogar las llamas se consumen,
se ocultan las estrellas en el cielo,
y en mi mente, cual pájaros cansados,
plegan las blancas alas mis recuerdos.

VI

Todo es silencio en mi rededor, las sombras
como espectros se agitan y se mueven;
en el alma las sombras y el silencio
no sé qué influjo misterioso ejercen.
¡Qué sola estoy! ¡Oh Dios! en torno mío
sólo mis penas y mis dudas crecen,
hay sollozos muy tristes en el viento
y lágrimas que tiemblan en la nieve
En la atmósfera vagan los aromas

de violetas azules y claveles,
ese perfume suave y melancólico
de las flores ajadas que se mueren.
De mi alcoba los límpidos cristales
al impulso del viento se estremecen,
y yo canto con lágrimas, temiendo
que mis ángeles rubios se despierten.
Cerca de mí los tres, en blando lecho
soñando dichas abrazados duermen,
mientras en mi alma, con furor insano
los dolores se arrastran y me muerden
Oh, si fueran felices! si los sueños
que besan sus espíritus y frentes,
no tuvieran la vida de las flores,
de los astros las tristes palideces!
Cómo al verlos tan bellos y dormidos
mi corazón palpita y se conmueve;
el hogar me parece ara sagrada,
el incienso, mis ayes que se pierden........
Talvez mañana á la cerrada puerta
llame temblando con afán la muerte,
y en el recinto de mi humilde alcoba
se levanten los cirios y las preces.
Al verme sobre el túmulo sombrío
sin voz y sin color, rígida, inerte,
como llegan las brisas y las hojas,
el dolor llegará grave y solemne.
O tal vez ignorantes y felices
que duermo pensarán los inocentes,
y sentados tranquilos junto al féretro
esperarán sonriendo que despierte.
Y no despertaré: hoja sin rama
me perderé en el polvo para siempre;
átomo imperceptible, iré rodando
como ruedan las flores y las mieses.

VII

En el blanco salón, mis tres auroras
en las rodillas del abuelo cantan;
como los ruiseñores en los nidos,
trinan alegres sin abrir las alas.
La madre los contempla con ternura;
borda muy cerca una sencilla lápida
y parece que de ella se desprende
una figura celestial y casta.
En los ojos del padre hay la tristeza
de dolores ocultos y de lágrimas;
brotan bajo los dedos de la esposa
un dulce nombre y una fecha amarga.
Tal vez á su memoria se presenta
el cuadro del hogar allá en la infancia,
y ve á la hermana muerta, hermosa y pura
como flor que se entreabre en la mañana.
El abuelo á los niños cuenta historias;
les dice que en las noches estrelladas
en la bóveda azul hay como risas,
ténues suspiros en las rosas blancas.
Y ellos preguntan con afán creciente
si en las flores quizá viven las hadas,
esas amigas cariñosas, buenas,
que con las sombras á sus lechos bajan;
esas que ya les dan lindas muñecas,
un hermoso caballo ó una espada,
y huyen como les dice la abuelita
que huyen las ilusiones y esperanzas.
Muchas noches los *dos* que ya son *grandes*,
dejan abiertas puertas y ventanas,
no entra nadie, lo ven porque *no duermen*
y hallan siempre juguetes en la almohada.
Lo acosan á preguntas:—Díme, abuelo,
¿por qué las hadas son buenas y malas?
¿por qué no vienen con la luz del día
en sus carros de pórfido y de nácar?

¿Por qué es eso? lo sabes? dílo pronto!
—Porque se duermen al nacer el alba
y sólo cuando asoman las estrellas
en las alcobas de los niños vagan.
Ellos no se convencen, imposible!
—No nos dices verdad, tú nos engañas.
El abuelo los mira enternecido,
los *tres* se alejan con enojo y callan.
Se apartan silenciosos y á mí vienen;
la única que sonríe es Esmeralda,
tiene esta niña en los azules ojos
fulgor de estrellas, claridad es de alba.
Carlos muy grave se me acerca y dice,
señalándome á Aurelia triste y pálida:
—Mira, abuela, ya llora porque piensa
que los que dan juguetes son fantasmas.
Yo no creo en tal cosa, porque he visto
al abuelo traerlos en la capa:
tú los guardas y ya cuando dormimos
con sigilo los dejas en la cama.
Tres años cuenta este rapaz hermoso,
carácter firme, inteligencia rara,
sólo teme á los cohetes que chispean,
á los vientos que gimen y se arrastran.
Aurelia es la violeta pudorosa
que oculta en el hogar belleza y gracia,
tímida, dócil, inocente, es ella
el astro melancólico de mi alma.
A veces la contemplo con tristeza,
¿la herirán el dolor y la desgracia?
su presente es azul como sus sueños,
¿y el porvenir? Arcano es el mañana.
La chiquita, la dulce, la traviesa,
la que responde al nombre de Esmeralda,
es la blanca ilusión que nos sonríe
en la edad del amor y la esperanza.
Sintiéndolos girar en torno mío,
fijo lejos, muy lejos la mirada;
si descifrar pudiera sus destinos
en la estrella que brilla ó que se apaga!

Cada uno es un diamante que despide
luces muy vivas pero muy extrañas,
se ven latir bajo sus puras frentes
como bajo un cristal alas muy blancas.
Oh! yo quiero vivir hasta que el tiempo
preste vigor á esas ligeras alas,
hasta que ya, seguros de sí mismos,
con rumbo fijo puedan desplegarlas.
Entonces partiré con fe tranquila
allá donde el dolor por siempre acaba,
donde crecen las flores macilentas
y el ave negra su canción levanta.

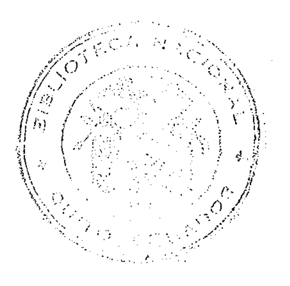
VIII

Hoy estamos de fiesta; los muchachos
visten de gala; aquí, dentro mi alcoba,
se levanta un altar con muchas luces
y ramos de jazmines y amapolas.
Se casa Esther, ya saben, la muñeca
que á petición de Aurelia está de *novia*,
prendido el velo en sus castaños rizos,
con blanco traje de ondulante cola.
Los padrinos son Carlos y Esmeralda,
usan de gravedad encantadora;
á mí me nombran cura, y de milagro
no me han hecho el cerquillo y la corona
Los padres y el abuelo, los testigos;
principia la sagrada ceremonia;
y al unir de *dos seres* los destinos,
mi voz se hace solemne y temblorosa.
Aurelia, *como madre*, algo distante
emocionada, con tristeza llora;
echo la bendición, digo latines
y luego á casa, á festejar la boda.
Hay pastas, dulces y medallas *regias*
que la fecha solemne conmemoran,
las trabajó Carlitos con empeño;
en un segundo deshojó diez rosas.
Cada pétalo blanco lleva signos;

si se descifran, bien; si no, ¿qué importa?
la intención fue grabar con letra clara
lo que en las bodas se acostumbra ahora.
Se baila, se discute, se porfía,
se murmura en silencio y á la sombra:
vicio de sociedad, no fuera mundo
si en ella no pasaran estas cosas.
Yo estoy de abuela ya, atiendo, obsequio,
brindo en pequeñas, delicadas copas,
el licor espumoso y cristalino
hecho del amaranto con las hojas.
Los convidados charlan y sonríen,
los padrinos se besan y alborotan;
el piano á la presión de manos suaves
deja escapar el ritmo de sus notas;
ellas pueblan el aire de armonías
y gimen en mi pecho como alondras.
Miro á Aurelia; ni llora ni se ríe,
permanece abstraída y silenciosa.
Salvo un largo período de doce años,
se convierte en mujer mi soñadora,
sujeto el velo á sus cabellos rubios,
la bendigo con mano temblorosa.
Y lloro de dolor ó de egoísmo,
miro á mi ángel partir, dejarme sola,
y oprimo entre mis manos sollozando
dos blancas alas que contemplo rotas.
Y ceso de pensar: ella me abraza,
une á mi boca su risueña boca
y pasa la visión como una nube.
como pasan las brisas y el aroma.

. . . .

Soy creyente ¡Señor! vela por ellos;
que no se eclipse de su edad la aurora;
para mí la miseria, el frío intenso
de las noches de invierno tempestuosas;
para ellos mucha luz, mucha alegría:
para mí los dolores que sollozan;
sea su vida una eterna Primavera,
y húndame yo en la nada de las sombras.



ALISA

Aurelia:

Idilio azul debe llamarse este poema. Creado por tí, no me debe otra cosa que la forma. He grabado en la primera página el nombre de tu muñeca más querida, de esa hada encantadora, rubia como el sol y blanca como la nieve de nuestras cordilleras.

Vivió sólo un día como esas flores delicadas que apenas nacen se deshojan y mueren, y quiero inmortalizarla en tu memoria; yo sé que de ella no se borra un recuerdo. Tu priviligiada inteligencia, completamente desarrollada ya, te hace adelantar gran trecho en el camino de la vida. Que pudiera estar siempre á tu lado para guiarte con mis consejos y alentarte con mî ternura! Si vivo hasta que traspongas la primera jornada, mi amor te servirá de escudo; y si duermo ya el último sueño, desde el oscuro nicho donde descanse, se elevará mi voz para decirte con el mismo acento conque tantas veces he cerrado tus hermosos ojos: bendita, bendita seas!

ALISA

I

Es *Alisa* una niña encantadora,
de frente blanca y de mejillas frescas,
de pelo de oro y ojos tan azules
que semejan el cielo en primavera.
Quince años han pasado como un soplo
sobre su rubia y virginal cabeza,
y no conoce aun las emociones
que nos brinda el amor en sus ternezas.
Insensible al dolor y á la ventura,
no trina como el ave ni se queja;
dice Aurelia que es linda pero fría
y sinembargo con pasión la besa.
Siempre están juntas y se duerme *Alisa*
en los rosados brazos de mi Aurelia.
—Mariposa sin alas me parece
cegada por el brillo de una estrella.—
A veces me pregunta emocionada:
—Por qué hay seres tan raros en la tierra?
ves á *Alisa*? me dice, es muy hermosa

y nunca llora ni con flores sueña.
Por qué es eso, mamá? Yo la acaricio,
siempre con ella soy dulce y risueña,
le doy juguetes y vestidos regios,
ciño á su cuello rosas y turquesas.
Recibe mis obsequios y cariños
indiferente á todo, siempre seria,
y verla así, deveras causa enojo
y lloro á veces con profunda pena.
Tú dices que conoces muchos seres
que tienen....... no recuerdo!
—Sí, una piedra
bajo el mórbido seno de alabastro
y en el cerebro ni una sola idea.
Seres que cifran su ventura toda
en realzar con adornos su belleza
y ostentar orgullosos ante el mundo
vistosas joyas, deslumbrante seda.
Y posponen del lujo á los placeres
las dichas del hogar tímidas, tiernas,
que son de la mujer el fuerte escudo,
consuelo de dolores y miserias.
Pero *Alisa,* mi bien, no es de ese número;
es un pedazo de cartón y cera
y no puede sentir las emociones
que conmueven tu cándida inocencia.
Ella no sabe lo que son afectos,
ignora de la vida las tristezas,
y si tranquila duerme en tu regazo
es porque nada teme y nada espera.
No es un sér como tú tierno y sensible,
más mueve tu alma á una pasión suprema,
que los santos afectos de la vida
á tu edad los despiertan las muñecas.
Tienen la vaguedad de los ensueños,
pero ya se adivinan dichas ciertas
y por eso la arrullas con ternura
y adornas sus cabellos con violetas.
A tu edad los arrullos de los nidos,
el astro puro que en el cielo riela,

fijan el pensamiento un solo instante:
es ave libre que cantando vuela.
Se detiene á soñar en una rosa,
entre las aguas del arroyo juega,
sigue á las mariposas á la altura
y mira sin dolor las hojas secas.
Ignorante del bien, el mal no alcanza;
halla calma del mar en las tormentas,
y ya lo ves, se para acongojado
porque no habla ni llora la muñeca.
Esa niña insensible y tan hermosa,
es más feliz que tú, nada la altera,
y para ella es lo mismo luz ó sombra,
gemidos de dolor, risas que alegran.
Amala siempre con igual ternura
sin esperar, oh niña, que te quiera;
inanimado sér, no puede darte
las puras dichas que impaciente anhelas.
Cuídala siempre, abrígala en tus brazos,
cúbrela amante con encaje y perlas,
yo también como tú, allá en la infancia,
quise mucho á mi rubia *Magdalena.*
—Jugabas con muñecas? No te creo.
Has sido como yo niña y traviesa?
—Y como tú busqué rayos de vida
en el cristal de unas pupilas negras.
Imaginas que siempre he sido triste,
pálida y débil como rosa enferma?
Las flores brotan puras y lozanas
pero á la tarde las corolas cierran.
—Perdóname, abuelita, he sido mala,
tiene que ser verdad lo que me cuentas;
yo creí...... no te enojes.
Vida mía,
cuantos recuerdos en mi sér despiertas!
Miro mi pobre hogar, hoy ya perdido,
y yo jugando en él, tranquila y bella......
Callemos ya, las lágrimas me ahogan,
ven á mis brazos y mis ojos besa.

II

Está visto: en cien años no vivimos
lo que viven los niños en un día;
nacen muñecas, crecen por encanto
y se casan apenas se bautizan.
Nació *Alisa* en Enero; vino en coche
según me dice Aurelia, desde Lima;
porque así vienen todos los chiquillos;
vino ella de París ó de la China.
No lo recuerda bien, porque era entonces
como una *almendra dulce*, muy chiquita;
de allá han venido Carlos, Esmeralda
y sus primas Pilar, Berta y Elisa.
Se prepara la cuna y los pañales,
porque vienen desnudos y la brisa
los hiela de tal modo que da pena
tocar sus manos cual la nieve frías.
Y es de verla, muy seria me lo cuenta,
húmedas por el llanto las pupilas,
mirando al mismo tiempo con ternura
el blanco lecho donde duerme *Alisa.*
Esta ha crecido mucho, es increíble!
cuenta apenas dos meses de nacida
y conviene vestirla ya de largo
porque tiene quince años, ya no es niña.
Hay que hacerle vestidos, dar un baile,
abrirle así las puertas de la vida,
comprar dulces y flores, muchas flores,
es el mejor adorno, son tan lindas!
Y yo que cifro mi ventura toda
en oírla reír con alegría,
compro telas muy finas, y la casa
lleno de rosas, lirios, margaritas.
El traje es blanco, tiene muchas blondas
en la cintura y hombros, oro y cintas,
la cola de una reina, de dos varas
con plegados de tenue muselina.

Nada de sedas, quiero que mi Aurelia
aprenda en su muñeca á ser sencilla;
los ángeles cubiertos de diamantes
son estrellas de invierno que no brillan.
Se visten las muñecas.—Lleva *Sara*
vestido rojo, y en la falda lisa
una sola guirnalda de hojas frescas
salpicada de blancas campanillas.
Ester viste de azul, *Beatriz* de rosa,
de pálido amarillo *Evangelina*,
María de verde, de salmón *Ofelia*
y de lila muy claro las chiquitas.
Hay convidados mil, éstos no faltan;
acuden presurosos, dan sonrisas,
frases galantes y murmuran necios
de todo lo que alegra y lo que anima.
Así es la sociedad: vanas lisonjas,
tras ellas asomando la mentira
como negro reptil entre las flores,
clavando el aguijón con faz tranquila.
Aurelia está conmigo, y con empeño
todo lo que hago yo, ella lo imita;
Carlos baila sin tregua, pero elige
entre todas las niñas las bonitas.
Esmeralda no está, es tan traviesa!
apaga de la sala las bujías,
rompe las flores sin piedad alguna
y, al impedirlo, como loca grita.
Cuenta dieciocho meses: tiene de alto
apenas una cuarta, es tan chiquita!
los ojos son azules y muy grandes
y como estrellas todo lo iluminan.
Es muy rubia, las hebras del cabello
semejan de los campos las espigas,
besan su cuello risos mal formados,
olas que tiemblan y como oro brillan.
Inquieta y caprichosa, á sus hermanos
á obedecerla casi simpre obliga;
Aurelia cede, pero Carlos lucha
y entre los dos se traban largas riñas.

Sultana del hogar, todo lo quiere
y doquier va dejando sólo ruinas;
si no halla que romper de sus zapatos
quita las borlas entre alegres risas.
Por eso su mamá muy por la tarde,
en su regazo con amor la abriga,
y llega el sueño tras hermosos cantos
trayéndola en sus alas mil caricias.
Y ya pueden jugar los dos rapaces
y sacarme de juicio con sus cuitas,
y yo me presto á todo y ellos dicen:
—qué buena es con nosotros la abuelita!—
Si pudieran saber cómo los amo,
cuánto lloro en mis noches de vigilia
al sentir que los años van pasando
dejando atrás sus juegos y sus dichas.
Empiezan á marchar los convidados
y á cargarse de sueño las pupilas,
ruedan las flores sin color ni aroma,
la lumbre del hogar queda en cenizas.
Los dos cansados de jugar, se duermen;
aquí la fiesta y el placer terminan,
y yo recojo avara de sus labios
besos sin alas y calladas risas.

III

—Hoy quiero que mi *Alisa* sea chiquita;
voy á ponerle gorra, toca y faja,
la hago dormir cantándole muy quedo
y la acuesto en la cuna de Esmeralda.
El baile le ha hecho daño, mira abuela,
parece lirio enfermo, está tan pálida!
ésta es mi hija querida, si se muere,
de pensarlo no más me duele el alma.—
Y lo hace como dice; la despoja
de sus hermosas, transparentes galas,
y se sienta muy seria ante la cuna

y como madre tierna así le canta.
De la muñeca los azules ojos
forman contraste con la gorra blanca,
parecen dos turquesas ó zafiros
entre ondas leves de percal y gasa.
Cinco años tiene Aurelia y nunca he visto
ni seriedad mayor ni tanta gracia;
en una tierna madre en miniatura,
cuidadosa, solícita, abnegada.
Yo la miro en silencio y no sorprende
ni mis sonrisas ni mis tristes lágrimas;
embebida en su amor, sólo en *Alisa*
tiene fijos espíritu y mirada.
A las veces, me asusto de la fuerza
conque esta criatura siente y ama;
cómo llora si un pájaro se muere
viendo desierta la dorada jaula.
Alisa es su pasión embriagadora;
los primeros amores de la infancia,
son nuestra madre, la muñeca rubia
y las flores que se abren en las ramas.
Qué pensará mi hermosa soñadora?
Mueve la cuna con su mano blanca
y oprime dulcemente con sus labios
de la muñeca las mejillas pálidas.
De su cabeza los hermosos rizos
por su cuello de nieve se desgranan;
dejémosla soñar; ángel que sueña
es ave que al azul tiende las alas.

IV

Con el alba, mi amor, mi dulce encanto
tiene una nueva pretensión, anhelos
que despertando tímidos en su alma
invaden poderosos el cerebro.
Brilla como astro en cielo nebuloso
la inteligencia entre sus ojos negros

cuando uniendo sus labios á mis labios
formula una caricia ó un deseo.
Tiemblo al seguir el vuelo de sus alas,
pues simpre vaga en horizontes nuevos,
y me ofusca la luz en que se envuelve
y como ave cansada me detengo.
Hoy quiere que se case la muñeca;
me canso, dice, de los mismos juegos;
yo quiero que mi *Alisa* tenga novio
y que la quiera mucho y sea muy bueno.
Tomo un pedazo de caliente cera
y una figura con ardor modelo,
trabajo mucho y surge de mis manos
un apuesto y hermoso caballero.
Con tinta negra sobre el fino labio
trazo el bigote, le dibujo el pelo,
y le hago la camisa de batista,
el pantalón, el frac y alto sombrero.
Terminada la obra, con orgullo
y llena de ilusión, se la presento;
ella lanza sonora carcajada
y exclama á media voz: ¡qué hombre tan feo!
Mi orgullo sufre, pero al fin me río;
enlazando los brazos á mi cuello,
me dice con dulzura:—que se casen,
no te enojes ¡por Dios! y dame un beso.—
Ahora la ropa, el tocador, la cuja
la quiere de metal y fino acero;
el tocador azul, con flores blancas,
de cristal de bohemia el fino espejo.
Muchas violetas y jazmines blancos
y cocuyos que llenen el joyero;
los collares se forman con violetas,
con los puros jazmines, guardapelos.
La casa es lo más fácil; muchas hojas
matizadas del sol por los reflejos,
en el verde tejado algunas pajas
donde aniden palomas y jilgueros.
De alas de mariposa el casto traje
y de rayos de luna el ténue velo,

el azahar de espuma de los mares,
el altar se elabora con luceros.
Yo no puedo casarlos; soy ahora
escultor y modista, el arquitecto
que traza planos, material acopia
y labra el nido con tenaz empeño.
Quién será el sacerdote? Pues es claro,
sino es la abuela lo será el abuelo,
para los dos jugar con los muchachos
es ver lucir el sol en pleno invierno.
Mil objetos preciosos van llegando,
un piano, seis estatuas, dos floreros,
un canastillo azul con muchas blondas
y estuches de metal y terciopelo.
La casa es un bazar, cintas y plumas,
y flores blancas como casto ensueño,
vajillas de oro y plata cincelada,
la mar de cosas, pero mar inmenso.
Qué dice *Alisa?* Indiferente á todo
se casa por casarse; eso lo vemos
en el mundo también todos los días;
se toma el matrimonio como juego.
Ya el amor no es preciso, en los hogares,
debe haber mucho lujo y más dinero,
pues eso de casarse por cariño
se queda muy atrás, es ya muy viejo.
Todo está preparado, Aurelia grita,
Carlos me abraza de entusiasmo lleno
y vienen las preguntas que me pasman:
todo problema lo resuelve el tiempo.
A Aurelia se le ocurre á última hora
invitar á los primos, á Roberto,
á Marina y á Rosa, Lola, Estela,
y que encuentren al novio muy enfermo.
Va el abuelo á buscarlos, no los halla;
se suspende la fiesta, pero *Alberto,*
(así se llama el novio) va á la cama,
le duele el corazón y todo el cuerpo.
Le pone cinapismos, grandes vendas
que le cubren la frente y el cerebro;

es todo confusion, bulla y porfía,
y que no morirá queda resuelto.
—Se casarán mañana, dice Aurelia.
Contesta Carlos—Si amanece bueno.
—Si es de chanza, Carlitos, tú no sabes
que no se enferman nunca los muñecos?
Y abandonan la cama uno tras otro
y se van abrazados, muy contentos.
¡Que no pasaran las felices horas
de las tranquilas risas y los sueños!

V

Raya la aurora y unos brazos suaves
á mi cuello se enlazan con cariño,
hay en mi alcoba como arrullos vagos
de pájaros que se alzan en los nidos.
—Oh qué noche, mamá, cuánta tristeza,
pensando en el enfermo, no he dormido,
antes de ir á acostarme fui á mirarlo
y estaba el pobre pálido y muy frío.
Me levanto y se casan; con un beso
ahora mismo despierto al abuelito;
hablan afuera Carlos y Esmeralda,
que vengan y nos sirvan de testigos.
Abre puertas, ventanas, y los rayos
de luz muy suave nos alumbran tímidos;
el abuelo se viste la sotana,
yo enciendo del altar los blancos cirios.
Vamos á ver á *Alisa*, no parece.
—Aquí estaba, mamá, dice Carlitos,
al entrar vi sus ojos tan azules
y creí que era el cielo, yo la he visto.
Buscamos con afán por todas partes;
el dolor de mi Aurelia es infinito,
llora en silencio, lo revuelve todo,
busca su corazón que se ha perdido.
—Esmeralda la tiene, dice Carlos.

Aurelia lanza doloroso grito,
sigo la dirección de su mirada
y brota de mi seno hondo suspiro.
Allí la niña está, tiene en las manos
los cabellos de *Alisa*, rubios, finos,
y nada más, pues sólo son despojos
los que en el suelo conmovida miro.
Aurelia inclina la cabeza rubia,
(cómo entristece ver llorar á un niño!)
y llora, en tanto que Esmeralda ríe
lanzando notas y armoniosos trinos.
Con sus dedos de rosa, una por una
va arrancando las hebras de los rizos;
así arranca queridas ilusiones
despiadado á las veces el destino.
Va recogiendo Aurelia los despojos
que son rayos de sol y hojas de lirio,
con calma aterradora que sorprende
lleva al altar el cuerpo tan querido.
Yo me cubro el semblante con las manos,
así se fueron todos mis cariños
y quedó mi alma con las alas rotas
temblando del dolor sobre el abismo.
—Oh, no llores, abuela, dice Carlos.
Cómprale otra muñeca, nunca gimo
porque un juguete se me pierda ó rompa,
lo busco, no parece, pues lo olvido.
Oh! celeste ignorancia, edad dichosa,
pura como la brisa y el rocío,
por qué te truecas en dolores hondos,
en desengaños cual la nieve fríos?
Después de tanto azul, llegan las sombras,
manchas grises presentan lo infinito
y se nublan los ojos y en el pecho
late muy quedo el corazón herido.
De la muñeca los despojos tristes
me parece que son despojos míos,
me recuerdan un féretro, una fosa,
unos ojos muy grandes y sin brillo.
Escondo mi dolor y con presteza

llegándome al altar soplo los cirios,
invento nuevos juegos, ya no lloro.
—Qué alegre está la abuela! —
Yo me río.
—Qué alegre está la abuela!—Baten palmas
ignorancia feliz la de los niños!
hay en mis risas el fulgor extraño
del relámpago azul en el vacío.

BEATRIZ



A Carlos Andrade

con el ruego de perpetuar
mi memoria en el corazón de
sus ángeles



BEATRIZ

Llega la Navidad y los muchachos
quieren nuevos juguetes y sorpresas,
Carlos pide un caballo que *ande solo*,
Aurelia una muñeca *bien traviesa*.
Quiere Esmeralda flores, dos palomas
de las aladas que arrullando vuelan
y tienen dulces notas en el pico
y las plumas tan suaves cual la seda.
Y como esto *no cabe'en un zapato*,
dejan en el balcón, que no se cierra,
un sombrero, una colcha, un canastillo
hecho de mimbres y hojas de camelia.
Piensan los inocentes que hay un viejo
que á los hogares los juguetes lleva,
sér incógnito y bueno, que á los niños,
según sus obras ó castiga ó premia.
Ya dormidos los *tres* con gran cuidado
coloco en el canasto la muñeca;
es una ninfa hermosa de ojos claros
y las pestañas cual la noche negras.
El caballo, alazán de pura raza,
en el sombrero bien guardado queda;

en la colcha dormidas las palomas
en un nido de rosas y azucenas.
Y me vuelvo á la alcoba en donde duermen:
dulce sonrisa entre sus labios juega,
ante el lecho y la cuna me arodillo
y lloro mucho mientras ellos sueñan.
Toco sus frentes con mis labios trémulos,
una gota de llanto, blanca perla,
por mi mejilla rueda silenciosa
y se pierde en los rizos de mi Aurelia.
Son tan breves las horas de la infancia,
destruyen al pasar tantas ternezas!
esas risas y sueños tan azules,
serán mañana sombras y tristeza.
Porque todo se va, todo se pierde
como el incienso que las nubes besa;
ellos tienen violetas en el alma,
yo en el fondo del alma sólo niebla.

II

Se levantan los tres: casi desnudos
se lanzan al balcón, nace la aurora
y hay perfumes süaves en el aura
y gotas diamantinas en las hojas.
—Para mí la muñeca, grita Aurelia.
—Yo me llevo el caballo y las palomas.
—Para Esmeralda son aves y flores.
—Pues me cojo yo.
—No ves que llora?
En efecto, la niña cerca de ellos
trémula de emoción, triste solloza;
pero avanza resuelta, Carlos huye,
síguelo Aurelia y los juguetes toma.
Aquí llora Carlitos; me presento
y pregunto la causa.—¡Si es de broma!
ven á ver mi caballo. Qué bonito!
—Mi muñeca también!

—Y mis palomas.
Aurelia se me acerca, en mi regazo
la gran muñeca, tímida coloca:
qué bella está la niña! va en camisa
y desnudos los pies de nieve y rosa.
Bella estatua de mármol me parece
á la indecisa luz que la colora,
estrellas negras los oscuros ojos,
perlas los dientes y rubí la boca.
—Mira, abuela, qué linda *criatura*,
no he tenido muñeca más hermosa,
qué bien le sienta ese vestido blanco
y el gran sombrero con las plumas rojas.
Qué nombre le ponemos?
—El que quieras.
—Que venga mi mamá y el nombre escoja,
voy á llamarla, espera, ten cuidado
no caiga la muñeca y se me rompa.—
Esmeralda sentada en el canasto,
arranca plumas que á la calle arroja
y va poniendo en sus cabellos rubios
las blancas azucenas que deshoja.
Carlos tiene en la mano unas tijeras
y á su caballo corta crin y cola,
le quita el freno, rompe la montura,
y como ya no sirve, lo abandona.
Llegan Aurelia y su mamá, y el niño
se oculta tras la puerta de la alcoba;
Esmeralda risueña da á María
pétalos mustios murmurando: toma!
Esta la besa con cariño inmenso,
alza fragmentos de azucenas rotas:
no las destruyas, no, dice á la niña,
tienen alma las flores y se enojan.
Ve el hermoso caballo en esqueleto,
dos ojos garzos que á la puerta asoman,
me mira con asombro y dice á Carlos:
—Anda travieso, rompes lo que tocas!
El niño echa á correr, ella se ríe
y pide á Aurelia la muñeca blonda,

pues ésta tiene los cabellos rubios
como rayos de sol entre las frondas.
Aurelia se la lleva.
—Qué bonita!
tiene en los ojos claridad y sombra,
que se llame *Beatriz*, musa de Dante,
la que en sus cantos como ensueño flota.
—Quién es Dante, mamita, el *viejo bueno*
ó el que denoche los cristales toca?
—Dante es un gran poeta, no lo sabes?
y *Beatriz* su amada melancólica.
—Pues que se llame así, só su madrina.
No, mamacita, que lo sea *Carlota*.
(*Carlota* es la mayor de sus muñecas,
viuda sin pretensiones como hay pocas).
—Tienes que hacerle, abuela, la envoltura,
una bata muy larga y una goira.
¡Qué linda se pondrá! como Esmeralda.
—Qué persigue Carlitos?
—Mariposas.
Olvida la muñeca y sus proyectos
y se lanza al jardín como una alondra,
contraste forma el ruído de sus alas
con la quietud de mis tristezas hondas.
Y allá se va, mi dulce primavera
vertiendo risas y argentadas notas,
pisando flores con sus pies de espuma
como ondina que juega entre las olas.
Es un paisaje encantador: el cielo
tiñe de azul la ennegrecida roca,
baña el lago los árboles jigantes
y los lirios se enlazan con las rosas.
La cordillera allá como una nube,
rayos de oro jugando con la sombra,
en las ramas los pájaros alegres,
los niños persiguiendo mariposas.
La blanca camisita que los cubre
resalta entre lo verde de las hojas,
como copo de nieve transparente,
como el velo flotante de las novias.

Y se alejan cual sueño delicioso,
nadando de la luz entre las ondas,
pisando en su carrera blancos lirios
que parece que gimen y sollozan.
Y los miro alejarse con tristeza;
así se va la dicha, hora tras hora,
avanza el tiempo, pero qué vacío!
crepúsculo del alma sin auroras.

III

En el cuarto de Aurelia se levanta
la pila bautismal: es un florero
que en otra Navidad trajo á la casa
también por el balcón, el *viejo bueno.*
Ante ella, la madrina con la ahijada,
Carlos de sacristán, muy lindo y serio,
de su papá se ha puesto la levita
y el sombrero de copa del abuelo.
Aurelia viste un traje muy usado
que fue de su mamá, con grandes vuelos,
en la cintura un lazo y en los hombros
dos pájaros de rojo terciopelo.
Lleva Esmeralda en su vestido corto,
mariposas azules como el cielo,
y de oropel, en la cabeza rubia,
nubes blancas y pálidos luceros.
La familia *menuda,* las muñecas,
lucen vistosos trajes y sombreros,
los hombres guante y frac muy bien cortado,
corbata blanca y prendedor de acero.
Se ha casado el que fue novio de *Alisa,*
nada tiene de extraño, mas no puedo
comprender cómo brota otro cariño
fresca la tumba del amor primero.
Terminado el bautismo, canta Aurelia,
Carlitos y Esmeralda comen *besos,*
se reparten capillos y medallas

y se toman confites y refrescos.
Yo los comtemplo absorta: de mi Carlos
parecen polvo de oro los cabellos,
y de mi Aurelia los oscuros ojos
retratan mis dolores. ¡Son tan negros!
Los de Esmeralda, grandes, soñadores,
copian el puro azul del mar y el cielo,
y derraman los *tres* encanto y gracia
en sus risas sonoras y en sus juegos.
Duerme *Beatriz* en la mullida cuna
y surgen ante mí gratos recuerdos,
pienso que en mi cabeza no han dejado
sus blancas nieves mis cuarenta inviernos.
Y me transporto á otra época lejana
en que miraba el mundo bello y bueno,
y guardaba en el alma muchas flores
y allá en el corazón hermosos sueños.
Cuando fui madre y en mi sér cantaron
hermosas trovas, cándidos afectos
y se abrieron dos ojos muy azules
para dar mayor luz al universo.
. . . .
Aurelia vela el sueño de la niña:
se halla sentada junto al piano abierto
y arranca distraída de sus teclas
dulces acordes de esperanza llenos.
Aureola luminosa la circunda,
y la besan los pálidos ensueños
de su alma virginal, que no conoce
lo triste del dolor cuando es eterno.
Carlitos se ha quitado la levita,
ha vuelto al guardaropa el gran sombrero
y habla muy animado con *Elena*,
linda muñeca de ojos de misterio.
Sentado junto á ella, se impacienta
porque guarda la niña hondo silencio,
y trata de animarla con palabras
y darla vida con ardientes besos.
Cansado de luchar de ella se aparta,
se aleja grave y arrugado el ceño;

y hablándose á sí mismo va diciendo:
—No me quiere? pues bien, ya no la quiero.—
Esmeralda, gozosa, va quitando
los adornos que luce en el cabello,
con ternura de madre los arrulla
cual si fueran palomas ó muñecos.
Que jueguen y que vivan! Que el destino
no marchite la flor de sus afectos;
y pasados los años, en su dicha,
hallen de estas memorias los reflejos.

IV

Pasa un mes y *Beatriz* ya va colegio
donde aprende francés, música y canto,
á formar con primor flores de plumas
y con alumbre, cruces de alabastro.
Es un genio ¡por Dios! aprende todo
con tal facilidad, que es un milagro,
llegará á ser doctora ó literata
en el transcurso de unos pocos años.
Apenas quince días de al colegio
y ya, para el examen, pinta cuadros,
y sabe la gramática *como agua*
porque es de aplicación, modelo raro.
Y como el tiempo pasa como un soplo,
vuelan los meses y se acerca Mayo,
va á presentarse en público la niña
y á lucir su talento y sus trabajos.
Aurelia está contenta: le han pedido
para el examen, un vestido blanco,
pero *no puede* ser de muselina,
blondas de seda sobre fino raso.
Y se compran encajes, sobre seda,
se forman pliegues, caprichosos lazos,
y surge de mis manos una nube,
pero diáfana nube de verano.
Qué linda está *Beatriz*! es una reina,

hebillas de oro luce en los zapatos,
en el cuello diamantes que despiden
las vivas luces de fulgente rayo.
Forman el auditorio, las muñecas,
Esmeralda y Carlitos, el jurado;
ponen libros y globos en la mesa,
se sientan juntos y comienza el acto.
La examinan los dos; oh, se ha lucido!
ensordecen el aire los aplausos,
se la ofrecen coronas, y pronuncia
discurso con retórica y un diálogo.
En vacaciones ya, quiere mi Aurelia
que borde un almohadón en cañamazo,
y ella dice:—No sé, sólo he aprendido
á recorrer las teclas del piano.
—No sabes nada más? Y la pintura?
—La maestra, mamá, hizo los cuadros.
—La música?
—Perdona, la he olvidado.
Y según dice Aurelia (no me consta)
ha gastado un platal en este año
en libros, plumas, lápices, cuadernos,
en sombreros, vestidos y zapatos.
Yo le aconsejo que á *Beatriz* eduque
para el hogar; las flores en el prado
conservan por más tiempo su frescura
que en un salón artístico y dorado.
Aurelia está enojada, no la besa,
á su edad otras niñas saben algo;
qué es lo que enseñan pues en los colegios?
Ella no sabe que se aprende tanto!
Beatriz se mira siempre en el espejo,
ciñe á su cuello perlas, rojos lazos,
y pasa en el balcón las horas muertas
mirando al sol hundirse en el ocaso.
Bordar una camisa, no es preciso,
aprender á guisar, no es necesario;
con saberse adornar, bailar un poco,
se agrada en los salones y en el teatro.
Y en el hogar? Tan sólo las virtudes

iluminan el fondo del santuario
y más merece la mujer modesta
que la que arrastra terciopelo y raso.
Las joyas y la seda, no dan méritos,
deslumbran á los necios y á los fatuos;
son más lindas las flores, cómo lucen,
en trenzas negras los claveles blancos.
Pero olvido á *Beatriz*: está resuelto
que sólo en casa seguirá estudiando,
con que sepa ser buena, nada importa
que no hable idiomas ni que pinte cuadros.

V

Van pasando las horas y con ellas
la infancia de *Beatriz*, llena de risas,
es ya una *mujercita* encantadora,
inquieta como alegre golondrina.
Tiene los claros ojos tan inmensos,
que parecen dos soles las pupilas,
blanca la frente, el cuello sonrosado
y suaves como raso las mejillas.
He sorprendido á veces á mi Carlos
contemplándola absorto de rodillas;
y no tiene mal gusto el rapazuelo,
es tan fresca *Beatriz* y tan bonita!
En la alcoba de Aurelia está la cama
entoldada de blanca muselina;
un velador azul con mármol negro,
dos jarrones con flores amarillas.
Un gran ropero de nogal tallado
guarda las galas de la hermosa niña,
un traje verde mar bordado de oro
que le obsequió en su santo su madrina.
Dos más, uno celeste y otro blanco
que le dejó al morir la pobre *Alisa*,
y que guarda *Beatriz* como si fueran
de la preciosa muerta las cenizas.

Tiene *Beatriz* la cualidad bien rara
de querer siempre lo que quiso un día,
en ella los afectos no son flores
que viven una hora y se marchitan.
Es un dechado de bondad: Aurelia
con gracia sin igual la besa y mima,
la compra polvos finos de magnolia,
perfumes de violeta y de vainilla.
Luce en el tocador entre otras cosas
de cartón colorado una cajita,
de ella toma *Beatriz* para sus labios
el color de la fresa ó de la guinda.
Es su rostro una rosa de los campos
y ella lo cubre de una pasta fina
que le presta el color del alabastro
y la hace parecer estatua viva.
Es un defecto que ni yo ni Aurelia
la podemos quitar, una manía;
¿sabe *Beatriz* que todo es mascarada
en la eterna batalla de la vida?
Es lo cierto que en casa se halla siempre
sin polvo y colorete todo el día,
y se *disfraza* así cuando hay tertulia
ó sale á visitar á sus *amigas*.
Conocerá talvez que para el mundo
el uso de dos caras necesita,
y por eso se cubre bien el rostro
y lleva el alma como estrella limpia.
Carlos no ha vuelto ni á mirar á *Elena*;
pero á *Beatriz* con insistencia mira,
en él despierta la muñeca hermosa
un sentimiento de ternura íntima.
Siempre está junto á ella y es de verlos;
él, rojo de emoción, ella tranquila,
él la deja en el cuarto en las mañanas
azucenas y blancas margaritas.
O se ensaya á quererla ó ya la quiere,
al verla, con dolor siempre suspira,
no juega ya á cometas ni á soldados,
ni puebla el aire con sus dulces risas.

—Qué tiene Carlos? me pregunta Aurelia;
ante *Beatriz* postrado de rodillas
la contempla extasiado hora tras hora,
si tú sabes lo que es, dilo, abuelita.
—Pues será por ser tuya.
—No lo creas.
Se queda silenciosa y pensativa;
ignora la inocente que hay cariños
que nacen con nosotros á la vida.

VI

Carlitos enfermó; vaga tristeza
se apoderó del corazón del niño,
y á sus ojos tan claros y brillantes
asomaron las brumas del vacío.
Una noche de invierno muy oscura
el pobre enfermo me llamaba á gritos,
acercándome á él besé su frente
y murmuré ternuras á su oído.
—Por qué gritas así? te quiero tanto!
en verte alegre mi ventura cifro.
Enlazando los brazos á mi cuello,
—Quiero casarme con *Beatriz*,—me dijo.
Quedé un instante sin color ni aliento:
él estaba ante mí, pálido y frío,
y su pecho de nieve se agitaba
como las blancas alas en los nidos.
Reponiéndome al punto, dije á Carlos:
—Es lo más fácil, puede ser hoy mismo.
—Sabes si ella me quiere?
—Es muy probable
que tierna corresponda tu cariño.
Al otro día correteaba alegre
en el jardín mi pálido enfermito,
iba cogiendo rosas y geranios,
azahares, campánulas y lirios.
De pronto vino á mí, había en sus ojos

el misterioso azul del infinito;
sobre su blusa roja se esparcían
como rayos de sol sus claros rizos.
—Dime, abuela, los pájaros se besan?
los hemos visto juntos pico á pico,
y gorjeaban alegres, como canta
cuando está con nosotros, abuelito.
—Y qué pensaste tú?
—Pensaba, abuela . . .
vente más cerca, te diré al oído:
que las aves se esconden en las hojas
para hablarse muy quedo y con cariño.
—Es antigua costumbre de los pájaros
buscar las hojas cuando arrecia el frío,
pliegan las alas de volar cansados,
y alegres cantan, calentando el nido.
—Y por qué forman nidos, tú lo sabes?
—No tienen un hogar? Pues es lo mismo.
—El hogar es un nido?
—Donde brotan
flores frescas y ensueños fugitivos.........—
—Y porqué hay aves grandes y pequeñas?
—Como hay en el hogar viejos y niños,
así en esos palacios encantados
hay luz y sombra, risas y gemidos.
—Y cuál es el idioma de las aves?
Hablan como nosotros?
—Lanzan trinos,
naturaleza puso en sus gargantas
todo un arroyo cadencioso y límpido.
—Pero se quieren mucho, no lo niegues,
y se besan también, yo las he visto,
no sé por qué me ocultas estas cosas;
mi papá y mi mamá no hacen lo mismo?
Ante tal argumento, me confundo,
oculto mi emoción y al fin le digo:
—No te fijes en eso, vida mía,
los besos son palabras sin sentido.
No se convence, pero alegre ríe
y se aleja contento; yo me abismo

en tristes reflexiones: ¡cuánto abarca
el casto pensamiento de los niños!

VII

Solos los *tres* en la alcobita blanca
donde duerme *Beatriz* hablan con ella,
ésta viste de azul, está muy linda
llevando por adorno rosas frescas.
Frente á ella, llorosa y pensativa,
se halla sentada mi inocente Aurelia,
y mira á Carlos con creciente enojo
porque junto á *Beatriz*, murmura y sueña.
—No te casas Carlitos, yo no quiero,
que ya te han dicho *sí* mamá y la abuela?
nadie tiene derecho, yo soy *madre;*
no, lo que es á *Beatriz*, no te la llevas.—
Carlos la mira entre risueño y serio.
Esmeralda le dice:—Toma á *Elena.*
—No me hables de esa tonta, no tiene alma,
la *mujer* que no siente es una piedra.
—Qué vas á hacer entonces?
—Me la robo.
—Yo te ayudo.
—No sigas, oye Aurelia.
—Que se descuide y ya verás si lo hago.
—Y á dónde la llevamos?
—A la huerta.
Yo no sé como fue, pero es lo cierto
que los dos secuestraron la muñeca,
y hubo un idilio azul entre las hojas
siendo testigos mudos las violetas.
Y cantaron las aves en los nidos,
lucieron más hermosas las estrellas;
y extendiendo los ángeles las alas
sonrieron al amor y á la inocencia.
Los astros se ocultaron tras las nubes
y surgieron de pronto sombras densas,

bien así como surgen en el alma
tras risas de placer, hondas tristezas.
Aurelia se durmió linda y tranquila,
yo la arrullaba murmurando: ¡sueña!
abrigándola amante entre mis brazos
y besando sus párpados de seda.
Llovió toda la noche, con el alba
al rayo de la luz, huyó la niebla;
y sacudiendo la cabeza rubia
saltó del lecho mi adorada prenda.
Vamos al cuarto de *Beatriz*, la cama
de la niña gentil no guarda huellas,
las chinelas de raso están vacías,
el libro de oraciones en la mesa.
La bata de percal, sobre una silla,
nos parece el sudario de una muerta,
el canario muy triste entre la jaula,
en los floreros mústias las camelias.
Todo nos habla de la bella ausente,
invade nuestro sér honda tristeza.
Aurelia llora, Carlos conmovido
besa á su hermana y á su madre besa.
Carlos me llama aparte y á mi oído
su *mala acción* con lágrimas confiesa:
salgo á ver á *Beatriz* y hallo una momia.
Qué pronto se marchita la belleza!
El tenue golpe de incesante lluvia
enmarañó la rubia cabellera,
se despegaron los azules ojos
y deslustraron las arqueadas cejas.
El niño la contempla indiferente,
qué queda de Beatriz? Nada, no es ella;
y dice al alejarse de mi lado:
que se case con otro, está muy fea.
Esmeralda mirándola se ríe
y la imita también mi dulce Aurelia;
y me dicen los *tres* alegremente:
—No la botes, aún sirve para abuela.
¡Una lágrima brota de mis ojos!
¿Qué se hicieron donaire y gentileza?

Volaron como pájaros alegres
dejando atrás mi dulce primavera.
Y me dejaron al volar la escarcha
que cubre en el invierno las praderas,
del invierno la luz opaca y triste;
yo también sólo sirvo para abuela.
Pero cuánta ternura, cuánta dicha!
Ya las olas no azotan las riberas,
pasan tranquilas como lago en calma;
talvez hay más azul que en primavera!

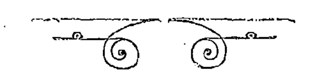
MAGDALENA

A Rosa U. de Sánchez.

A tí que vives en mi alma, unida con fuerza poderosa á mis primeras horas de ventura, dedico este poema, inspirado por deseos inconscientes de un corazón de siete años.

El traerá á tu memoria la fresca imagen de la alegre niña de otros tiempos. He dejado en él pedazos de mi sér: ensueños desvanecidos, risas perdidas, esperanzas hermosas evaporadas como el aroma de delicada flor.

Guárdalo: cuando yo descanse, allá donde el ciprés se inclina y el silencio se impone, consagra un recuerdo al roto corazón que palpita en estas páginas.



MAGDALENA

Con tus pupilas fijas en las mías
me preguntas cómo era *Magdalena*,
y á tu pregunta, un mundo de recuerdos
abren las alas, mi adorada Aurelia.
Me pides que remueva las cenizas
de muchas dichas y esperanzas muertas;
pero lo quieres tú, alma de mi alma,
y voy á describirte á mi muñeca.
Era un pequeño *ser* con rizos rubios
y pupilas muy negras,
blanca como la nieve de los valles
y linda como flor de primavera.
—La amabas mucho?
—Como se ama todo
cuando es la vida cándida y risueña,
y alumbra más el sol y nos parece
que de arriba nos hablan las estrellas.
—Y la compraste tú?
—No, vida mía:
mi madre, dulce y buena,
la puso entre mis brazos una noche,
coronada de rosas y azucenas.

Qué gusto tuve! La besé en los ojos
procurando beber la luz serena,
la suave claridad que despedían
sus pupilas tan negras.
Y la amé con el alma, de mi vida
fue la ilusión primera;
sonriendo la arrullaba como madre,
como arrullas á *Blanca* y á *Graciela.*
—Cuántos años contabas?
—Cuatro y medio.
—Vamos, yo soy curiosa, di cómo eras.
—Quieres que te haga ahora mi retrato?
talvez al escucharme, no me creas.
—Por qué?
—Porque los años me han robado
ya toda mi belleza;
cómo has de creer que tuve rizos rubios,
hermosos ojos y mejillas frescas?
Cómo has de creer que tuve de la nieve
color y transparencia,
y el corazón, alegre como el pájaro
que va de flor en flor en la pradera?
No me hagas evocar esas memorias:
mira las blancas hebras de mis trenzas,
volaron ya las risas y los sueños
y llegó con sus sombras la tristeza.
—Bueno, no hablemos de eso, pero dime
de qué color vestiste á *Magdalena?*
—Del color de mis sueños, azul puro,
claro como el del alba y las turquesas.
—Y jugabas con ella?
—A toda hora:
era mi compañera,
desde que el sol brillaba en el espacio,
hasta que se elevaban las tinieblas.
Hallaba en ella mucho de mi madre,
su majestad de reina,
la gracia incomparable, la mirada
fija á las veces, pero siempre tierna.
—Y cuál era su nombre?

—Guadalupe.
—Y te ha dejado sola?
—Con mis penas.
—Por qué no viene?
—Porque está dormida.
—No la llamas á ver si se despierta?
—De ese profundo sueño no se vuelve,
la oculta para siempre blanca piedra. . .
ante la santa insignia redentora
van á morir mis besos y ternezas.
—Qué fue de *Magdalena*, también duerme?
—Llevo en el alma cosas muy secretas,
tristes como el arrullo de la tórtola,
azules como el cielo y las violetas.
No sabes lo que fue de la alegría
de mis años de dicha é inocencia?
No preguntes al viento y á las nubes
por qué se apaga el sol y el mar se queja.
Todo tiene su fin, así la dicha
como el dolor, la calma y la tormenta,
sólo que los dolores van pasando
dejándonos el alma muy enferma.
—Qué es el dolor?
—Es algo muy oscuro,
profundo como el mar y las tinieblas,
algo que se parece á un nido frío,
á una noche sin luna y sin estrellas.
—No lo conozco yo.
—Por entre flores
vas pasando risueña,
yo aparto de tu senda las espinas
y sólo rosas voy dejando en ella.
Eres feliz y lo serás mañana;
alzo mis manos trémulas
hacia el azul que alegre me sonríe,
y pido para ti mil cosas bellas.
Si acaso tú lloraras, de la tumba
á tu lado volviera,
para llevarme allá todas tus lágrimas
y darte dicha é ilusiones nuevas.

Pero, por qué me empeño, vida mía,
siendo tú niña en contemplarte vieja?
Sólo á mi edad hay sombras, en la tuya
todo es risas y luz de primavera.
Sueña siempre, mi bien: en mi regazo
arrullada por mí, sonríe y sueña,
mientras yo bebo luz en tus pupilas
hermosas, grandes, soñadoras, negras.

II

No conoces el mar, no te has mirado
en el cristal inmenso de sus aguas,
ni has mezclado tu llanto con las olas
viendo lejos las costas de la Patria.
No has sentido en tu sér las tempestades
de esa azul lontananza
que arrulla como tórtola que gime
ó ruge como furia encadenada.
En las noches tranquilas, en las olas
se miran ondular cintas de plata
que parecen serpientes que se quiebran
al derramarse el mar sobre la playa.
Todo en él es solemne, así la sombra
que presagia borrasca,
como la luz cuando despierta tímida
en su cuna de pórfido y de nácar.
—Y cómo sabes eso, tú lo has visto?
—Siendo muy niña abandoné mi Patria
y vi sus fuentes y tranquilos lagos
perderse en el azul, como mis lágrimas.
Con *Magdalena* en brazos, sus secretos
pedí anhelante á las marinas algas;
y me contaron cosas muy hermosas
á la indecisa claridad del alba.
De la ligera nave al suave impulso
va cambiando el brillante panorama:
primero se divisan flores, frutos,

después la costa silenciosa y árida.
Cual trasnparente nube de verano,
como bruma que se alza
de quieto lago en la maleza oculto,
aparece la tierra en la distancia.
Entonces supe lo que son tristezas
y devoré dolores y nostalgias,
cuando tendí la vista en torno mío
y no hallé ni mis valles ni mi casa.
Ansía el corazón en esas horas
el calor del hogar, vemos la llama
á través de los tumbos de las olas
que hasta los cielos sus espumas lanzan.
Pero era niña entonces y mis penas
fueron luz de alborada,
indecisas, fugaces, sin las sombras
entre las cuales muere la esperanza.
De *Magdalena* en los oscuros ojos
bebí á torrentes dicha que no acaba,
esa que se nos viene en los recuerdos
y besa como niño nuestras canas.
Mirando estoy de la muñeca hermosa
los rizos rubios y la frente pálida,
y la nave perdida en el vacío,
entre el espacio azul y el mar en calma.
Siento en mis labios el contacto puro
de otros labios de grana;
y oigo mezclarse al ruido de las olas
suave arrullo de besos y baladas.
Luego miro también, pálida y triste,
otras playas extrañas
iluminadas por el sol ardiente
que tiñe de oro el valle y la montaña.
Y yo, sobre las olas, pensativa
despojando á mi encanto de sus galas,
creyendo ver en ella una princesa
cuyo alcázar está bajo las aguas.
Pero esto viene á mí, cual los vapores
de sueños que al nacer, abren las alas,
como débil murmullo de la nota

que surge alegre y al vibrar se apaga.
En los recuerdos que mi mente evoca
y mi dicha presente, hay tal distancia
que á veces me figuro, vida mía,
que forjo un cuento de color de plata.
Los años han pasado como un soplo
y ruedan muchas flores deshojadas;
la inmensidad azul queda muy lejos,
sola estoy con mis penas y mis lágrimas.
—Y por qué lloras, yo no te acompaño
y beso con amor tu frente blanca?
Está visto, abuelita, no me quieres.
—No amarte yo, adoración de mi alma!
Tú, consuelo infinito de mis penas,
murmurador arroyo, estrella clara
que alumbras hasta el fondo del abismo
por do mis dichas como espectros vagan.
No amarte yo! Si vibran todavía
las cuerdas melancólicas de mi arpa,
y hay risas en mis labios, y en mi mente
luz azul de relámpago que pasa,
es porque alientas tú, porque en la vida
vuelan de rama en rama,
mis lágrimas secando con tus besos,
ahogando mis dolores, cuando cantas.
Si lloro alguna vez, no te impacientes,
vierten perlas las fuentes y cascadas;
y brota el llanto y rueda silencioso
cuando revienta de dolor el alma.
Amame siempre, encarnación bendita,
de los sueños y risas de la infancia;
haz que surjan hermosas ilusiones
de entre la tersa nieve de mis canas.

III

—Antes de proseguir, cuéntame, abuela,
dónde naciste tú?
—Nací en el cielo

una mañana fresca y perfumada
por blancas rosas y claveles negros.
A la hora en que rasgan las tinieblas
estrellas y luceros,
y se oyen en los nidos los arrullos
de alegres trinos y de castos besos.
Es mi Patria un Edén: por sus orillas
murmura el Guayas entre flores preso,
y prestan á sus aguas, mil palmeras,
de la esmeralda el tinte y los reflejos.
Naves blancas, ligeras y gallardas,
cual golondrinas vuelan en el puerto,
ostentando orgullosas su bandera
que flota al aire cual jirón de un sueño.
—Y qué colores tiene?
—Los del iris:
azul profundo, rojo muy risueño
y el amarillo claro de la espiga
que se levanta cual plegaria al cielo.
Hay en sus campos fértiles y hermosos,
idilios y misterios,
los arroyos adoran á los astros
y las ramas en flor odian al viento.
Allí se alzó mi cuna y amo todo
lo bello y puro, lo apacible y bueno,
amo la luz, porque la luz no miente:
de las sombras que engañan tengo miedo.
—No te gusta la noche?
—Sí, me encanta,
busco sus sombras, sus tristezas quiero,
en ella mi dolor abre las alas
y se va por la atmósfera gimiendo.
—Y de qué sombras hablas?
—Oh, mi vida!
blanco altar es tu pecho
y la inocencia en él jugando ríe,
como brisa muy leve entre los huertos.
No quieras descifrar de almas cansadas
los dolorosos, íntimos secretos,
siempre con la caída de las hojas

se aproximan tristezas del invierno.
Ven conmigo al hogar inolvidable
testigo de mis risas y mis juegos;
mientras cojes arenas en la playa,
yo rogaré á los cielos por mis muertos.
Reconstruiré el hogar de mis mayores:
sobre las ruinas que respeta el tiempo,
pondré jazmines blancos en la reja
y lirios con los cálices abiertos.
Encenderé con mano temblorosa
en el salón el fuego,
y en el blando regazo de mi madre
hallaré, como ayer, gratos ensueños.
Allí están mi canario favorito,
la alcoba virginal, el casto lecho,
y mis dichas dormidas cual palomas
y vagando en el éter mis anhelos.
Un cuadro de la virgen con el niño,
en marco de oro y rojo terciopelo,
guarda la blanca alcoba de mi infancia,
rodeados ambos de querubes bellos.
En el jardín, jugando con la brisa
pálidas rosas y claveles frescos;
sobre el banco de mármol los juguetes
que trajeron los Reyes en Enero.
—Tú los ves, abuelita?
—Con el alma;
me arrodillo en el templo
y beso con amor hasta las piedras
do hallo las huellas de mis pies pequeños.
—Pues yo no miro nada.
—Espera, niña!
ya viene el noble perro
á acariciar la mano enflaquecida
que ciñó verdes hojas á su cuello.
Las aves abandonan su morada
y se posan, cantando, en mis cabellos;
piensan talvez que son las rubias hebras
las que á sus hijos prestan el sustento.
Las palmeras se inclinan á mi paso

y sollozan las ramas del sendero:
mi corazón se oprime, lloro mucho
y se nubla la luz de mis recuerdos.

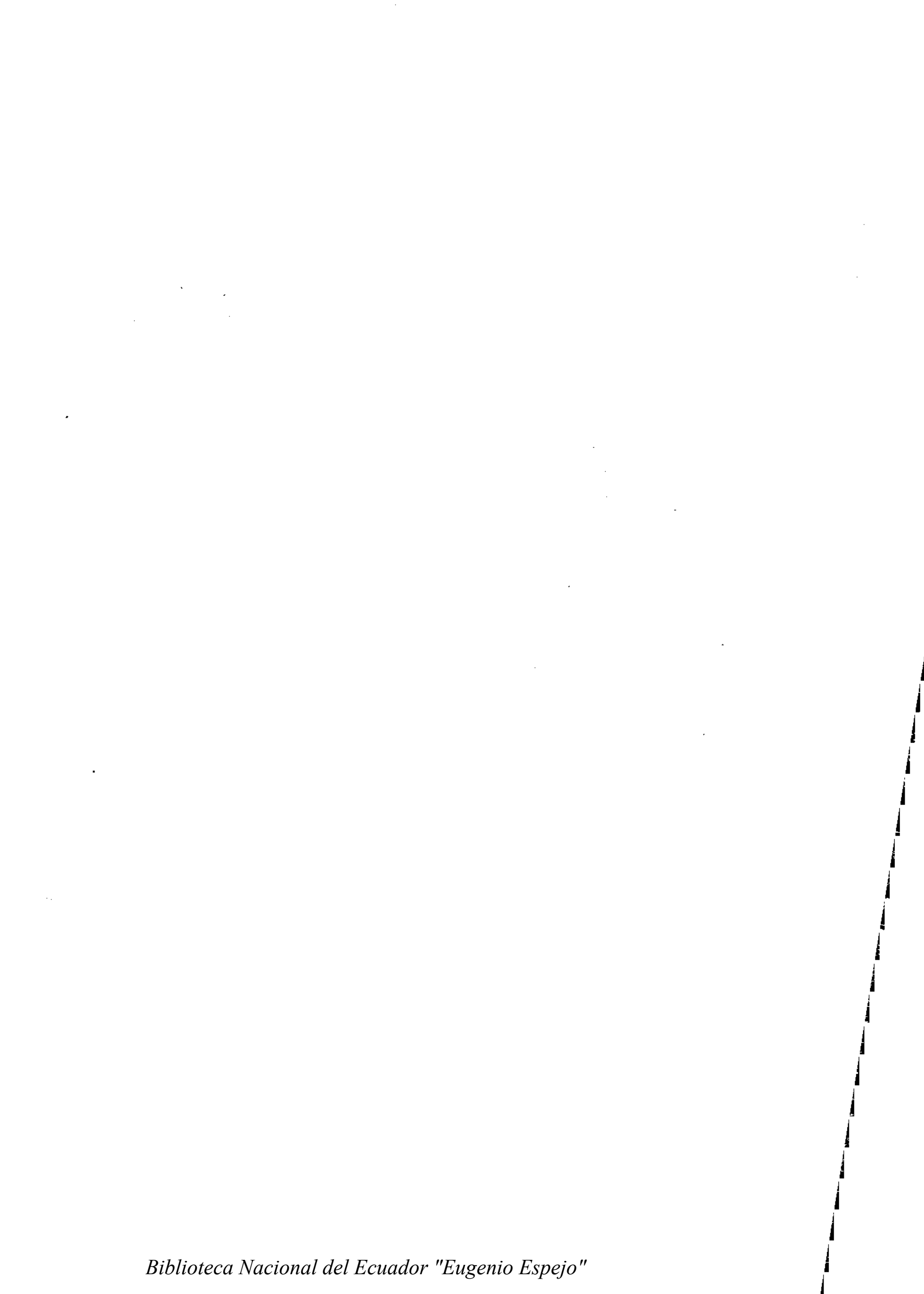
IV

Eramos dos los niños bulliciosos,
que en las noches serenas,
en el hogar cantábamos alegres
ahuyentando temores y tristezas.
—Tenías un hermanito.
—Sí, bien mío,
un hermoso muchacho de alma buena,
al que aprendí á querer desde la cuna
y es de mi vida la ilusión más bella.
—En dónde está?
—Muy lejos, como todas
mis ternuras primeras.
—Nada te queda ya?
—Sólo cenizas
y los recuerdos que mis canas besan.
Y era un hogar feliz el hogar mío:
en él, mi madre, espiritual y tierna,
con la luz de su amor, en nuestras almas
escribiendo cantares y poemas.
Oh, dulces noches, claras y tranquilas,
puras como el amor y la inocencia!
alegre el piano en el salón reía,
los jazmines soñaban en la reja.
Qué se hicieron tus horas deliciosas?
han vuelto muchas noches como aquellas;
pero cargadas de tinieblas mudas,
de hondos sollozos y de amargas quejas.
Quietud de mar azul fue mi ventura,
tras ella la tormenta
arrojaba sus rayos y sus nieves
cegando arroyos y nublando estrellas.
Sin presentir desgracias, paso á paso

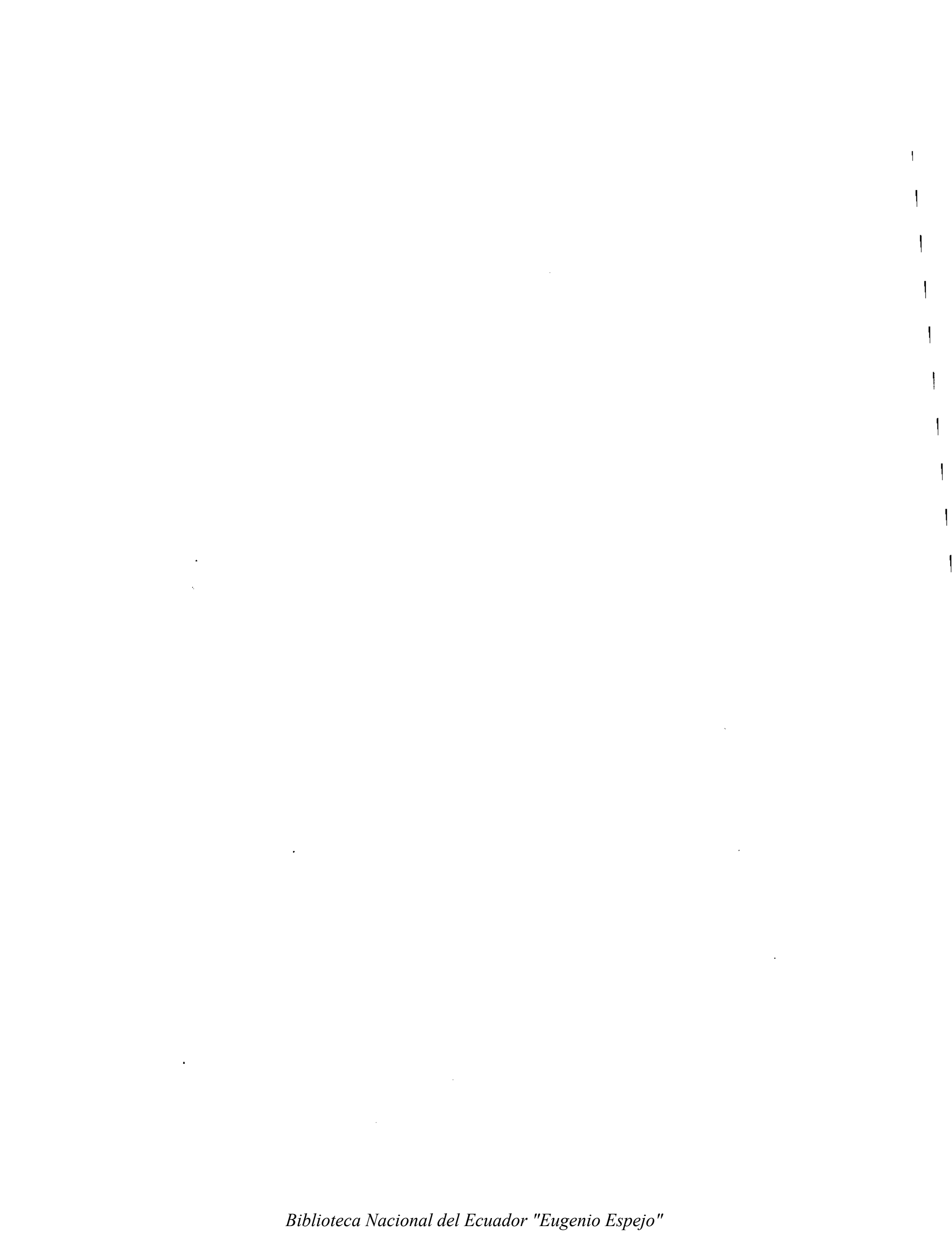
nos acercamos á la edad risueña
en que la vida vierte rayos de oro
y se olvidan juguetes y muñecas.
En una caja de nogal tallado......
—Encerraste á la pobre *Magdalena*?
—Con mis puras y castas alegrías,
llegué á la cumbre y esperé otras nuevas.
Se oscurece la atmósfera brillante,
se apaga el sol y surgen nubes negras;
hay como un velo azul tras la montaña,
en el lago y la fuente densa niebla.
En el piano las notas se han dormido,
la mano de azucena
que arrancaba sublimes armonías,
oprime ahora de la fe la enseña.
Nada más triste que el altar sombrío
donde los cirios sus fulgores quiebran:
sobre él hay una caja muy oscura
y á los extremos dos coronas frescas.
Mi padre silencioso cual la tumba
que va á encerrar el cuerpo de la muerta,
la plegaria brotando de mis labios
y gimiendo en el alma la tristeza.
—Y tu hermano, abuelita?
—Muy distante:
su nido levantó en otras riberas,
él, el primer cariño de mi madre,
fue de su vida la ilusión postrera.
Cuando la vi tan pálida y hermosa,
ya con tintes de ocaso en su belleza;
y sobre el seno le crucé las manos
y corté con dolor sus rubias trenzas,
fue cruel sarcasmo para mí la vida.
Como la luz que tiembla
al querer penetrar en los abismos,
surgieron ante mí venturas bellas.
Oh, madre de mi amor! Entre mis brazos,
como estatua de mármol, blanca y yerta,
así te vi cuando en tu boca muda,
busqué anhelante besos y promesas.

Me arrodillé ante tí, besé tu frente,
puse en tu seno un ramo de violetas;
con débil voz, como cuando era niña,
conmovida grité: ¡madre, despierta!
Permaneciste inmóvil. Ya tu alma
volaba por la esfera
iluminada por hermosos astros:
del túmulo cogí las flores secas.
A poco no te ví, un algo extraño,
cual rugido de león entre las selvas,
brotó de mi alma que el dolor rompía,
y te encerraron en la caja negra.
A mi alcoba volé: dormida estaba
entre blondas mi rubia *Magdalena*,
la alcé en mis brazos, la besé en los ojos,
y qué pasó después? ¡Cuánta tristeza!
—Se te rompió quizá?
—En hondo nicho
descansa con la muerta!
al partir le ofrecieron muchas flores,
yo le dí lo que tuve, mi muñeca.
—Y nada más?
—La dicha de mi vida,
cuanto en la juventud se ama y espera,
mi fe de niña, mis anhelos blancos,
mis ilusiones cándidas y frescas.
Después me han sonreído muchas dichas;
pero la luz de *aquellas*,
no han vuelto á iluminar el fondo oscuro
de mi pobre alma enferma.
Cuando te arrullo con baladas dulces....
—Siempre lloras, abuela.
—Y he formado también sólo con lágrimas
las páginas de amor de este poema.
—No llores nunca, yo te quiero tánto!
—Tu cariño me anima y me consuela;
ven á mis brazos y riamos juntas.
¡Oh madre! Oh *Magdalena!*

———



BLANCO y NEGRO



HERMANO MÍO:

Pedazos de corazón he dejado para tí en estas páginas que bien puedo llamar el poema de nuestras tristezas: se lo debia á nuestros padres, y al escribirlo, á nadie puedo dedicarlo sino á tí que conmigo veneras su memoria. Allá te va, impregnado de ternuras y de suaves aromas de la patria.





Blanco y Negro

I

Es de noche: la lámpara de nieve
diáfana luz en el hogar difunde;
afuera, entre los árboles del bosque,
airado el viento como furia ruge.
Noche de tempestad, noche de invierno;
vibra el trueno, relámpagos azules
alumbran un instante las tinieblas
y más profundas las tinieblas surgen.
Noche de invierno asolador: las aves
entre las sombras espantadas huyen;
y furiosas las aguas se desatan
buscando cauces y rompiendo nubes.
Yo rezo en el hogar, rezo y medito
con la tristeza del que llora y sufre;
oraciones sin frases, desde mi alma
brotan muy tiernas y á los cielos suben.
Tristeza en el hogar, tormenta afuera:
cerca de mí descansan mis querubes
por qué las hojas de la misma rama

al ímpetu del viento se desunen?
Así, los dos, en el hogar paterno
también dormimos entre blancos tules,
á compás de baladas melancólicas
impregnadas de amor y de perfumes.
Tras los sueños llegaron las vigilias:
como antorcha que brilla y se consume,
se apagó nuestra dicha: tú partiste,
yo me senté á llorar junto á la lumbre.
En estas noches de tinieblas densas
tristes recuerdos en mi mente bullen;
hay pañuelos flotando en el vacío,
nubes blancas en piélagos azules.

II

La casita amarilla, ¿la recuerdas?
Puras las flores y las aves blancas;
muy rubios tus cabellos y mis rizos,
alegres, muy alegres nuestras almas.
Cerca al balcón, palmeras gigantescas
tocando el cielo con sus verdes ramas
los dos en el regazo de mi madre
y jugando las olas en la playa.
Nuestro padre sentado junto al fuego
mirando arder las azuladas llamas;
las estrellas girando en el espacio,
besando nuestras frentes la esperanza.
La dicha, como perla, allí escondida,
cubriéndonos á todos con sus alas:
ese fue el cuadro límpido y hermoso
de tu niñez y mi niñez lejana.
Como asoman los astros en el cielo,
iluminando valles y montañas;
con el pálido tinte de los lirios,
en el fondo de mi alma se destaca.
Exentos de pesares, nuestra vida
era el diáfano albor de la mañana:

quién nos dijera entonces al oído
que hasta la luz en el cenit se apaga!
Quién nos dijera que los rizos rubios
pronto se tornan en luciente plata;
y que las dichas y los dulces sueños
son aves libres que cantando pasan!
Y soñabamos tánto!.... Tú, en la gloria,
la que hoy ciñe á tu frente flores raras;
y yo en los goces íntimos y tiernos
de los nidos ocultos en las pajas.
Muy felices y libres como el viento
cruzabamos los campos de la Patria,
besando aquí una piedra, allá una rosa,
aprisionando mariposas pálidas.
Miraba nuestra madre aquellos juegos
con la dulce ternura de una santa;
¿recuerdas, tú, sus ojos soñadores
color de luz de plácida alborada?
¿Por qué las rosas á la tarde mueren?
¿por qué se van los sueños de la infancia?
¿por qué las aves prisioneras giren
y las que cruzan el espacio cantan?
¡Cuántas memorias dulces y queridas
en el fondo de mi alma se levantan!
quise hacer un poema con sonrisas
y voy formando versos con mis lágrimas.

III

Atrás quedó el hogar; iba la nave
desplegada las alas, cual gaviota
que busca el nido en elevadas cumbres
y se para á gemir sobre la roca.
Las aguas del océano, muy oscuras,
imitaban del cárabo las notas;
y á los cielos se alzaba en espirales
la verde espuma de las verdes olas.
Apenas si la atmósfera cruzaban

aves marinas: como flores rojas
iba dejando el sol en la penumbra
al sepultarse tras lejanas costas.
Atrás quedaban nuestras dulces dichas,
en el cáliz ajado de las rosas
que plantamos los *dos* cuando nacimos
y nos brindaron apacible sombra.
Ibamos muy alegres, ¡quién creyera!
se borraban del alma muchas cosas
que después recordamos tristemente
viéndolas lejos, para *siempre rotas.*
Y llegamos á playas extranjeras
y se nublaron las felices horas;
tuvimos hambre y sed por largos días
y no jugamos ya con mariposas.
Desmantelado hogar guardó miserias;
¿quién destruyó nuestra ventura toda?
gemimos en la noche con los astros
y en silencio lloramos con la aurora.
Y supimos entonces que la dicha
es un lirio que en breve se deshoja;
y en nuestras almas blancas como nieve,
penetró del rencor la negra sombra.
Ese cuadro aterrante de tristeza
se presenta muy claro en mi memoria:
los dos eramos niños, ¡y tan bellos!
tan puros como el canto de la alondra.
En las tinieblas del hogar extraño,
abrazados llorábamos á solas:
volaban nuestros sueños, nuestras risas,
dulces anhelos de placer y gloria.
Y pasaron los años y nos vimos
sin patria y sin hogar, pero con honra;
y alta la frente, el corazón sereno,
soñamos en venturas muy hermosas.
Y llegamos á amar la tierra extraña,
—testigo de tristezas melancólicas,—
á sus pálidas tardes, á sus astros,
á sus flores de nítidas corolas.
En ella despertó la inteligencia

y cobró vida cuanto el alma forja
bajo su cielo azul y de sus campos
en la mullida y pintoresca alfombra.
En ella vives tú: tienes tu nido
que baña el Rimac con sus puras ondas;
yo estoy muy lejos ya, y todavía
palpita el corazón cuando la nombra.
¡Las primeras tristezas de la vida!
hoy en mi mente como ensueños flotan,
vienen á mí cual rayos fugitivos
ó perfume muy suave de magnolia.
Y de ella surgen risas celestiales
y muere su sonido apenas brota:
rara vez las errantes golondrinas
prestan calor al nido que abandonan.

IV

Era una tarde azul cuando volvimos
á hollar felices nuestros bellos campos,
á contemplar absortos, de sus templos
los altares y cruces de alabastro.
Buscamos el hogar, ya no existía:
hasta sus muros destruyó el tirano;
y al volver á la Patria idolatrada,
fuimos para la Patria dos extraños.
Sobre las ruinas del hogar bendito,
brotó de nuestros pechos como un canto
que tomó proporciones de tormenta
al estallar en risas de sarcasmo.
Las risas se trocaron en sollozos
al ver perdido nuestro Edén soñado;
y profundos rencores comprimidos
la mejilla del déspota azotaron.
¡Cuánta hermosa ilusión desvanecida
como la bruma azul de quieto lago!
¿Lo recuerdas? Doblamos la rodilla
"y como niños huérfanos lloramos".

Y comenzó la lucha por la vida,
vino la realidad con el trabajo;
y brotó la protesta contra el mundo
como de oscura nube brota el rayo.
Yo, tan alegre y dulce, tan humilde,
me volví huraña y enjugué mi llanto;
y una tristeza honda, sin medida,
me envolvió como el velo de un sudario.
Del alma en lo profundo, muy oculta,
apesar de mi dicha y de mis años,
no sabes cuántas veces se ha interpuesto
entre mi alma y el alma de mi amado.
Siempre presente en la memoria mía
esa época sin flores y sin astros,
pudiera trasladarla á mi paleta;
pero con sombras no se forman cuadros.
Hace falta la luz, ella es la vida
y no guarda destellos el pasado:
sólo en el fondo oscuro se destaca
el rostro de mi madre, bello y pálido.
Brota ella del abismo como el lirio
que nace hermoso á orillas del pantano:
en medio de lo negro y de lo triste,
ella es el punto luminoso y blanco.
¡Oh, qué ruda batalla, cuántas penas!
en dónde están los seres que adoramos?
hay muchas flores mústias en la nieve
y muertos en el nido muchos pájaros.
De la vida en la aurora esplendorosa,
llegó para nosotros el ocaso:
¡cuánta hermosa ilusión desvanecida
como la bruma azul de quieto lago!

V

Era un cuadro sin luz: *ella*, muy triste,
juntas las manos en la caja negra;
y como polvo de oro, sobre el seno
esparcidos los rizos de sus trenzas.
Temblorosas las llamas de los cirios

quebrándose en su frente de azucena;
en sus hermosos ojos, lo insondable:
la vida acaba y el misterio empieza.
El á lado del féretro, sombrío
con las pupilas fijas en la muerta;
en torno de los *dos*, hondo silencio
y sentada á la puerta la miseria.
Ni parientes ni amigos, ¡los ingratos!
mi corazón al recordarlo tiembla;
viles aduladores en la dicha,
nos negaron consuelo en la tristeza.
¡Oh, lloré mucho en esa amarga noche
arrojando sobre ella flores frescas!
brillaban en los pétalos mis lágrimas
de mi amor inmortal, última ofrenda.
Murió pensando en tí: sólo tu nombre
fue de su alma la oración suprema,
de sus labios brotó como un sollozo,
como la nota triste de un poema.
Te quiso más que á mí, eras su orgullo
y tu abandono le arrancó honda queja;
como si fuera dable, vida mía
hacer que el sol detenga su carrera.
Dime, ¿la quieres como yo la quiero,
te hacen falta sus besos y ternezas?
Para amarla, mi bien, soy una niña
y tengo muchas canas, ya soy vieja.

. . . .

No puedo proseguir, alguien me llama;
con mis sollozos se despierta Aurelia,
me tiende los bracitos sonrosados
y dice á media voz:—Lloras, abuela?—
Yo la cubro de besos, la bendigo
y dejo su pregunta sin respuesta;
¡qué sabe esta inocente criatura
de dolores y lágrimas secretas!
Cierra de nuevo los hermosos ojos
y besa tiernamente á su muñeca:
me postro de rodillas, miro al cielo,
me oprimo el corazón y pienso en *ella*...

VI

Mis hijos con sus risas inocentes
y su eterno girar de mariposas,
consolaron un tanto mi amargura
y disiparon del hogar las sombras.
Tú eres padre, conoces la ventura
que brindan en sus besos esas bocas
ajenas al engaño y la mentira,
húmedas, frescas, como sangre rojas.
De su padre y del nuestro mitigaban
todas las ansias y las penas todas;
que los niños encantan cuando ríen
y son irresistibles cuando lloran.
De la muerta adorada y del ausente,
de nuestras dulces y pasadas glorias,
guardábamos avaros el recuerdo:
¡en el alma se guardan tantas cosas!
Así pasaba el tiempo, sin temores,
enviándote en la brisa y en las olas,
tesoros de ternura, dulces besos,
suaves perfumes de cabezas blondas.
De pronto en el hogar hubo gemidos,
se disipó la luz, reinó la sombra,
se nublaron dos ojos muy azules
y se formó otro féretro con rosas.
Ante el cadáver pálido del niño,
me ví qué triste, me sentí qué sola:
hay dolores supremos por lo inmensos
y tristezas qué íntimas, qué hondas!
Toqué su frente helada y en mi pecho
hubo murmullos como de alas rotas;
y cayeron las flores de mis sueños
y surgieron mis ansias melancólicas.
Oh, qué profundo anhelo de otra vida
sin las miserias que en el mundo flotan;
¿para qué brilla el sol si luégo muere,
para qué forman nido las palomas?

Todo se va ó se pierde: en la penumbra,
íntimas dichas cándidas y hermosas,
nos señalan el cielo: sólo arriba
tienen los sueños claridad de aurora.
Aquí hay muchos dolores, muchos bosques
con aves muertas y marchitas hojas,
almas entumecidas por el frío
de secretos martirios que sollozan.
Ya no puedo luchar, estoy cansada,
me conmueve el gemido de la alondra,
las olas que se elevan al vacío,
y lloro si se muere una amapola.
¡Qué quieres! Soy así, lloro por todo
desde que en mi alma se cavó una fosa:
¡quién tuviera del águila las alas
ó la inmóvil firmeza de la roca!

VII

Muchos veranos límpidos pasaron:
sobre todo dolor avanza el tiempo;
y después de una noche tempestuosa,
brillan puros los astros en el cielo.
Era mi hogar muy pobre, pero honrado:
juntos luchamos con mi amante Aurelio,
mirando indiferentes desde arriba
cuánto descienden al subir los necios.
Mi padre allí, querido y respetado
como santa reliquia de mis sueños;
algo inclinado ya, con la cabeza
blanca como las nieves del invierno.
En las gracias y mimos de María,
ahogaba su dolor y sus recuerdos:
las auras leves y las flores frescas
nos embelesan cuando somos viejos.
Y volví á sonreír, por un instante
olvidé mi destino siempre adverso,
pensando que una nueva primavera

refrescaba mi frente con sus besos.
Ver á mi hija sentada en sus rodillas,
oyendo absorta los hermosos cuentos
de hadas rubias por genios encantadas,
ó leyendas antiguas de mi pueblo;
mirar al noble anciano entusiasmado
pisar baldones y elevar derechos,
y al ángel de mi amor, fijos los ojos
en los ojos sin brillo del abuelo;
escuchar el murmullo de las risas
que brotaban sonoras de sus pechos,
era el encanto de mis horas tristes,
de mis amargas penas el consuelo.
Fue una página azul, un dulce idilio
que ha quedado grabado en mi cerebro,
con el matiz variado de las rosas
y el pálido fulgor de los luceros.

VIII

De Noviembre, en un día frío y triste,
hubo crujido de hojas en mi nido;
y al volver de riberas muy lejanas,
llamé á sus puertas y lo hallé vacío.
¡Muerto! sin que mi labio tembloroso,
del suyo recogiera el postrer grito,
sin que mi mano trémula encendiera
en torno de su lecho, blancos cirios.
¿Qué sentí en ese instante? el alma mía
suspendida quedó sobre el abismo;
fue mi dolor tan hondo, tan inmenso
cual la extensión azul del infinito.
¡Muerto! sin que mis labios le dijeran
cuánto fue para mí, dulce y querido;
sin que tú le dejaras en la frente
de tus lágrimas puras el rocío.
Me estremezco al pensarlo: ¡pobre padre!
era muy bueno y se durmió tranquilo,

como se duerme en el regazo blando
cansado de jugar el tierno niño.
Mi compañero amante, nuestro Aurelio,
lo llevó en hombros al lugar sombrío
de donde no se vuelve; y en la tumba
plantó cipreses y fragantes lirios.
En las noches hermosas y calladas,
en esa pobre tumba me arrodillo;
y besando la arena que la cubre
rezo por *él* y amante lo bendigo.
Y vuelvo á sollozar como en la tarde
que crujieron las hojas en mi nido:
¡oh qué amarga es la vida, cuán injusto
se muestra con los buenos el destino!

IX

Los años han pasado, vida mía,
y aún miro nuestra dicha en mis recuerdos:
la casita amarilla, sus palmeras,
nuestro padre sentado junto al fuego.
Todo está como estaba y nada existe;
"y todo hermoso como entonces veo",
la fuente clara, las praderas bellas,
la parda golondrina en el alero.
Adentro, en el hogar, pura y sonriente,
nuestra madre alisando su cabello;
y nosotros soñando en blancas flores
y en los nidos de pájaros pequeños.
Y como ténue nube de verano,
como pálida estela de un ensueño,
un hermoso horizonte dilatado
con muchos cantos y aromados besos.
Atrás queda lo azul, todo lo puro,
tranquilas risas, inocentes juegos;
en tu mano, ligeras mariposas,
en mis brazos dormido mi muñeco.
De mis primeras dichas, nada queda:

hasta tú, dulce bien, estás muy lejos;
y talvez mi cariño en tu memoria,
no lanza ya ni débiles reflejos.
Qué triste es ver morir uno por uno
los de la infancia, tímidos afectos,
enturbiarse las fuentes en los prados
y secarse las hojas en los huertos.
Esa es la vida: si un amor se muere
se llena el corazón con otro nuevo;
y se elevan palacios muy hermosos
sobre las ruinas del antiguo templo.
Tú tienes ya tu hogar, yo tengo el mío;
á las veces los pueblan dulces sueños,
cuando besan tranquilos nuestras frentes
ojos hermosos, húmedos y tiernos.
Entonces cantas como león que ruge
fijando la mirada en el desierto;
entonces pulso mi inacorde lira
y de esa luz azul formo mis versos.
Y vamos muy arriba, hacia las nubes,
y tocamos el sol, vemos lo etéreo;
desde lo alto miramos con tristeza
el abismo del mundo siempre negro.
¡Santas compensaciones de la vida!
lloramos con el alma sobre un féretro,
y mañana de un niño la mirada,
nos hace sonreír ante los muertos.
Flores y abrojos, claridad y sombra:
aquí todo fugaz, allá lo eterno:
aquí pasiones que en el alma rugen;
allá sólo lo blanco del ensueño.
Y míra, yo pensé cuando era niña,
que en el mundo era todo puro y bueno;
esas cosas las piensa la inocencia
cuando juega con aves y muñecos.
Cuando miramos seres muy queridos
que aman la vida de esperanza llenos,
y llevamos poemas en el alma
y en la mente la luz que irradia el cielo.
Ya tú lo ves, cual niebla se deshacen

esos dulces y púdicos anhelos:
¡qué triste es la caída de las hojas
cuando en el corazón reina el invierno!

X

Tú sabes que los pájaros felices
cruzan cantando la azulada esfera
y al surcar el océano, hunden las alas
en las espumas de sus aguas frescas.
Para llegar á tí, mi pensamiento
cual pájaro feliz, cantando vuela;
con las plumas mojadas de rocío
cruza el espacio y á tu nido llega.
¿Lo sientes palpitar en torno tuyo?
entre tus hijos como niño juega,
y en tus oscuras noches de vigilia
se acongoja también con tu tristeza.
Te busca por doquier, doquier te sigue,
los reptiles aparta de tu senda,
te cubre con sus alas impalpables,
besa tus ojos y tu frente besa.
De los dulces amores de la infancia,
de sus caricias tímidas y tiernas,
hallo en tu hogar la luz, esa luz suave
que en las corolas de las flores tiembla.
Y venera tu hogar como un santuario
donde muchos cariños se veneran;
y en donde flotan como nubes blancas,
ilusiones muy puras y risueñas.
Yo siempre estoy contigo, vida mía,
en las tardes tranquilas y serenas,
en las mañanas, en las tardes tristes,
cuando alumbran hermosas las estrellas.
Cuando sufres y luchas, cuando ríes,
siempre á tu lado está tu compañera,
la blanca niña de cabellos rubios
que ya no canta ni en venturas sueña.

La que tiene la frente ya marchita
y muchas canas en sus largas trenzas;
en los ojos sin brillo, sólo llanto,
y en el fondo del alma tantas penas.
La que busca y anhela ya las sombras,
porque sabe que mienten las estrellas;
y odia los lirios porque son muy blancos
y guarda amante mariposas negras.
Tú, ¿me quieres? ¿Me ves en tus recuerdos
como ilusión fantástica y ligera,
cruzar los bellos campos de la Patria,
besar aquí una rosa, allá una piedra?
Yo miro siempre en tí al niño inquieto
que hallaba idilios en las hojas secas,
y amaba el cielo porque en él lucían
el blanco y el azul de su bandera.
Como entonces te amaba, así te amo;
no ha destruído el tiempo mis ternezas,
y como entonces, en mis horas gratas,
en mi seno reclino tu cabeza.
Pienso que *ellos* no han muerto, que nos miran,
que nuestra madre por nosotros vela;
y que los dos asidos de la mano
vagamos de la Patria en las riberas.
Dulce ilusión que presta á mi deseo
suaves emanaciones de violeta,
que viene á mí cual refrescante brisa
con las ligeras alas muy abiertas.
Oh bendita mil veces, yo la adoro,
pues me vuelve á mi alegre primavera:
¡cuánto pájaro azul en el espacio!
¡cómo juegan las olas en la arena!

XI

Son mis nietos los pájaros azules:
abiertas tienen las ligeras alas,
ya me cercan los *tres* y me preguntan

por qué escribo llorando tantas cartas.
En torno de la mesa en donde escribo,
de puntillas, Carlitos, grita y salta;
Aurelia me revuelve los papeles
y me tiende los brazos Esmeralda.
Miro los ojos húmedos de Aurelia,
su boca fresca, sus mejillas pálidas,
la figura de nieve de mi Carlos
y de Esmeralda la inocente gracia;
y se disipa mi dolor profundo,
hallo luz, mucha luz dentro de mi alma,
y mojo los perfiles de mi pluma
en rayos de oro, de zafir y grana.
Logro al fin que se sienten á mi lado;
y al compás de sus risas y su charla,
formo un verso con rosas amarillas,
toda una estrofa con magnolias blancas.
Avidos fijan los hermosos ojos
en los oscuros signos de esta página;
y preguntan curiosos, qué son versos,
si se forman con risas ó con lágrimas.
Para ellos es igual, porque los niños
ríen sin saber por qué, lloran por nada,
hallan luz del abismo entre las sombras
y en los rayos del sol oscuras manchas.
Viéndolos á los *tres*, todo lo olvido
y vuelve á sonreírme la esperanza;
pienso que lo pasado es sólo un sueño,
que no he llorado muertes ni desgracias.
Aurelia es el ideal de mis ensueños:
así tan pura, delicada y casta;
tiene la transparencia de la nieve,
la dulce santidad de la plegaria.
Parece que adivina mis dolores,
siempre á mi lado está, besa mis canas;
y como arrulla á su muñeca hermosa,
así me arrulla, con ternura santa.
Tiene el poder de disipar tristezas,
mi sér alumbra como estrella clara;
cuando está junto á mí, todas mis dichas

brillan serenas y armoniosas cantan.
Llegué al puerto de paz, muy lejos quedan
las de mi vida luchas y batallas;
¿quién piensa oyendo risas infantiles,
en secretos rencores y venganzas?
Sólo por ellos lo perdono todo:
aves que anidan en la misma rama,
duermen tranquilas al llegar la noche,
cantan alegres al brillar el alba.
No destruya el hogar de sus mayores
de la envidia el rencor, la negra infamia;
ni miren ante túmulos sombríos
arder muy tristes moribundas llamas.
No tengas celos tú de este cariño,
brotó en mi vida como flor extraña,
como los astros vívidos que alumbran
la densa oscuridad de las montañas.
Aquí á mi lado están: el uno grita,
la otra roza mi frente con sus alas,
y la pequeña duerme en mi regazo
con las blancas manitas enlazadas.
Deja por un instante que los mire
y les cante dulcísimas baladas:
hay perfumes de rosa en el ambiente,
la inmensidad está dentro de mi alma.

XII

Allá te van mis versos, los he escrito
de mi hogar en el pálido santuario,
á la diáfana luz de las estrellas,
aspirando el perfume de mis campos.
Pensando con ternura en los que han muerto,
séres que amamos con cariño santo,
escuchando el susurro de las hojas,
los trinos armoniosos de los pájaros.
A las veces, oyendo estremecida
el bramido del trueno en el espacio,

cegada por los vívidos destellos
de las chispas de fuego del relámpago.
Ante la imagen de mi tierna madre,
guarnecida con marco de oro pálido,
que ilumina la luna melancólica
cuando besa la tierra con sus rayos.
Sintiendo en mi alma anhelos y tristezas,
bañadas mis mejillas por el llanto;
y oyendo silenciosa lo que dicen
en la noche las flores y los astros.
Así he formado el libro que te envío,
con mis propios sollozos hice un canto;
y allá va, impregnado de ternura,
de recuerdos muy dulces y sagrados.
Cuando llegue á tu hogar, dale sonrisas,
allá en tu corazón por siempre guárdalo
como memoria de la pobre ausente:
talvez es un adiós el que te mando.
Y qué es la muerte? Para el sér que sufre
es el olvido eterno, es el descanso;
ya yo he vivido mucho, tú lo sabes
si guardas en el alma lo pasado.
Ya tengo en la cabeza mucha nieve,
la que nos dejan al volar los años,
se van mis ilusiones una á una,
hay en mi alma las sombras del ocaso.

———

¿ CUAL ?

¿Cuál?

Para mi noble amigo Juan Abel Echeverría.

Aurelia, mi ilusión, sirve de marco
al cuadro que presento á mis lectores,
formado con la nieve de los valles,
rayos de sol y pétalos de flores.
Nueve años cuenta sin que falte un día:
es bella, dócil, estudiosa y grave;
á ero tiene del ave
I veces la inquietud y la alegría.
pdolo de las almas que la quieren,
adopta un aire regio de princesa:
á Esmeralda la llama "la traviesa"
y á Carlitos "el loco de la casa",
porque juegan sin tasa,
con la aurora despiertan
y sólo calman su impaciente anhelo
cuando las rosas mueren
y brillan las estrellas en el cielo.
Mima á Raúl con íntima ternura,
un muchachito así como un lucero,

en cuya frente pura
hay más luz que en la luz, y al que yo quiero
con todo el corazón, con toda el alma,
pues trae á mi memoria
otra época de gloria
llena de risas, ilusión y calma.

Aurelia estudia con afán, sin tregua,
si no es un libro, la lección de piano;
y su pequeña mano
más blanca que la nota,
semeja un ala rota
flotando en arroyuelo cristalino.
Tiene algo de divino
así tan séria, tan *mujer*, tan buena;
yo la quiero con pena
y procuro que alfombren su camino
muchas fragantes flores,
hermosas esperanzas
con arrullos de pájaros cantores.

La quiero con pasión: siempre á mi lado
adivina mis penas y congojas;
cuando ruedan las hojas
todo es triste en el cielo y en el prado.
El sol apenas arde,
no murmuran las fuentes,
no hay brisas, no hay aromas,
pues se van con la tarde
á labrar nuevos nidos las palomas.
Lo comprende tal vez y con sus besos
me salva y me consuela:
yo, que no tengo nada,
cifro en ella mis dulces embelesos;
y al volver la mirada
buscando con afán lo que fue mío,
dentro de mi alma riela
disipando las sombras del vacío.

Mi corazón desierto
se acoge á ese cariño,
cómo no creer en el amor de un niño?
El es seguro puerto,
él nos vuelve á la fe y á la esperanza,
nos hace columbrar en lontananza
vivo y risueño todo lo que ha muerto.

Es la vejez muy árida:
van quedando en las zarzas del camino,
el ensueño divino,
la ilusión seductora;
y al recorrer lo andado, cómo llora
el corazón lo amargo del destino!

Aurelia no lo sabe, su existencia
tiene rayos de luna;
ayer la acariciaron en la cuna
y hoy circundan su frente
temblorosos cual gotas de diamante
entre sus rizos con reflejos de oro;
oh, celeste tesoro,
todo es risas y luz en la inocencia.

Forja cuentos que son tiernos idilios,
y halla mi amor en ellos
la forma y colorido que el artista
da á sus paisajes bellos.
Elige como tema
un árbol, una fuente, una cascada,
y con tino que asombra
va dejando en la sombra
todo aquello que muere
cubre el olvido y se transforma en nada.

Sigue el ejemplo de la pobre abuela
ó presiente tal vez en su ignorancia
que dolores y dichas, todo vuela?
Qué mucho que mis cantos
crujan y tiemblen como secas ramas,

si en la risueña edad de los encantos
se hace caer el árbol florecido,
secarse la cascada
y agonizar á la muñeca amada?

Quiera el cielo que Aurelia
halle tan sólo en su camino flores,
y de dichas y amores
lo blanco de la nieve y la camelia.
Que al cerrarse mis ojos,
no eche de menos mi cariño santo,
y que al leer mi canto
y al recordar mi historia
poema de dolor y desencanto,
guarde los secos lauros que la gloria
ciñó á mi frente un día;
y que sólo por ella y para ella
conquistó con afán el alma mía.

II

Sigue Carlos, muchacho muy hermoso
como pájaro inquieto;
se le compra un caballo y á la hora
lo tiene transformado en esqueleto.
Pide soldados, armas y tambores
y á todo marca con la misma suerte;
allí un soldado inerte
que sucumbe luchando en la pelea
y al que sepulta bajo frescas flores:
el tambor sin correa,
allá una espada rota
y sobre tantas ruinas
el estandarte flota
y él se cree un Quiroga ó un Salinas.

Habla de hechos gloriosos
y muestra sus profundas cicatrices:
un héroe en la batalla!

Aurelia me pregunta por lo bajo—
—conteniendo la risa:
—Sabes dónde las halla?
en un tintero grande que hay abajo.

Otras veces es médico: receta,
cobra honorarios y al enfermo mata;
y tiene tanta plata
que rebosa el cajón de su gaveta.
El dinero se forma con papeles,
hojas de margaritas y claveles.
Forma altares: la imagen, los fragmentos
de los juguetes rotos;
y representa el drama de la vida
con sus sueños ignotos.
Sobre la fe de los primeros años
levanta falsos ídolos
cuanto más adorados, más extraños.
Esmeralda lo mira enternecida.
—Oh, no juegues así, triste le dice.
El oficia ese instante y la bendice.

Más tarde, es Esmeralda *el enemigo*,
mi Carlos tras las sillas se atrinchera,
no sin llevar consigo
á su Estado Mayor: con la bandera
que lo envolvió al nacer, en una mano
grita con voz potente:—Fuego! fuego!
Entre arrullos de alegre carcajada
se establece el sosiego
y él me dice:—Oye, abuela,
qué difícil ha sido esta jornada.

Qué guarda el porvenir al bello niño
que de la guerra sueña en los laureles?
bajo esos oropeles
latirá un corazón noble y honrado?
Defensor de la Patria es el soldado:
el que traiciona ó vende
sus leyes, sus principios, su derecho,

valiera más que con segura mano
el corazón arranque de su pecho.

La Patria es lo sagrado, es lo infinito;
no lo olvides, hermoso adolescente:
siempre limpia la frente,
aplasta con el grito
de santa indignación á los verdugos
que sus carnes destrozan
en *infecunda, desigual pelea;*
muchos, sin verter sangre,
son héroes en la lucha de la Idea.

III

Esmeralda, diablillo que embelesa,
con largos rizos de oro
y labios que semejan una fresa,
es del alma tesoro.
Inquieta como Carlos, se entristece
cuando éste va á la escuela;
y en un rincón oscuro de mi alcoba.
cual las aves heridas enmudece
y no juega ni vuela.
Los dos se adoran, pero siempre riñen
y acaban por llorar, ¡qué serenata!
vibraciones de plata
tienen las notas puras
que cruzan el espacio
y se pierden allá tras las alturas.

Me pide cada día una muñeca,
dulces, cintas y flores
con las que adorna su cabeza rubia,
semejando una ondina encantadora
que surge de las aguas con la aurora.

La fuerza no la ablanda: con cariño
cede esta perla de mi real corona,

y si comete faltas, *me perdona:*
en esa edad son ángeles los niños!
Del tocador los polvos de magnolia
sólo duran un día;
y nunca es más hermosa mi alegría
que así, llena de flores y empolvada,
con traje de mamá, de larga cola
y sombrero con pluma colorada.

IV

Raúl es un jilguero,
sus trinos me despiertan
al asomar el día;
con entusiasmo ardiente, así lo quiero,
y no puedo decir á cuál prefiero,
pues todos prestan luz á mi existencia
combatida y sombría.

Benditos, oh benditos los querubes
que mi vejez consuelan con sus risas;
se disipan las nubes
de mi dolor profundo
al sentirlos girar en torno mío:
odio menos al mundo
y no hallo en mis tristezas el vacío.

¡REMEMBER!

¡ Remember !

Nostalgia

I

Sé que voy á morir: en la penumbra
cariñosa, la pálida, me acecha;
al borde ya de silenciosa tumba,
con la tristeza del dolor que abruma
y lágrimas escribo mi poema.

Lágrimas!.... Perlas que del alma brotan
y te llevan mis íntimos dolores:
oh, hay vidas, mi bien, hechas de sombras!......
Van cayendo las flores y las hojas,
abandonan el nido los gorriones.

Ya no hay soles ni auroras, se apagaron!
ambiente, corazón, todo está frío:
las irisadas gotas de mi llanto
al caer se congelan: altar blanco
en el que mueren los ensueños míos.

¡Y cantan á la vida, aman la vida,
sus anhelos, albores y esperanzas!.......
Es humo la esperanza y es mentira
el amor, esa fuente cristalina,
en el que todo corazón naufraga.

Oh, la muerte, la muerte!.... No la temo:
busco su augusta calma con delirio;
ella, del que padece, es claro puerto
en el que se alza el silencioso templo
de la profunda paz y del olvido.

Otros amen la vida: los que tienen
amor, venturas, ilusiones, gloria;
yo que llevo en el alma mucha nieve,
aborrezco la vida, amo á la muerte,
á esa pálida virgen de las sombras.

A la que besa y huye, á la que dice
cosas dulces en tímido lenguaje;
á la pura, á la casta, á la sublime,
á la que nos arrulla como cisne,
á la que tiene corazón de madre.

A la que en brazos se llevó á mi niño,
al tierno niño de mejillas pálidas,
y otros grandes purísimos cariños;
la que llegó á tu hogar y con sigilo,
tronchó del tallo la violeta *Blanca*.

Cómo lloré al perderlo! El mundo todo,
despareció á la vista de esa tumba;
sueños azules con reflejos de oro,
los embelesos de mi amor hermosos:
huyó la calma y comenzó la lucha.

Blanca!.... La lloras con dolor creciente
cuando tú sabes bien lo que es la vida:
monte de eternas y apretadas nieves,
el que sangrando y con dolor se asciende
para hallar en la cumbre *Humo y Cenizas*.

Otra muerta ilusión!.... Contigo lloro,
sé lo que pierdes al perder á Blanca;
los hijos son el cielo, son tesoros;
oh, yo no he perdido uno sino todos!....
Aunque lejos unamos nuestras lágrimas.

. . . .

Por qué llorar al ave que nos deja?
Tras el azul intenso de los cielos,
tachonado de límpidas estrellas,
hay otra vida, como el cielo, inmensa:
tú lo dudas, amor, y yo lo creo.

Nuestros hijos y padres nos esperan:
ya para mí sollozan las campanas
y la luz de los cirios arde trémula:
tan lejos de tu amor y de mi aldea
de lo que fue la adoración de mi alma!

No me llores: hay vidas que son muerte,
erial sin una flor ni una esperanza:
oh, feliz, muy feliz el que se duerme
con ese sueño místico y solemne!
La vida empieza donde todo acaba.

Soledad

II

Son las doce de la noche, de una noche triste y sola
el relámpago me ciega los espacios al cruzar;
y de mi alma dolorida, las eternas, crudas sombras,
son más tristes, son más densas, que las sombras de mi alcoba
del santuario de mis sueños, del que todo se me va.....
En la mesa en donde escribo se destaca un gran espejo
con un ramo de laurel:
el retrato de mi madre, de mi madre que está lejos!...
y tus libros y mis libros, tus estrofas y mis versos;

me parecen que me besan, que me besan y me ven.
Sobre el nítido tapete, de papel cuartillas blancas,
cual en cofre voy guardando mis anhelos y esperanzas
de un tranquilo *más allá.*
Mis recuerdos se desbordan, y cual aves en bandadas,
á tí vuelan, en tu frente mis canciones á dejar.
Del ayer vibran las horas cual corrientes cristalinas
y me duele el corazón.
Tú tan lejos de la Patria, mis venturas en cenizas,
y tus sueños y mis sueños y tus risas y mis risas,
en el fondo silencioso del palacio del dolor.
Estoy triste y estoy sola: con las noches de Noviembre
siento el alma despertar;
y si rezo con el alma, es más grande y más solemne
la tristeza desmedida que me arrolla y que me envuelve como negra tempestad.
Mis amores, todos muertos: pobres pájaros sin nido,
se me fueron sin dejarme ni sus alas ni sus trinos,
á esconderse en el azul.
Son las doce, y en mi torno todo es triste, todo frío....
Ellos lejos, lejos tú!

Ruinas

III

Entreabro los cristales de mi ventana,
quietas están las hojas entre las ramas:
el cristal de los lagos no besa el viento,
dejan brotar sus linfas vapor de incienso.
En su cárcel meditan del mar las olas
y cierran los capullos lirios y rosas:
los insectos se pierden entre las selvas,
parece que palpitan muchas tristezas;
y en el alma la vida ruge impotente:
mientras ella combate, natura duerme.

Otras noches iguales, así tan tristes,
nos vieron en la cuna niños, felices!...
Han pasado los años, todo está lejos,
los rosales se doblan, el tronco seco.

Soñemos un instante, dulce amor mío,
aunque después arrecien vientos más fríos.
Del monte descendamos á la llanura
en cuya arena blanca riela la luna.
Ya en la florida senda de hermosos valles,
sentimos en el alma calor de madre:
juntos los corazones, juntas las almas,
sobre nuestras cabezas sol de esperanzas!
La nave que te lleva no toca el puerto,
no ruedan á la nada risas y sueños:
ilusiones de rosa, llegan, nos besan,
y somos ilusiones blancas y frescas.
El otoño no asoma, las flores se abren,
reímos en los brazos de nuestra madre,
jugando con sus rizos de rubia seda,
que semejan espigas de primavera.
El mundo nos parece lago tranquilo,
porque somos muy buenos y somos niños;
porque nada sabemos de sus traiciones
en el arca sagrada de los amores;
y reímos, reímos con dulce calma
porque el cielo está arriba y en nuestras almas.

Sientes? No te estremezcas. Vientos contrarios
pasan sobre nosotros, llega el calvario.
Caemos, levantamos, y las espinas
abren brechas inmensas en nuestras vidas.
Tú luchas con bravura, yo desfallezco,
tocas muy altas cumbres, lloro en el yermo.

En pos de algún consuelo, sigo el camino
y ante mí se abren nuevos, grandes abismos
en cuyo fondo bulle la lava hirviente
de los ígneos volcanes que ostentan nieve.
Y me cierran el paso, no hallo sendero:

vuelvo atrás la mirada, todo desierto!
Y ocultando mis penas y mis congojas,
y aspiraciones idas y tantas cosas
que son como la esencia de nuestra vida,
me pierdo en los escombros de tristes ruinas.

Plegaria

IV

Es la última jornada, vida mía,
y ya no tengo aliento: si me vieras!
La niña rubia que formó tu encanto,
la de color suavísimo de perla,
es hoy la sombra de sus quince abriles:
fue la lucha tan ruda, tan intensa!
Cierto que mi cabeza no está blanca;
pero el alma, mi bien, está muy vieja.
Dame amor, mucho amor hasta que deje
de vegetar en esta ingrata tierra;
piénsame siempre en las amargas horas
de lágrimas, de muertes y tormentas.
En tus goces olvídame: sí anhelo
ser un algo invisible que consuela,
no sol que irradia y con sus rayos vivos
el angustiado corazón alegra.
Y que me lleves siempre en la memoria,
así como era ayer amante, buena,
con alma de cristal: así, bien mío,
y no con alma de dolor opresa.
Con el semblante bello, sonrosado,
no marchito por llantos y miserias,
cual si las horas de pesar y duelo
no temblaran como aves en la esfera.
Pero no bajes de mi sér al fondo,
ese horizonte azul es todo niebla;
el sol murió, los pájaros huyeron
y apagaron el disco las estrellas.

Nada me queda ya, tierno amor mío,
peregrina en un mundo de tristezas,
con vida sin calor y alma en pedazos,
soy una pobre mariposa muerta.
Como hija, ya lo ves, todo perdido!
como hermana te aguardo en mis riberas:
mis lágrimas se pierden en las olas
y tú no alcanzas á escuchar mis quejas!
Como esposa.... Talvez el compañero
halla la cárcel del hogar estrecha,
ó talvez el amor huyó espantado
ante la inmensidad de mis tinieblas.
Como madre..... Prosigo mi calvario.
Quién cerrará mis ojos cuando muera?
á la fosa común, sin un lamento,
sin que selle mi cuerpo ni una piedra!
Te estremeces de nuevo? No me culpes!
hay vidas que se van sin dejar huella:
tú, la ilusión de mis primeros años
y por ser tan lejana, la más bella.
No olvides á la musa melancólica
que hace con flores mustias sus poemas,
y te piensa y te quiere como entonces,
cuando hubo un trono del que fue la reina.
No me olvides: el alma de rodillas,
evocando tu imagen, te lo ruega;
allá en tu corazón un pedacito
en que riele el recuerdo de la muerta.
A qué seguir? Te afliges, me entristece
bajarme á recoger hojas que ruedan:
dejemos que el destino pulverice
sueños, amor, venturas y creencias.

¡Silencio!

V

Siéntate en mi regazo, dime muy quedo
cómo murió tu Blanca, la de ojos negros;
—como mueren los niños, sin una queja,
al amor y á las risas el alma abierta.—
En la edad más hermosa bajó á la tumba
y en tu sér se desborda del mar la duda:
no dudes, ella duerme, duerme tranquila
como en la blanda cuna donde reía.

Cuando un niño se muere, todo se acaba:
ruedan nieves, los vientos de las borrascas,
rugen y se retuercen; arrecia el frío
y la muerte y la vida son dos vacíos.
He cruzado mil veces tierras y mares
desde que tú sufriste dolor tan grande;
he visto bajo rosas el cuerpo helado,
de la que fue de tu alma supremo encanto;
he besado sus ojos, negros luceros,
tan negros que lanzaban azul reflejo,
la diminuta boca, la casta frente
y he rogado á los cielos porque despierte.

La madre desolada, grande en su pena,
es la nota sublime de ese poema:
ansiando con su aliento prestarle vida,
de hinojos ante el ángel en la capilla.
. . . .
Nadie comprende, nadie, todo el vacío
del dolor de la madre que pierde un hijo!

Se desploman los mundos, ruedan, se pierden
y el ángel adorado durmiendo siempre!
. . . .

La llevaron en hombros al cementerio
y lá dejaron sola: no tendrá miedo?
Pobrecita tu Blanca! Flor de otros climas,
buscó su sol ardiente, sus ledas brisas,
y se durmió cantando como las aves
y soñando en un cielo grande, muy grande.—

El dolor verdadero no lanza gritos,
tiene el silencio augusto del infinito.
Así gime la mártir viendo en pedazos
los azules cristales de su palacio,
del que fue maga hermosa la dulce niña
que llevaba horizontes en las pupilas.
Hasta el suelo han rodado secos manojos
de pálidos miosotis y rosas de oro;
en la alfombra la gota de ardiente cera
dice en mudo lenguaje: "lloro á la muerta";
los niños asustados apenas hablan,
se agrupan y se estrechan llorando á Blanca;
y tú, ocultas el rostro que el llanto moja,
el corazón muy triste y el alma rota..

Impasible está el cielo, la tierra informe
y sin luz y sin aire los corazones.
Oh, la ausencia y la muerte grandes vacíos,
el que se queda solo tiembla de frío!
Reclina la cabeza sobre mi seno,
dolores como el tuyo piden silencio.

Adiós!

VI

Allá en la soledad de tu destierro,
aletearán mis rimas, cual palomas
que ya cansadas de volar se agrupan,
cerrando el pico y acallando notas.

Llegarán con la tarde cuando muera
radiante sol tras la penumbra roja,
á pedirte un albergue en el santuario
de tu gran corazón y tu memoria.
Cercénales las alas por si quieran
dejarte alguna vez: tuyas son todas,
las que tienen murmullos de plegaria,
las que semejan encendidas rosas.
Las que cual grito de dolor inmenso
al surgir de mi sér ya nacen rotas,
con esa vaguedad de lo sublime
que se eleva en los lagos y en las frondas.
Las que sobre el papel quedan temblando
cual si fueran de lágrimas las gotas
ó de agua la cascada cristalina
que de la peña con grandeza brota.
Las que se elevan cual columnas de humo
y se pierden allá tras de las rocas,
las que sacuden el ropaje blanco,
flotante como el velo de las novias.
Que duerman de tus íntimos cariños
bajo la grata y apacible sombra,
y que nunca sollocen á tu lado
como á mi lado con dolor sollozan.
Que te besen mil veces, que te arrullen
y consuelen tus penas y congojas,
las que abruman al triste desterrado
aunque se halle en la cumbre de la gloria.
Piensa siempre en la Patria.... ¡Tierra amada!
ella no puede mancillar tu honra:
si vida ansiaste, te negaron vida
la envidia vil y la calumnia.
Locas,
las torpes muchedumbres en tu rostro
pretendieron posar la mano tosca;
y, no pudiendo herirte en el semblante,
te dejan en el alma grietas hondas.
Tú, como *Mármol*, maldecir pudieras
á los que te insultaron: alma hermosa,
en la lucha sin tregua por la vida,

la vil ofensa, con bondad perdonas.
Si delinquiste alguna vez, tus culpas
no merecen cadenas; y hay historias
que hacen subir la sangre á las mejillas
y que contarlas solamente enlodan.
Patria, patria adorada, dulce nido,
de tí no sale la calumnia odiosa,
la madre no rechaza al sér querido,
á quien brinda su sangre gota á gota.
Te amamos con pasión, hemos llorado
por tu sol, por tu cielo, por las olas
del lago de cristal que te retrata,
por tus palmas, tus nidos, tus aromas....
Yo lo sé, vida mía, ni tus huesos
descansarán en ella. ¡Nada importa!
no ha de faltarte tumba en otro suelo,
en el mar turbulento, en una roca!....
Adiós, mi bien amado: último grito
de mis tristes tristezas que desbordan,
allá te van con el amor inmenso
que guardo para tí.
Mueren las sombras
en el éter ya claro se dibuja
con sus reflejos la tranquila aurora.
Adiós, primer amor de mis amores!
No me olvides......
Las lágrimas me ahogan.

MISERERE

Miserere

A mi Aurelia

Preludio

El poeta es artista: venga el lienzo:
voy á trazar en él bello paisaje
con tintes de alboradas y de ocaso,
con rosas y luciérnagas del aire;
con fuentes que murmuren y reflejen
el color azulado de mis valles,
los que oyeron mis tímidos gorjeos
y los dulces arrullos de mi madre;
los que gimieron con el alma mía
cuando á mi corazón llegó la tarde,
y rodaron á impulso de los vientos
las hojas amarillas de los árboles......
Riele la luz entre las densas sombras,
del genio y del dolor en el combate,
y triunfe el creador de lo imposible
aunque el lienzo con lágrimas se manche.
Fija en él la mirada, y no te asusten

los variados matices del paisaje
lo trazo para tí y en él te dejo
de desgracia y dolor todo lo grande.
En la penumbra azul donde se miran
de risas y tristezas los cambiantes,
palpita el alma de quien fuiste un día
inspiración y amor, amor gigante!
Para darle supremo colorido,
de mis heridas en la roja sangre
mojo el pincel: no llores, alma mía,
son últimos detalles de la tarde.

I

Confidencia

Desde el alba al ocaso siempre juntas!
Yo, escuchando tus tímidos gorjeos,
tú, mirando en mi frente algo divino;
el paso de la luna por el cielo.
Oyéndote reir fuí elaborando
los hermosos cambiantes del joyero:
así brotaron de la mente mía
para arrullarte con amor, mis versos.
Girabas en mi torno como un ángel,
y tus alas tocaron mi cerebro:
á ese contacto azul nació la perla,
y tras la perla, los diamantes bellos.
Tras los diamantes, nítida turquesa
imagen de mi vida y de mis sueños.
¡Hoy no siento el contacto de tus alas
y no brota la luz del pensamiento!
Perenne primavera fue mi vida,
nacieron flores en oscuro yermo,
me olvidé por amarte, vida mía,
hasta de orar por mis amados muertos.
Qué calma celestial en nuestra vida!

Paseábamos alegres por el huerto,
persiguiendo ligeras mariposas,
abrigando los pájaros pequeños.
En el hogar, la fiesta de las almas,
sin cuidado ni sombra de misterio;
en el piano sublimes armonías
y fragancia de rosas en tus besos.
La muerte, las desgracias, los pesares
no nos birndaron su aterrante hielo,
y besando tu frente, te decía:
Ama á Dios con ternura, Dios es bueno.
Que nunca en los desmayos de mi espíritu
vaciló mi creencia; hoy que me muero
buscando en vano tu cariño santo,
clamo también: "Aurelia, Dios es bueno."
El ha de hacer que en la suprema hora
en que ya no miramos sino el cielo
á tu contacto azul brote otra perla
desde el fondo sin savia del joyero.
El ha de hacer que sienta entre mis labios
el sagrado perfume de tu aliento,
y que forme de mi alma la plegaria
el choque simultáneo de dos besos.
Perdóname si acaso, vida mía,
de mi destino alguna vez protesto:
también el mar en sus tormentas sordas
lanza espumas que llegan á lo eterno.
Oh, no llores, encanto, cuando escuches
este hondo grito de dolor inmenso,
yo soy un corazón triste, muy triste,
que en otro corazón nunca halló puerto.
Sólo tu corazón inmaculado
se entreabrió de mi amor al dulce ruego,
hoy lo rechazas y temblando, roto,
se arrodilla á llorar en el sendero.
Que prosiga el camino aunque las zarzas
lo hieran otra vez.—Oyes? No puedo,
clama con voz apenas perceptible
mi pobre niño de dolor enfermo......
Oh, por piedad! no dejes que lo pisen!

Lo agobia ya la carga del madero.....
Levántalo en tus brazos, ángel mío,
restaña sus heridas con tus besos.

II

Sollozos

Lejos, muy lejos de mi noche oscura
queda mi blanda cuna.
No hay vida que no tenga su alborada,
estrellas que iluminen el sendero
cielo sin nubes, apacible sueño,
sol que quiebre sus rayos en la playa.

¿Para qué recordar, Aurelia mía,
mis breves alegrías?
diamantes que rodaron al océano
de mi desgracia inmensa, y que no quiero
bajarme á recojer; me causan miedo
presente y porvenir, hasta el pasado!

Mas, precisa que sepas que no siempre
el hielo de la nieve
cubrió mi corazón y mi cabeza.
Ella llega, mi vida, con la tarde,
cuando se tiene amor, amor de madre,
todo es risas y luz de primavera.

Sufrir y padecer fue mi destino.
El mundo, qué vacío!
El corazón, abismo en cuyo fondo
batallaron mis risas y mis lágrimas......
Aquellas me dejaron, tienen alas;
son aves libres de esmeralda y oro.

De inmenso mar á la feraz orilla
se deslizó mi vida;

con la aurora la calma; con la tarde,
rojas fulguraciones de relámpago;
en las olas mis sueños, tristes náufragos
proscritos del hogar y de sus valles.

Aleteando entre el oleaje verde
cual cisnes que se mueren,
como Pierrot cantaron á la luna;
y sin hallar riberas de cariño,
sucumbieron los tristes; pobres niños,
de azules ojos y de tez de espuma.

Ya no hay risas ni sueños, todo frío!
El sol no alumbra el nido;
no hay bajeles quo arriben á la playa.
El amor debatiéndose en las ruinas,
el cerebro, cansada golondrina,
en vano quiere desplegar las alas.

Cayeron ya las flores y las hojas
y quedan en la sombra
siluetas blancas de visiones grandes;
las que surgieron de tus ojos negros
bajo la casta forma del ensueño,
que acariciara en sus delirios Dante.

Déjame descansar. Voy tan á prisa
removiendo cenizas,
que, los cristáles del palacio, rotos,
van rodando del mundo á los vacíos:
yo tiemblo de dolor, tú sientes frío
mientras ellos murmuran en el polvo.

. . . .

En dónde estás, amor? Por donde quiera
en la luz, en la niebla
busco tus besos suaves como azalia.
Mi pobre corazón, herido cisne,
si canta para tí, canta muy triste,
oh, flor de loto cual mi vida pálida!

Necesito de tí, como las àves
de horizonte muy grande,
me muero del dolor en la penumbra.
Desde que me dejaste, ni una estrella
vislumbro en el azul: nieves, tristezas,
con perfume de cirios y de tumba.

Y ayer, te acuerdas?..... A mi lado, el día.
Oh, caras alegrías!
Tú, mi Raúl, Carlitos y Esmeralda;
tu madre, religión pura y hermosa,
y allá en el fondo azul de la memoria
lo que redime, lo que eleva y salva.

El pequeño dormido en mi regazo,
Esmeralda jugando,
tú leyendo mis íntimos poemas.
Carlos hecho un guerrero infatigable;
y soñando en los brazos de la madre
como flor en el tallo, Magdalena.

Santas delicias del hogar sagrado!
todo llora, y yo canto,
mas, mis cantos son almas que sollozan;
sollozos que se pierden por ser míos
de la noche sin luz en el vacío,
entre las verdes ramas de las frondas.

El pasado es un dios á quien venero:
fue para mí tan bueno,
que levanto un altar á su memoria.
Ante él he de morir amando siempre,
llevando un cielo azul bajo la frente,
y en la conciencia claridad de aurora.

He de dormir muy pronto sola y triste
bajo el ciprés que gime
si los vientos sacuden su ramaje.
Esa idea salvadora me enajena.
La muerte es el descanso en la pelea,
me abruman los laureles del combate.

Só que vas á llorar. No llores nunca,
niña cándida y rubia,
alma de mis cantares más hermosos,
aunque me mires insensible y fría:
qué es un amor, mi bien, qué es una vida?
Todo en el mundo se renueva, todo!

Mas, volverás á hallar el dulce abrigo
que te dió mi cariño?
Temblando de emoción velé tu sueño,
tus pasos dirigí con gran ternura,
me besaron la Gloria y la Fortuna
cuando me diste tus primeros besos.

Dí, te acuerdas, amor? De mis delirios
tú fuiste el infinito,
en él hasta en la noche amanecía
cuando á tu dulce, inimitable idioma
brotaron en el alma nuevas rosas
y nuevo sol de nuevas alegrías.

Hoy abrumada de íntimas tristezas,
hondo mar sin riberas
que con furor el corazón azota,
odio la vida y á la muerte llamo;
la vida para mí triste sarcasmo!
bajel perdido con las velas rotas.
. . . .

Siento que ya no me amas. Poco á poco
cerraste el cáliz de oro
de mi pasión á la fragante brisa.
Por qué voy á quejarme? No me quejo.
Sólo, mi bien, que de dolor me muero
al ver mis ilusiones en cenizas.

Ni siquiera me extraña que me olvides,
hay destinos muy tristes
y mi destino ha sido siempre extraño:
me ofrece luz entre temblantes sombras;

junto á rosas que nacen, mustias rosas
y esperanzas que acopian desengaños.

De la naturaleza toda tengo miedo
ya no miro ni el cielo,
guardo rencor al mundo y á los hombres.
La luz y las tinieblas. me hacen daño
y sólo en el silencio del trabajo
olvido algunas veces mis rencores.

Fuí buena, tu lo sabes, alma mía,
tú, cuando me querías,
enlazando tus brazos á mi cuello,
me comparaste, tierna, muchas veces
con las de invierno transparentes nieves,
con un pedazo del azul del cielo.

Por qué no he de decirlo? No soy *grande*
pero luz inefable
riela en mi corazón y pensamiento.
Yo no ambiciono honores; en mis luchas,
pálido rayo de silente luna
y un horizonro nítido y sereno.

Por qué no soy feliz? Amargo enigma!
En pedazos la vida,
amores y venturas en escombros.
En dónde está la luz, en dónde el aire?
Gris está el corazón, grises las tardes.
Oh, la vida también tiene su otoño!

Me siento á orillas de tranquilo lago:
de mis delirios vagos,
dejo brotar la luz, luz que se muere.
Si me vieras entonces! Lloro y rezo
ó del destino, en mi dolor, protesto
ante el silencio augusto que me envuelve.

Es que en mi larga vida siempre tuve
sordo dolor que ruje

del corazón llamándome á la puerta.
Mas cuando tú viniste á mi regazo
brotaron en el yermo rojos nardos
y notas de turpial en la ribera.

Quién puede comprender, Aurelia mía,
la balada divina,
de una alma que se va y otra que viene?
Una nota de amor y otra de llanto,
forman la esencia del poema blanco
de lo que nace y vive, y lo que muere.

Tú empiezas á subir y yo desciendo,
tú vives y yo muero;
es la existencia para tí un idilio,
yo batallo sin tregua, y ya sin alas,
no puedo levantarme de la nada
pues me atrae lo insondable del abismo.

Planta sin hojas, en la seca rama
ya las aves no cantan
ni se entreabren capullos sonrosados.
Oh, qué crudas borrascas en mi seno!
todo está triste, silencioso y yermo,
ídolos rotos, moribundos astros.

Y lejos de tí!...... Apenas te diviso.
Dónde estás, ángel mío,
quién interrumpe idilios de dos almas?
Soy ave que se va; por qué me niegas
sellar con dulces besos el poema
impregnado de luz y de nostalgias?

Por qué te arrancan de mi lado, dime?
No escuchas cómo gimen
amor y corazón, lira y ensueños?
El llanto de mis ojos se desborda......
Oh, mi tierna, blanquísima paloma
perdida del dolor en el desierto!

III

Nieve

Mañanas pensativas, tardes grises,
elancólicas noches de mi estío,
las que mueren besos y plegarias
se quejan ternuras y cariños.
ı tardes grises! de mi vida en torno
ietas profundas marcan el vacío,
que las olas abren en las rocas
los grandes, terribles cataclismos.
r donde paso, voy dejando rotos
lazos de mi sér, árbol caído
los arrancan una seca rama
e se queda al rodar en el abismo.
la naturaleza en el silencio,
carnaval del mundo en el bullicio;
llo la nota del poema vago
e forjé del ensueño en el delirio.
grimas, risas, cantos y sollozos
into flota en el éter, todo es mío;
ro la nota triste surge siempre
no bruma que se alza de los ríos.
, mi más casto amor! Aurelia, Aurelia!
ı y rasga las nieblas del sombrío
sajo en que las nieves van cayendo
compás de los golpes del destino.
vejez es muy árida: semeja
sepulcro sin cruz, solo y muy frío,
o las ramas de lloroso sauce
e se inclina á la losa de granito.
mpe la piedra en donde los recuerdos
ıgrupan y sollozan como niños,
necesito amor, arrullos, calma,
a volar sonriendo al infinito.
e tus labios se posen en mi frente,

refresque de tus besos el rocío
mi pobre corazón que gime y llora;
pájaro azul en el azul perdido.
Cuando ya duerma el sueño del crepúsculo
y para mí, más hondo sea el olvido,
recoge tú también alguna rama
de este árbol viejo que secó el estío.

IV

Agonía

A tí van mis estrofas, dulce niña
estrella fugitiva,
á besarte en el alma y en la frente.
A murmurar muy quedo á tus oídos
el final de un idilio
que preludia el adiós del «Miserere».

Escuchas? Oh! es mi última plegaria
la que tiende las alas
y se va por la atmósfera gimiendo.
Busca el altar donde el amor reía,
la cuna en que dormías,
para dormir también el postrer sueño.

Qué música tan bella! Día y noche!
Modulan mis amores
suave concierto de inefables notas
que se levantan puras hasta el cielo,
epitalamio tierno
del velo y azahar de casta novia.

Desposorios de mi alma con la muerte
la pálida inocente
que cortando la vida, nos redime.
Ya las campanas tocan agonía,

da el adiós á la vida
el solitario, moribundo cisne.

El que perdió las alas en la lucha
y se hunde en la laguna
en cuyo fondo blanco, hay mucho negro.
Qué triste es el adiós á la esperanza.
No llores, musa blanca,
tras el sepulcro se levanta el cielo.

Quiero dormir de cara al occidente,
viendo rodar las nieves
en los llanos, praderas y montañas.
Acariciando tu cabeza rubia,
sin rencores ni dudas,
si triste el corazón, limpias las alas.

Pulsando de mi lira melancólica,
las pobres cuerdas rotas,
aunque al nacer se mueran mis cantares.
Nada detiene al sol en su carrera;
de mi triste alma enferma,
para tí broten concepciones grandes.

Talvez te inmortalice, alma de mi alma,
el tiempo vuela, pasa
dejando atrás dolores y cenizas.
Ay, en verdad, es nada la materia;
mas no muere la idea,
es sol que se levanta sobre ruinas.

Forme nimbo benidto en tu cabeza
cuando tranquila muera
y mis cantos repitan los hogares.
Alguien dijo que no se extinguiría
mientras haya armonía,
cunas y flores, pájaros y madres.

Oh, musa blanca de los sueños míos!
débil y casto lirio

con cuyas hojas formo mi poema.
¡Que te bese la gloria, que te encumbre!
sus rayos son azules
como tu alma de niña y las violetas.

Fue la ambición de mis eternos días
ascender la colina
que nos lleva á la dicha y á la fama.
Y con la fe de mis primeros años
precipicios salvando
desplegué al viento mi bandera blanca.

Murieron mis anhelos más hermosos;
los que del marco de oro
volaron como alegres golondrinas.
Hasta la fe parece que batalla
en el mar de nostalgia
que arrebata mis sueños y mi vida.

A tí van mis estrofas, blanca niña,
pedazos de mi vida
van á dejar mis besos en tu frente;
á murmurar muy quedo á tus oídos
el final del idilio;
se extingue ya el «adiós del Miserere».

Indice

— —